



Bruce

Hermanos Ramsay 1

Adrian Blake



D.J.57

Bruce

Hermanos Ramsay 1

Adrian Blake



El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Marzo de 2018

Título original: Bruce

Adrian Blake© 2018

Diseño de Portada: Gema Millanes

Maquetación: Gema Millanes

Imágenes de portada: Shutterstock

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Epílogo

Prólogo

Mi nombre es Bruce Ramsay, tengo treinta y cuatro años y vivo en Stornoway, un pequeño pueblecito en la Isla de Lewis, al norte de Escocia. Trabajo como guía turístico en el museo *Nan Eilean*, construido en el castillo de Lews, una de las bellezas arquitectónicas más importantes de la zona. Mi vida no es demasiado aburrida, pero tengo que reconocer que he caído en la monotonía y en la seguridad que brinda la estabilidad. Tengo un trabajo fijo, una casita a las afueras del pueblo que no está nada mal y una familia que, si bien no es perfecta, es la envidia de la mayoría de mis amigos.

El único pub del pueblo, el *Glenelg*, está esta noche a reventar. Jamás había visto tal afluencia de turistas en esta época del año, porque prefieren venir en verano para no soportar el crudo frío del invierno escocés. Ian y Garren, mis dos mejores amigos, se han alejado hasta un grupo de mujeres que, por su aspecto, deben ser alemanas, así que dudo mucho que consigan follar esta noche. Yo paso de ligar, estoy harto de mujeres que lo único que buscan es pasar un buen rato lejos de su país, y las chicas insulsas del pueblo se creen que pueden arrastrarte al altar si intentas meterles mano. Quizás algún día conozca a una mujer que me vuelva lo suficientemente gilipollas como para querer casarme, pero por ahora lo más excitante que tengo en mente es terminarme la copa e irme a casa.

Doy un trago a mi cerveza y lanzo unas monedas sobre la barra antes de levantarme para marcharme.

—¿Te vas tan pronto? —pregunta Kendrick, el dueño de la tasca.

—Ha sido un día demasiado largo, tío. Necesito dormir.

—En ese caso, hasta otro día.

Me despido con la mano y me pongo la chaqueta y la bufanda. En cuanto dirijo mis pies hasta la puerta de salida, mis amigos me interceptan y me agarran de ambos brazos impidiéndome marchar.

—¡Uou! ¿Dónde demonios crees que vas? —pregunta Ian arrastrándome de nuevo hasta la barra.

—A mi casa, estoy reventado y quiero dormir.

—Ni lo sueñes —contesta Garren—. Es sábado, mañana no trabajamos y aún nos queda mucha noche por delante.

—Pues que la disfrutes, tío. Yo paso.

—¿El pobre Bruce está triste porque no va a follar esta noche? —se burla Garren.

—¿En serio vas a empezar con esas gilipolleces? —contesto mirándole con los brazos cruzados— Si no follo es porque no me sale de los huevos, gilipollas.

—Ya salió el fantasma a pasear... —me provoca Garren.

—Fantasma en absoluto, simplemente realista.

—Vamos, tío, intenta llevarte a alguna tía —me anima Ian—. Si te las trabajases un poco, seguro que tendrías plan para esta noche.

—Por eso estáis aquí conmigo en vez de con las muchachas de la mesa del fondo —contraataco—. Porque os las habéis trabajado muy bien.

—Son extranjeras —se defiende Ian—. Las chicas no entienden ni media de inglés.

—¿En serio, Ian? ¿No entienden ni una palabra de inglés, el idioma universal? —pregunto escéptico.

—Pues no, no lo entienden —protesta Garren.

—¿No será que se han hecho las suecas para no hablar con vosotros?

—¿Crees que tú serías capaz de ligar con alguna de ellas, tío listo? —

pregunta Garren.

—Con los ojos cerrados —digo triunfal.

—Me gustaría ver eso —ríe Ian.

Miro a las muchachas con atención. No son para nada mi tipo, pero si hay que ganar una apuesta, soy capaz de cualquier cosa. Me fijo en una muchacha menuda que está sentada al final de la mesa. Es bonita, y no sería un mal trago acostarme con ella esta noche.

—¿Qué os apostáis a que consigo ligarme a la morena del jersey de lana blanco antes de que pase una hora? —Ahora sí que salió el fantasma.

—Lo que quieras —contesta Ian.

—Si gano, aparte de un buen polvo, pagaréis vosotros las cervezas durante todo un mes.

—¿Y qué ganaríamos nosotros si pierdes? —pregunta Garren con una ceja arqueada.

—Pedid por esa boca, no voy a perder...

—Si no lo consigues, pasarás una noche entera en las piedras de Canallish... vestido con tu precioso uniforme de escocés —propone Garren triunfal.

—¿Se os va la cabeza? ¡Moriré de una pulmonía, joder!

—¿No dices que no perderás? —ríe Ian.

—Sí, pero...

—Ya no estás tan seguro, ¿eh, colega? —me provoca Garren.

—Ahora veréis.

Ya me han tocado los cojones más de la cuenta. Me acerco con paso decidido a las chicas con las que mis amigos estuvieron ligando hace un momento. Me presento a ellas con una sonrisa, y llamo a Kendrick para invitarlas a una ronda antes de volverme hacia mi objetivo.

—Buenas noches, preciosa, ¿cómo te llamas? —pregunto con voz

melosa.

—Creo que tus amigos te están tomado el pelo, rey —contesta ella con una sonrisa.

—¿A qué te refieres? —pregunto sin querer saber la respuesta.

La mujer señala hacia los dos cabrones que se hacen llamar amigos míos, y descubro que se están partiendo el culo de risa sentados junto a la barra. Un mal presagio se instala en mi cuerpo antes de volverme hacia la morena.

—Hemos oído toda la conversación —dice su amiga.

—Que, por cierto, podíais ser un poco más discretos —me reprende la que parece ser la mayor de todas—. Os ha tenido que oír todo el bar.

—Lo siento —me disculpo con una sonrisa—. Ya que lo habéis oído todo, ¿qué os parece si me echáis un cable para no perder?

—No creo que sea posible, rey. Esos dos han hecho trampas —continúa mi objetivo inicial.

—¿Cómo que trampas?

—Somos lesbianas, cariño —añade la mujer que está sentada a su lado—. Y ellos dos lo sabían cuando te han incitado a apostar.

Sonrío y niego con la cabeza con los ojos cerrados.

—Debí suponerlo —digo—. Esto me pasa por listo. Siento haberos molestado, chicas. Disfrutad de la visita.

Me acerco hasta el par de cabrones que se hacen llamar mis mejores amigos. Ellos no pueden parar de reír, y juro que me dan ganas de liarlos a hostias con ellos.

—Sois unos hijos de puta —protesto—. Habéis jugado con ventaja.

—¡Ey! Tú no preguntaste —contesta Ian con los brazos en alto.

—¡Me dijisteis que no sabían inglés, no que fueran lesbianas, cabrones!

—Ahora tienes que pagar —ordena Garren.

—¡Y una mierda! Me la habéis jugado y no pienso pagar.

—Claro que lo vas a hacer, Bruce —dice Ian con una sonrisa—. Una apuesta es una apuesta.

—Además, vas a hacerlo ahora mismo —añade Garren.

—¿Ahora? Vosotros estáis mal.

—Mejor ahora que más tarde. Vamos a por tu plaid, colega, te hará falta en esa fría montaña.

—¿Pero vosotros estáis locos? Mañana tengo que ir a casa de mi madre a primera hora de la mañana, y Bradem viene conmigo. Ni lo soñéis.

—¿Y eso qué tiene que ver? —protesta Garren.

—¿Quieres explicarle a mi hermano por qué no estaré despierto mañana? Por mí encantado...

Nombrar a Bradem es mi arma secreta. Mis amigos sienten tanto pavor ante mi hermano que harían cualquier cosa con tal de no tener que vérselas con él, sobre todo si Brad está cabreado por algo.

—Está bien —claudica Ian—, entonces pagarás el sábado que viene.

—Sois unos hijos de puta.

—Nada de ropa de abrigo, tío —advierte Garren—. Solo tu precioso uniforme de highlander.

—Al menos me dejaréis llevarme la tienda de campaña, ¿no?

—¿Es necesario? —pregunta Ian.

—¡Pues claro que es necesario! ¿Sabéis el frío que hace allí de noche? Si no me la llevo recogeréis mi cadáver, y a ver cómo se lo explicáis a mi hermano.

—Está bien, te puedes llevar todo lo que necesites para la acampada —dice Ian—. Pero nada de ropa de abrigo, solo el uniforme del museo.

—Se me va a quedar la polla helada, Ian...

—¿Y qué? Al fin y al cabo no la usas...

—Venga, tíos, ya en serio.

—Está bien, puedes ponerte ropa térmica debajo, y coger algunas mantas. Pero el uniforme te lo pones sí o sí.

—¿Y qué más da que vaya con ropa normal? No va a verme nadie.

—Nosotros sí —contesta Ian con una carcajada.

—Sois unos cabrones.

—¿Qué gracia tendría que lo hicieras con ropa de acampada, Bruce? — bromea Garren— Nos reiremos más así.

Cojonudo. Esos dos me la han jugado bien, y por su culpa el sábado que viene tendré que sustituir mi cálida y cómoda cama de dos metros por un triste saco de dormir tirado en el duro y frío suelo. Tengo que vengarme de ellos, y juro que será una venganza de lo más placentera.

Capítulo 1

Me levanto a primera hora de la mañana con un sueño impresionante. No he conseguido pegar ojo pensando en la putada que me han gastado mis amigos, y ahora tengo que ir a casa de mi madre para nuestra reunión familiar mensual. Una vez al mes, comemos todos juntos en su casa, y ella me atosiga para que ayude a mi hermano a llevar la dirección del hotel familiar en vez de dedicarme a lo que me gusta: ser guía turístico. Mi hermano Bradem es cinco años mayor que yo, y cuando nuestro padre murió, tuvo que ocupar su lugar en el negocio. Él es serio, responsable... y aburrido. Yo soy más impredecible, me gusta vivir la vida al máximo... y creo que a veces le hubiese gustado ser el pequeño para no llevar el peso de la responsabilidad familiar.

Encuentro a Brad en la cocina preparando el desayuno, y me mira por encima del hombro cuando me acerco a la cafetera a servirme una buena taza de café humeante.

—¿No has dormido bien? —pregunta arqueando una ceja.

—No demasiado.

—¿Algo te preocupa?

—No, es solo que no conseguía conciliar el sueño.

Le miento deliberadamente, porque si se entera de la gilipollez que voy a cometer el próximo sábado tendría que aguantar la charla sobre madurar y volverme responsable, y la verdad es que no tengo humor para eso. Apuro mi

café y cojo mi plato de huevos y beicon para sentarme en la mesa a terminar de desayunar.

—Mamá no se encuentra demasiado bien —comenta Brad como si tal cosa.

—¿Qué le ocurre? ¿Está enferma?

—No, que yo sepa. Es solo que... creo que se siente sola.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—El viernes estaba nerviosa, me miraba de manera extraña, y se puso muy insistente en que fuésemos a comer a su casa.

—Es normal que se sienta sola, hace ya un año que no vivimos con ella. Hace cuatro años que papá murió, debería empezar a pensar más en rehacer su vida y menos en meterse en la nuestra.

—Te juro que como nos tenga preparada otra de las tuyas voy a ser muy borde. Deberíamos pagarle unas vacaciones. Quizás conozca a alguien interesante con quien tener una aventura.

—Cuenta conmigo. Ahora le podemos sonsacar a dónde le gustaría ir, ¿no crees?

—Es una buena idea. Así mañana lo dejo todo listo antes de salir de viaje.

—¿Te vas? —pregunto extrañado— No sabía nada.

—Te comenté que estaba barajando absorber a los hoteles Morris, ¿no es así?

—Sí, ya te dije que hicieras lo que creyeses oportuno. Yo no entiendo nada de negocios, así que...

—Lo sé, por eso voy a viajar a Edimburgo y Glasgow a ver los hoteles que tiene allí.

—Pues sí que se ha expandido esa empresa, ¿no?

—La fundó el bisabuelo del actual dueño, y su padre consiguió

expandirse hasta tener cinco hoteles por toda Escocia. Es el hijo quien no ha sabido llevar bien el negocio, y ahora está al borde de la bancarrota.

—Mejor para nosotros, ¿no es así?

—Sí, pero necesitaré ayuda, y quizás deberías empezar a plantearte dejar el museo y venirte a trabajar conmigo.

—Ya lo hemos hablado mil veces, Brad. Yo no entiendo nada sobre hoteles, y además, me gusta mi trabajo. Contrata a alguien, podemos permitirnoslo.

—Ya sé que podemos contratar a una persona, Bruce, pero sabes que siempre he querido trabajar codo con codo contigo. Y en cuanto a que no tienes ni idea... Yo no nací sabiendo, ¿sabes?

—Algún día tendré que trabajar en los hoteles, Brad, pero no ahora.

—No sé qué diversión le ves a disfrazarte de highlander para enseñar el museo. Pareces imbécil con esa ropa.

—Es divertido disfrazarse. Además, a las turistas les parezco muy atractivo vestido así, y muchas terminan en mi cama, ¿sabes?

—¡Claro! ¡Tener los huevos congelados debajo del kilt es jodidamente divertido! —dice con una sonrisa.

—¿Y quién dice que llevo los huevos al aire?

—Venga, Bruce... que estás hablando conmigo...

—Reconozco que en verano es de lo más cómodo llevarlos así, pero te aseguro que en invierno los llevo bien abrigaditos. Tengo que cuidar mi herramienta más preciada...

Bradem mueve la cabeza con una sonrisa y se sienta a terminar su desayuno. Llegamos a casa de nuestra madre diez minutos después. Vive bastante cerca de nosotros, y no tenemos que coger el coche para llegar. Ella nos recibe como siempre, con una sonrisa, un abrazo de osa y un beso en los labios.

—Hola mamá —susurro enterrando la nariz en su pelo—. Te he echado de menos.

—¡Si nos vimos hace dos días, Bruce!

—¿Y qué? ¿No puedo echarte de menos por eso?

—Eres incorregible. Vamos, pasad. Tengo una sorpresa para vosotros.

Brad me mira interrogante, y me encojo de hombros sin saber qué demonios tiene mi madre en mente ahora. Cada vez que nos tiene una sorpresa, se trata de dos mujeres preciosas con las que pretende que formemos una familia. Al principio lo intentaba, realmente intentaba complacerla, pero nunca salió bien. A veces porque la mujer en cuestión no me gustaba, otras porque a pesar de ser preciosa no congeniábamos demasiado bien. Por eso dejé de intentarlo. Pero mi hermano es otra cuestión... pone el grito en el cielo cada vez que esto ocurre, y termina echando a la mujer a patadas de la casa sin demasiadas contemplaciones.

Entramos en la cocina esperando un par de féminas, pero en vez de eso nos recibe un hombre con barba de unos sesenta años, vestido con unos vaqueros y un polo de *Ralf Lauren*. Lo mejor de todo es la cara de gilipollas que pone Bradem, que se ha quedado con la boca abierta.

—Eh... Hola —logra decir al cabo de un momento.

—Tú debes ser Bradem —contesta el hombre estrechándole la mano con fuerza—. Soy Grant, un amigo de vuestra madre.

—Yo soy Bruce —digo poniéndome delante de Brad, que no se mueve ni un milímetro—. Encantado de conocerte.

—¿Vamos al salón? —pregunta mi madre nerviosa— La cena está casi lista.

Grant posa su mano en el hueco de la espalda de mi madre, y miro a mi hermano con una ceja arqueada. Un amigo, ¿eh? Los cojones.

—Con que se sentía sola, ¿eh? —pregunto divertido.

—¡Joder, eso creía!

—Querías que tuviera una aventura, ¿no? Pues ya la tiene.

—Tal vez tengas razón.

—¿Tal vez tenga razón? —pregunto tirándole del brazo para detenerle—
¿Qué ha cambiado desde la conversación del desayuno, Brad? ¿Es que te jode que lo haya hecho sin tu ayuda?

—Yo no he dicho eso. Es solo que...

—¿Que qué?

—¡No me lo esperaba! ¿De acuerdo? Hace media hora creíamos que estaba sola y triste... ¡y mírala!

Mi hermano señala hasta las puertas del salón, y veo a mi madre atrapada en el abrazo de oso de Grant, que la besa con tanta pasión que siento como si les hubiera pillado en plena acción.

—Joder con mamá... —susurro.

—¿Es o no incómodo? —pregunta Brad señalándolos con el brazo.

—Tal vez se corten un poco con nosotros delante, ¿no crees?

—No seré yo quien entre ahí ahora mismo —protesta Brad cruzándose de brazos.

Por suerte, no tardan demasiado en deshacer el tórrido abrazo, y mi hermano suspira aliviado por no tener que interrumpirles en pleno beso. Cuando nos sentamos a la mesa, mi madre nos sirve un par de hamburguesas y se sienta junto a Grant.

—Y dime, Grant. ¿A qué te dedicas? —pregunta Brad sirviéndose un poco de ensalada de col.

—Soy médico. Trabajo en el hospital *Western Isles* como cardiólogo.

—¿Es que estás enferma, mamá? No me habías dicho nada —pregunto visiblemente preocupado.

—¡Claro que no! Estoy perfectamente bien.

—¿No es tu médico? —pregunta Brad.

—No, no lo es —contesta mamá.

—Entonces, ¿Cómo os habéis conocido? —pregunto intrigado.

—Me aburría en casa, así que decidí apuntarme a clases de jardinería —explica mi madre—. Grant estaba allí, y sucedió.

—¿Qué fue lo que sucedió? —pregunta Brad.

¿Pero este tío es gilipollas o qué coño le pasa? Le doy un codazo a mi hermano en las costillas para que deje de preguntar lo obvio.

—¿Se puede saber qué haces, imbécil? —susurra.

—¿Por qué preguntas gilipollecitas?

—¡No sé qué pasó!

—Empezaron a salir, ¿qué va a suceder si no?

—¿Y por qué no lo dicen claramente?

—¿Acaso no ha sido suficientemente evidente el morreo que se han dado en frente de nuestras narices?

—Tenemos algo que comunicaros —dice mi madre interrumpiendo la conversación susurrada, que no era secreta para nadie.

Miro a mi madre esperando que continúe, pero en vez de eso nos muestra su mano con un anillo de diamantes en el dedo anular.

—Vuestra madre y yo hemos decidido casarnos —revela Grant.

Mi hermano se queda con la boca abierta, literalmente. Yo dejo caer el tenedor en el plato y les miro con los ojos como platos. No sé si reír o llorar, porque hemos estado muy ciegos para no darnos cuenta de algo así. Sacudo la cabeza, me levanto y abrazo a mi madre, que está a punto de llorar por la poca reacción de ambos.

—Enhorabuena, mamá —digo—. Te mereces ser feliz.

—¿Estás de acuerdo, Brad? —susurra ella.

—¡Pues claro que está de acuerdo! Ambos lo estamos —digo mirando

intencionadamente a mi hermano—. Lo que me duele es no haberme dado cuenta de nada, mamá. Debiste contárnoslo antes.

—No sabía si os lo ibais a tomar bien —reconoce—. Queríais mucho a vuestro padre, y...

—También te queremos a ti, mamá —contesta mi hermano por fin, abrazándola también—. Los dos nos alegramos mucho por ti.

Brad estrecha la mano de Grant, pero me tenso al ver en su rostro La Mirada, esa que le echa a mis amigos cuando quiere acojonarlos.

—Cuídala bien, o te las verás conmigo —dice por fin.

Grant sonrío, pero Brad lo ha dicho muy en serio. Mi madre es su mayor debilidad, y si alguien la lastimase estoy seguro de que tendría que perderse del país, porque mi hermano no descansaría hasta darle caza y matarlo con sus propias manos.

—¿Y cuándo será la boda? —pregunto.

—Dentro de tres semanas —contesta mamá.

—¿Tres semanas, en serio? —pregunta Brad— ¿Tan pronto?

—¿Te parece mal? —pregunta Grant.

—No, pero me sorprende que sea tan precipitado —contesta mi hermano—. Si no supiera que es imposible, pensaría que estás embarazada —bromea.

—Ya no somos unos niños, Brad —añade mi madre—. No tenemos tiempo de pensarnos las cosas con calma.

—Muy bien, entonces. En tres semanas iremos de boda —digo—. Esto hay que celebrarlo, ¿no creéis?

—Cierto —contesta Grant—, iré por el champán.

El prometido de mi madre desaparece en la cocina, y ella se sienta entre nosotros.

—Sé que ha sido muy precipitado, chicos, y estoy segura de que aún estáis sorprendidos, pero quiero a Grant, y estoy segura de que él me quiere a

mí.

—No tienes que explicarnos nada, mamá —la interrumpe Brad cogiéndole las manos—. Queremos que seas feliz, y si él te hace serlo, bienvenido sea a la familia.

Los ojos de mi madre se llenan de lágrimas, y nos abraza con un suspiro de alivio.

—Tengo los mejores hijos del mundo —solloza—. No sé qué haría si os perdiese a alguno de los dos.

—¿A qué viene eso? —Sonrío—. No nos vas a perder, tonta.

—Me gustaría que mis dos hijos me llevarsen del brazo al altar, ¿será posible?

—No entraremos por el pasillo de la iglesia porque Brad está muy gordo, pero será un placer —bromeo.

—Por supuesto que lo haremos, mamá —dice Brad con un nudo en la garganta.

Pasamos el resto de la tarde conociendo al hombre que ha conquistado de nuevo el corazón de nuestra madre, y aunque los dos pensamos que las cosas van demasiado deprisa, entendemos que ellos sientan que apenas les queda tiempo para disfrutar de su amor. Cuando llegamos a casa, Brad se tira en el sofá y empieza a reír a carcajadas.

—Tío, necesitas un loquero —digo cogiendo un par de cervezas del frigorífico—. Por suerte, nuestro futuro padrastro trabaja en el hospital, y apuesto a que nos harán descuento cuando tengamos que ingresarte.

—Me siento como un imbécil —reconoce—. Yo creyendo que mamá se sentía sola, y estaba teniendo más sexo que yo. Creo que llevo demasiado tiempo solo, Bruce. Antes pillaba estas cosas al vuelo.

—Yo también me estoy oxidando, Brad. No hace ni tres días que fui a verla y tampoco me di cuenta de nada.

—Supongo que tendremos que organizar una boda —suspira.

—Y pagarla. Esas cosas corren a cuenta de la familia de la novia.

—Tendremos que hacerles un buen regalo también. Somos los padrinos.

—¿Qué te parece el viaje de novios? A fin de cuentas estábamos pensando pagarle un viaje a mamá, ¿no?

—Es buena idea. Mañana le diré a mi secretaria que empiece a mirar destinos. Cuando vuelva de Glasgow me pondré a ello.

—¿Sabes? Me siento un poco raro —digo pasándole una cerveza y sentándome a su lado.

—¿Por qué?

—No sé... Era muy natural ver a mamá y a papá besarse, pero verla con Grant me hace sentirme un intruso.

—Yo también me he sentido incómodo, pero tendremos que acostumbrarnos.

—En el fondo me ha dado envidia verla tan feliz —reconozco.

—¿Vas a sentar tú también la cabeza, Bruce? —bromea.

—¿Tú eres tonto? Aún es muy pronto para eso.

—Tienes treinta y cuatro años, no es que seas ningún chaval.

—Y tú tienes treinta y nueve. Cásate tú si quieres, pero a mí me dejas en paz.

—Me encantaría hacerlo, te lo aseguro, pero no tengo tiempo para salir con mujeres. Mi trabajo me absorbe demasiado, y tengo que conformarme con polvos esporádicos. Claro que si mi hermano se dignase a echarme una mano...

—Empiezas a ponerte pesadito con el tema—protesto.

—Solo digo lo obvio. El negocio es tan tuyo como mío, y me gustaría que te implicases más en él.

—No quieres comprarme mi parte.

—No pienso quedarme con tu herencia. Tu carrera tiene fecha de caducidad, y lo sabes. En un par de años te sustituirán por un niño cachas, y tú pasarás a engrosar las filas del paro.

—Oye, que no soy tan viejo, ¿sabes?

—Ya tienes más de treinta, y luce mejor un muchacho de veinte.

—Pero soy bueno en mi trabajo.

—No te lo discuto, pero olvídate de estar trabajando de guía turístico a los cincuenta.

—Sé que no voy a estar toda la vida en el museo, pero cuando me despidan puedes contratarme tú.

—Ya te he dicho que no voy a comprarte tu parte, y es mi última palabra. Ahora cállate la boca, que va a empezar el partido.

A mitad de partido me levanto y me voy a darme una ducha. Mi equipo va perdiendo sin posibilidad de remontar, y eso me pone de mala leche, así que prefiero ver una película en mi habitación. Cuando salgo del cuarto de baño, abro mi armario de par en par para darme cuenta de que no tengo ningún traje apropiado para una boda, así que me tocará ir de compras mañana, porque Brad es más alto y menos ancho de espalda que yo, así que su ropa me queda un poco ridícula.

Me acerco al salón para preguntarle la dirección de la tienda donde se compra él los trajes, pero está hablando por teléfono, y por su tono, creo que se trata de una mujer. Sonrío. Al final va a resultar que el que siente envidia de mi madre es Brad... Con suerte, si no tarda demasiado en decidirse, el traje me servirá para su boda también.

Capítulo 2

Hoy no tengo que trabajar hasta las cuatro, pero instintivamente me despierto a las siete de la mañana, así que me levanto para prepararme un café. Como tengo algunas cosas que hacer, desayunaré en la cafetería de la esquina, en la que ponen el mejor desayuno del pueblo. Me pongo un pantalón de deporte y una camiseta, porque si voy a ir a hacer de maniquí a la tienda de trajes quiero estar cómodo, y salgo al salón, pero me detengo en seco al ver a la secretaria de mi hermano parada de espaldas a mí en la cocina, ataviada con una camisa de mi hermano... y nada debajo. ¿Qué cojones hace así? ¡Le estoy viendo todo el culo, joder!

Carraspeo y me acerco a la cafetera, y ella da un salto asustada y se refugia tras la isla de la cocina.

—Buenos días, Eva. Espero que hayas dormido bien —digo con sorna.

—Buenos días, Bruce —contesta ella avergonzada—. Hemos estado trabajando en la fusión toda la noche y me quedé dormida. Tu hermano me ha dejado su camisa hasta que se seque mi ropa.

—Claro, mi hermano es muy amable —ironizo—, aunque no puede dejarte unas bragas. ¿Dónde está, por cierto?

—Se está duchando él también.

Termino de servirme el café y me tiro en el sofá a ver las noticias sin hacerle ni puto caso.

—Voy a vestirme... debería irme a la oficina.

—Tranquila, mujer, sin prisa. A fin de cuentas mi hermano te ha explotado durante toda la noche, ¿no?

Ella me mira con fastidio y se mete en la habitación de Bradem dando un

portazo. Me importa muy poco si la he ofendido. No me gusta que esa mujer ande tras mi hermano, sobre todo porque está casada y tiene dos hijos. No sé qué coño le pasa por la cabeza a Brad para tener una ventura con ella, pero desde luego no puede salir nada bueno de ello.

Media hora después, Eva se marcha sin mirarme siquiera, y mi hermano se acerca a mí con cara de pocos amigos. ¡Oh, oh! Ya la hemos liado.

—¿Se puede saber a ti qué te pasa? —protesta— ¿Por qué demonios has sido tan desagradable con ella?

—¿Desagradable? Para nada. He sido de lo más educado y cortés.

—Bruce, no me jodas. Te has pasado tres pueblos y quiero que le pidas perdón.

—Tú alucinas. Ella me ha mentido descaradamente a la cara, y además, ¿por qué te acuestas con ella si está casada? ¿Quieres buscarte un puñetero problema por un polvo?

—Con quien yo me acueste no es asunto tuyo.

—¡Claro que lo es! Esta casa es tan mía como tuya, y no me gusta verla en pelotas en la cocina.

—No estaba en pelotas, llevaba una camisa.

—¡Sí, y el culo al aire! Como su marido se entere de lo vuestro eres hombre muerto, ¿lo sabes? Parece mentira que no se te haya ocurrido pensar en el Hulk que la recoge todos los días.

—No se va a enterar, está de viaje de negocios.

—Porque no hay suficientes mujeres en Stornoway, ¿verdad? ¡Ah, no! Que el todopoderoso Bradem Ramsay es demasiado exquisito para elegir a una buena muchacha soltera del pueblo.

—¡Es simple! —dice al fin— ¡Acostarme con ella es simple! No espera promesas de amor eterno que no puedo dar en este momento, ¿de acuerdo?

—¡Pues acuéstate con turistas, joder! ¡Ellas tampoco esperan promesas!

—¡Soy bastante mayorcito para saber lo que hago! ¡Deja de comportarte como si fueras mi padre!

—Tienes razón —digo tras un incómodo y tenso silencio—. Eres adulto y sabes lo que haces. Pero esta es mi casa también, y si quieres follarte a tu secretaria, espero que lo hagas en el puto hotel, porque no pienso permitir que se pasee por aquí como si esta casa fuera suya.

Dicho esto, me voy a mi habitación y cierro de un portazo. No tengo ganas de seguir discutiendo con él. Enterarme de lo que hace ha sido un auténtico chasco, no me lo esperaba de él, mucho menos después de su divorcio. Blaire era la mujer perfecta: guapa, inteligente, divertida... y una puta de cuidado. Enamoró a Brad en menos de un mes, le tenía fuertemente atrapado en su telaraña mucho antes de que él se decidiese a pedirle matrimonio. Se casaron, se fueron de luna de miel... y la arpía que llevaba dentro salió a la luz. Empezó a separarlo de la familia, primero de mis padres, y más tarde intentó alejarle de mí. Le tenía el cerebro tan sorbido que siempre estaba de mal humor con la familia, le hablaba a mis padres con desprecio, y más de una vez tuvimos broncas impresionantes porque no hablaba con ellos de otra forma que no fuera a gritos.

Mi padre decidió enviarle a Edimburgo a hacer un máster, con la intención de alejarlo de ella y que se diera cuenta de la clase de mujer que era. Y no tardó demasiado en saberlo... porque volvió a casa antes de tiempo y la encontró en su propia cama con otra mujer. Blair, en vez de dar explicaciones, le pidió entre carcajadas que se uniera a ellas, que era más divertido el sexo entre tres. Bradem tardó mucho tiempo en superarlo, y aunque nunca he perdido la esperanza de que encontrase a la mujer perfecta con la que formar una familia, supongo que tiene miedo de volver a sufrir.

Escucho la puerta de la calle cerrarse de un portazo, así que salgo de la habitación dispuesto a tirarme en el sofá a ver la televisión. Se me han quitado

las ganas de todo, y como no entro a trabajar hasta la tarde, bien puedo pasarme la mañana de relax. Media hora después, el timbre de la puerta me arranca un suspiro, y abro para encontrar a mi madre en el umbral mirándome con reproche.

—Ya te ha ido con el cuento, ¿no? —pregunto volviéndome al sillón.

—No me gusta que os peleéis y lo sabes.

—Mamá, tenía motivos para discutir con él.

—¿Cuáles?

—No creo que deba contártelos.

—Bruce Ramsay... suéltalo.

—Se ha liado con su secretaria.

—¿Con Eva? Pero esa muchacha está casada, ¿no es cierto?

—Por eso hemos discutido. Me parece increíble que después de lo que pasó con Blaire se le ocurra hacer algo así.

—Él ya es mayorcito para saber lo que se hace, Bruce.

—Ya lo sé, pero me preocupa que Brad cometa una estupidez.

—Deberías meterte en tus propios asuntos. No digo que esté bien lo que hace tu hermano, pero es ella la que está casada, no él.

—¡Pero mamá...

—Pero nada. Preocúpate de con quién te acuestas tú y deja a Brad en paz.

—Siempre te pones de su parte —protesto.

—No te comportes como un crío, Bruce. No tienes razón y lo sabes. Tú no eres nadie para decirle a Bradem lo que tiene que hacer. Y yo tampoco, dicho sea de paso. Él ya es adulto para saber lo que hace.

—Tranquila, que no pienso dirigirle la palabra en lo que me resta de vida, así no me meteré donde nadie me llama.

—Bruce... ¿Te has parado a pensar que quizás lo hace porque le da

miedo empezar una relación? Después de Blaire, ¿cuántas novias le hemos conocido a tu hermano?

—Ninguna —reconozco.

—Esa mujer le hizo mucho daño y lo sabes, tal vez se escude en una relación así para no tener que preocuparse de terminar enamorado de otra bruja.

—Quizás tengas razón. ¿Y qué debo hacer, dejarle traerla a casa y que se sienta la dueña de todo?

—Déjale traerla a casa, pero impón tú los límites. No creo que sea tan difícil llegar a un acuerdo entre vosotros.

Mi madre se levanta y se pone el abrigo.

—Ahora debo irme, Grant me está esperando para ir a ver un par de sitios para preparar la boda.

—¿Y por qué demonios no la celebráis en el hotel? Es nuestro, ¿no?

—No quiero casarme en el mismo lugar que lo hice con tu padre, Bruce. Es una nueva etapa de mi vida y quiero empezarla en un lugar diferente. El hotel me traería demasiados recuerdos que estarían fuera de lugar.

—Lo entiendo. Una cosa más... ¿Dónde se compra Brad los trajes? Necesito estar decente para llevar a la novia al altar... y no tengo nada que ponerme.

—¿Por qué no se lo preguntas a él?

Dicho esto, mi madre sale por la puerta con una sonrisa. Como siempre, ha dicho la última palabra. Suspiro y vuelvo al sofá. Después de comer, cojo la mochila y me voy a trabajar. Ian ya está allí, y me saluda sin levantar su cabeza del bocadillo que se está metiendo entre pecho y espalda.

—Joder, tío, ¿es que no has comido? —pregunto soltando la mochila encima de la mesa.

—No he podido. Joshua está enfermo y he tenido que hacer su turno.

—¿Qué le pasa?

—Tiene un gripazo de cojones. No ha podido salir de la cama.

—Pues sí que estamos bien. Oye, ¿tú sabes de alguna tienda donde pueda comprar un traje?

—¿Tú, un traje?

—Es verdad, que no te he contado las últimas noticias. Mi madre se casa en tres semanas.

—¡No me jodas! ¿En serio?

—Y tan en serio. Brad y yo creyendo que estaba deprimida, y ella estaba teniendo un tórrido romance con un médico que conoció en clases de jardinería. Se nos quedó cara de imbéciles cuando nos lo contó.

—No sé si darte el pésame o la enhorabuena.

—No, si me alegro mucho de que rehaga su vida. Es solo que me hubiese gustado enterarme antes.

—Por poco os avisa el mismo día de la boda.

—Entonces sí que tengo que llevarme a Bradem al hospital. Casi le da un infarto ayer cuando le conocimos.

—¿Y cómo es?

—La verdad es que es agradable. Es muy parecido a mi padre. Elegante, divertido, y parece que quiere mucho a mi madre. Entonces qué, ¿sabes dónde comprar un traje o no?

—¿Y por qué demonios no le preguntas a tu hermano? Él siempre lleva traje.

—Hemos discutido esta mañana y no me apetece hablar con él.

—Pues pregúntale al novio de tu madre. ¿No has dicho que es elegante?

—La verdad es que no se me había ocurrido... Cuando salga de trabajar iré al hospital a ver si le encuentro.

—¿No es más fácil que le preguntes a tu madre?

—Está de parte de mi hermano en nuestra discusión y no me lo dirá. Insiste en que le pregunte a Bradem.

—Pues entonces no tienes más remedio que buscar a tu padrastro.

La tarde pasa tranquila, solo tenemos tres grupos de turistas y la mayor parte del tiempo estoy charlando con Garren en las taquillas. Cuando cierra el museo me dirijo al hospital, pero buscar a alguien del que solo sabes el nombre no es nada fácil. La enfermera del mostrador de recepción me mira con una sonrisa cuando me acerco para probar suerte.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarle? —me dice con voz dulce.

—Buenas noches. Estoy buscando a un médico, pero me temo que no conozco su apellido.

—¿Sabe a qué especialidad pertenece?

—Cardiología. Y su nombre es Grant.

—Entonces será el doctor Sinclair. Le avisaré ahora mismo. Puede esperar en aquellos sillones de allí.

Sinclair, Sinclair... ¿De qué me suena a mí ese apellido? Me siento donde la muchacha me ha dicho, y diez minutos después aparece un hombre de mi edad que me mira con una ceja arqueada. Le conozco... sé que le conozco, pero no recuerdo de qué.

—¿Bruce? —pregunta muy sorprendido.

¡Ya sé quién coño es! ¡Es Granny, el mejor amigo de mi hermano del instituto! La verdad es que ha cambiado bastante, pero sigue teniendo esa sonrisa gilipollas que hacía que se llevase a todas las tías de calle. Me acerco a darle un abrazo, y se sienta a mi lado en el sofá.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

—Estoy buscando al novio de mi madre. ¿Y tú cómo coño has llegado a ser médico? ¡Pero mírate!

—Seguí los pasos de mi padre. ¿A qué doctor buscas?

—Se llama Grant, y sé que es cardiólogo.

Granny me mira con los ojos como platos y se echa a reír a carcajadas.

—¿Te parece gracioso que mi madre se haya echado novio, cabrón?

—En absoluto —contesta sin parar de reírse—. Me río porque su novio es el cabrón de mi padre.

—¿Tu padre?

¿Resulta que Grant es el padre del mejor amigo de Bradem? Esto es para partirse de risa.

—Se suponía que ayer iba a estar en la comida familiar para que conociese a su querida Anie y a sus dos hijos, pero me surgió una urgencia y no pude asistir.

—Te aseguro que si llegas a estar allí mi hermano se muere de un infarto —bromeo—. Está llevando muy mal esto de que mamá rehaga su vida sin decirnos nada.

—¿En serio? Mi padre no habla de otra cosa.

—Mi padre murió hace cuatro años y mi madre pensó que nos sentaría mal que volviese a salir con alguien.

—¿Y para qué necesitas a mi padre? Está preparando los trámites para su jubilación, y viene solo días sueltos.

—No te preocupes, no es nada importante.

—Si puedo echarte un cable, por mí no hay problema. Mi turno termina en diez minutos, así que...

Le miro con una ceja arqueada. Lo último que recuerdo de él es que era la antítesis de Bradem, pero no tengo nada que perder, así que...

—¿Sabes algo sobre trajes? —pregunto con una sonrisa.

—No tengo ni puta idea —contesta con una carcajada—, pero sé dónde los compra mi padre, que es una gran ventaja.

—Si compartes tu secreto conmigo te invito a una cerveza.

—No me lo digas dos veces. Voy a cambiarme de ropa y nos vemos en quince minutos en el recibidor.

Cuando llego a casa son cerca de las doce de la noche. La verdad es que Junior, como insiste en que lo llamemos ahora, ha sido todo un descubrimiento. Nos parecemos en muchos aspectos, y me lo he pasado muy bien con él. Al final ambos hemos encontrado un traje para la boda, y se ha ofrecido a colaborar con Bradem y conmigo con lo del viaje de novios. Me meto en la ducha, pero cuando tengo el pelo enjabonado mi querido hermano abre la mampara de par en par.

—¿Qué haces? —pregunto buscando a tientas el grifo para parar el agua
— Vas a ponerlo todo perdido.

—¿Quieres comida china? Voy a pedir algo para mí.

—Ya he cenado, es muy tarde. ¿Por qué no has comido tú antes?

—Acabo de llegar de la oficina y no me ha dado tiempo a comer nada.

—¿Problemas con la fusión?

—Papeleo.

Brad se da la vuelta dispuesto a marcharse, pero se detiene y vuelve a la ducha.

—Esto... Bruce. Oye, siento haber traído aquí a Eva. Debería haberte consultado antes.

—Y yo siento haberme puesto así. Es tu vida y sabes lo que haces, no tendría que haberme metido donde nadie me llama.

—Si no quieres que vuelva a traerla...

—No, tráela si quieres... pero avísame antes. Y por favor, que no se pasee desnuda por la casa. Es muy incómodo encontrármela sin bragas por ahí.

Cuando salgo de la ducha, mi hermano está comiendo leyendo unos papeles de la oficina, y me siento con él a tomarme un chocolate caliente.

—¿Sabes a quién he conocido hoy? —pregunto.

—¿A quién?

—Al hijo de Grant.

—¿Grant tiene un hijo? —pregunta sorprendido.

—Ya lo creo que tiene un hijo, y cuando te diga quién es te vas a quedar muerto.

—Sorpréndeme.

—El apellido del novio de mamá es Sinclair. ¿No te suena de nada?

—¡Joder! Hace una eternidad que no veo a Granny. El tío era un crack, pero perdimos el contacto y...

Se queda mirándome un segundo al caer en la cuenta de lo que estoy intentando decirle.

—No me digas que Grant es el padre de Granny.

—Ahora quiere que le llamemos Junior. Y sí, Grant es su padre. Trabaja con él en el hospital. No pudo venir ayer a la reunión, pero mamá y Grant tenían pensado llevarnos a cenar a los tres para que nos conociéramos.

—¿Él sabía lo de mamá?

—Casi desde el principio, aunque evidentemente no sabía que era nuestra madre. Parece que su padre confía en él más que mamá en nosotros. Hemos ido a comprar el dichoso traje de la boda, y después hemos parado a comer algo.

—Llámale y dile que venga a ver el partido del sábado. Así nos ponemos al día, que hace siglos que no sé nada de él.

—Buena idea, mañana le mando un whatsapp, que ya es muy tarde. Por cierto, se ha ofrecido a ayudarnos con el regalo de bodas. No tiene ni idea de qué regalarles así que le he dicho que sí.

—Típico de él. Por mí no hay problema, ya lo sabes. El domingo hablamos sobre el asunto.

Me levanto y meto el vaso en el lavavajillas antes de dirigirme hacia la

puerta.

—Me voy a la cama. No trabajes más, que ya has hecho bastante por hoy.

—Solo estoy releendo los acuerdos de la fusión antes de llevárselos a mi abogado. En cuanto termine me voy a la cama yo también.

Me tumbo en la cama pensando en las vueltas que da la vida. De golpe y porrazo, Brad y yo nos encontramos de nuevo con algo parecido a un padre, y con suerte, también con un nuevo hermano.

Capítulo 3

El sábado por la tarde Garren e Ian me recogen a las nueve para llevarme a Canallish a pagar la jodida apuesta. He preparado un buen alijo de provisiones, una manta térmica, una barbacoa portátil y un colchón hinchable para poder dormir bien. Ya que tengo que hacer el gilipollas, al menos quiero contar con la mayor comodidad posible.

—¿Se puede saber qué demonios son estas cajas? —pregunta Garren ayudándome a meterlas en su todoterreno— ¿Te vas de acampada o te mudas para siempre?

—Cállate, imbécil. A ver si encima de que ganasteis haciendo trampas vas a ponerme pegas.

—¿Queréis daros prisa? —nos apremia Ian— Tengo que estar en casa a las seis.

—¿Ahora tienes hora como los bebés? —me burlo.

—Qué más quisieras, gilipollas. Mi hermana tiene un cumpleaños y me he ofrecido a llevarla.

—Qué buen hermano eres...

—¿Tienes envidia porque Brad no se portó tan bien contigo? —bromea Ian.

—Mañana le preguntamos a él, ¿quieres?

—¡Joder, solo era una broma! —contesta asustado— No vayas a decirle nada.

—Te has acojonado, ¿eh? —me carcajeo.

—En serio, tío, tu hermano da miedo —contesta Garren—. Cuanto más

lejos de nosotros le mantengas, mejor.

—Vamos, moved el culo y subid al coche —protesta Ian.

—Al menos pagaréis vosotros mi cena, ¿no? —pregunto— ¿O pensáis matarme también de hambre?

—¿Es necesario? —pregunta Garren.

—Tú verás...

Tras pasar por el supermercado y hacerles un agujero a esos dos en la tarjeta de crédito, me encuentro solo en Canallish. Hace un frío de cojones, y ni siquiera el fuego que he improvisado con un par de troncos dentro de la barbacoa logra mantenerme caliente. Por fortuna, he sido listo y me he puesto calzas y camiseta térmicas, porque de no ser así, por la mañana recogerían mi cadáver de este cerro. Pongo en la rejilla de la barbacoa una cafetera para hacer un buen café caliente. Aún no tengo hambre, pero pienso comerme las dos chuletas de ternera que han pagado Ian y Garren. Al menos podré tomar una cena en condiciones, que es lo mínimo que me deben esos dos por hacerme pagar la apuesta a pesar de hacer trampas.

El cielo está completamente despejado, y esta noche hay lluvia de estrellas, así que podré disfrutar plenamente del espectáculo sin las molestas luces de la ciudad. Saco de la mochila una bolsa de cacahuetes y me tumbo sobre el saco de dormir a mirar el cielo mientras se hace el café, pero un ruido a mi derecha me hace levantarme en el acto. ¿Qué demonios ha sido eso? Me tenso un segundo mirando a la oscuridad, buscando con la mano algo con lo que defenderme de lo que sea que ha hecho ese ruido, quizás uno de los perros guardianes del lugar. De pronto veo una silueta dibujarse a lo lejos, y cojo uno de los troncos de reserva con fuerza, porque debe ser un ladrón. Cuando se encuentra un poco más cerca, suelto el tronco al darme cuenta de que es una mujer. ¿De dónde coño se ha escapado esa? Porque debe estar para que la encierren. A nadie se le ocurre estar paseando por aquí a estas horas con el

frío que hace. Al menos alguien cuerdo... No veo demasiado bien en la oscuridad, pero por su silueta creo que es alta, de pelo largo y con curvas. Lleva una falda larga hasta los tobillos, y una especie de capa de piel alrededor de los hombros. ¿De qué demonios va disfrazada?

Continúo observándola sin hacer ruido, intentando adivinar qué demonios hace aquí arriba con el frío que hace. Se está acercando lentamente al círculo de piedras, y alarga la mano lentamente, como si tuviera miedo de terminar electrocutada. No va a hacerlo... no puede ser verdad. ¿En serio, macho? ¡Está tocando las piedras! ¿Qué se cree, que es la protagonista de esa estúpida serie de televisión que trae a todas las mujeres locas con el pelirrojo? Tengo que aguantarme las ganas de reír para no descubrirme, y continúo mirando divertido a la mujer, que está dando un espectáculo mejor que el de las estrellas. Ella vuelve a posar la palma de la mano sobre la fría piedra, y la baja moviendo la cabeza antes de apoyarse en ella con un suspiro.

—¿Qué, te diviertes? —digo por fin.

Ella se sobresalta y se lleva la mano al corazón antes de fijar la mirada en mí. Abre los ojos como platos, se tapa la boca con ambas manos y se queda petrificada en el sitio. ¿Qué le pasa ahora? ¿Es que ha visto a un jodido fantasma? Me señala con el dedo, y alterna su mirada desde mi posición hasta las piedras. Yo vuelvo la cabeza para ver qué es eso que la ha dejado tan sorprendida, quizás sí que se ha escapado alguno de los perros del guarda y se está acercando... No, nada. No entiendo a qué viene entonces esa cara de susto... hasta que caigo en la cuenta de que voy vestido de escocés del siglo XII.

—¡Vamos, no jodas! —exclamo— ¡Es un disfraz, estúpida!

—¿En qué año estamos? —pregunta.

—¿De qué siquiátrico te has escapado? —contraataco.

—Contesta —me ordena cruzándose de brazos.

En vez de eso, señalo la tienda de campaña que está detrás de mí, y le muestro mi teléfono móvil de última generación con una ceja arqueada.

—¡Dios, qué susto! —suspira— Por un momento pensé que me estaba empezando a volver loca.

—¿Seguro que no lo estás ya?

—Sé lo que debes pensar, ¿vale? Pero no es lo que parece.

—Ah, ¿no? Pues creo que lo más indicado sería que llamase a los del psiquiátrico a que viniesen por ti.

—¿Y tú qué coño haces aquí vestido así? Me has dado un susto de muerte.

—Es culpa tuya por merodear por donde no debes. ¿Y con qué derecho te crees para criticar mi ropa cuando tú vas peor que yo?

—Mira... que te den.

—¿Acaso no sabes que existen los pantalones? —grito a su espalda— Vas a morir congelada.

Ella ni se molesta en mirarme, sino que se limita a hacerme un corte de manga por encima del hombro y sigue andando colina abajo. ¿Pretende llegar a la ciudad a pie? ¡Está a más de media hora!

—¿A dónde coño vas? —pregunto mirándola con curiosidad.

—A buscar un puñetero taxi para volver al hotel.

—No hay taxis por aquí a estas horas.

—Puedo llamar uno —dice sin volverse, enseñándome su teléfono móvil—. No eres el único que lleva un teléfono encima, gilipollas.

—Los taxis solo suben aquí durante las horas en las que el monumento permanece abierto.

—Si llamo por teléfono vendrá.

—No, no lo hará. Sabrán que estás como una cabra y mandarán a los de emergencias para que te encierren.

—Yo no soy la que va disfrazada de highlander. Seguro que te llevan a ti primero.

Es divertida, lo reconozco. Y mordaz. Su descarro me gusta, y la verdad es que no quiero que se vaya. Mejor acompañado por una lunática que solo, ¿no?

—Estamos cometiendo un delito, *sassenach*. Si nos pillan aquí nos multarán.

—¿Y por qué demonios me dijeron que subiera a ver las estrellas aquí?

—Supongo que pensaron que sería divertido tomarte el pelo.

Ella resopla, y aparta el pelo de su cara antes de volver a echar a andar.

—¿Y ahora dónde demonios vas? —pregunto empezando a frustrarme.

—Si no hay taxis, bajaré andando. Tengo dos piernas para hacerlo.

—¡Está demasiado lejos! —digo levantándome para ir tras ella—
¿Quieres parar de una maldita vez?

—Que me olvides.

—Vamos, deja de andar. No vas a conseguir llegar a la ciudad sin congelarte.

—Si no lo has hecho ya tú con esas pintas...

—Llevo ropa térmica debajo, no soy imbécil.

—Pues yo debí ser más lista y ponerme un pantalón. Se me están congelando hasta las ideas.

La miro con una ceja arqueada señalando la hoguera, y suspira y se da la vuelta, derrotada. Se sienta a mi lado con un resoplido, y puedo ver sus ojos oscuros cerrarse ante el alivio del calor que desprende la barbacoa. Saco la manta de la mochila y la estiro sobre sus piernas, que deben ser dos témpanos de hielo debajo de esa inútil faldita de lana.

—Gracias —susurra.

—¡Vaya, pero si hasta puedes ser amable!

—Déjalo ya, ¿quieres? No estoy de humor.

El café empieza a subir, y permanezco en silencio mirando al vacío hasta que termina. Después vierto el líquido en dos vasos de plástico y le entrego uno a ella, que sonrío por primera vez en todo el rato que llevamos hablando.

—Ingenioso —dice señalando el fuego con la cabeza.

—Aquí no se puede hacer fuego... en teoría, pero necesitaba alguna forma de calentarme, así que...

—¿Por qué estás aquí vestido de esa guisa?

—Perdí una apuesta.

—A mí me dijeron que en este lugar podría ver el mejor espectáculo de estrellas fugaces de mi vida.

—Y es cierto, pero deberían haberte advertido lo de los taxis.

—He sido muy estúpida, yo misma podría haberme informado, pero estaba demasiado ilusionada con subir aquí.

—Has tocado la piedra —me burlo.

—¿Y qué? —contesta sonriendo.

—Y vas vestida como un adefesio.

—Ya lo sé... —reconoce avergonzada.

—Es de locos, ¿sabes?

—¿Acaso tú no lo harías en mi lugar?

—¡Claro que no!

—Son muchas las leyendas que giran en torno a los círculos de piedras.

—¿O es que quieres encontrar a tu propio pelirrojo escocés? —la pico.

—No sé de qué me hablas.

—¿En serio? Pues serás la única mujer en el mundo que no ve esa estúpida serie.

—Vi la primera temporada. Después se puso demasiado pesada, y

además, no me gusta el pelirrojo.

—Si tú lo dices...

—No es para nada mi tipo.

—Claro que no —me burlo.

—¿Acaso tú no querías conocer la historia de este país de primera mano si te brindasen la oportunidad?

—Supongo que sí —reconozco.

—Pues yo también. Por eso toqué la piedra. ¿Y cuál es esa apuesta que has perdido?

—En realidad no la perdí, mis amigos hicieron trampas.

—Eso dicen todos...

—¡Es verdad! Me provocaron para apostar sabiendo que perdería.

—Ya, claro...

—¡En serio! Tenía que ligar con un grupo de chicas alemanas. Eran lesbianas, y ellos lo sabían. Me tendieron una trampa.

Ella se echa a reír, una risa armoniosa que llena el silencio de la noche.

—¿Te parece gracioso? —pregunto sonriendo yo también.

—Mucho. ¿Es que no viste ningún indicio de su condición sexual? No sé... un beso, una caricia... ¡Algo!

—Reconozco que no les presté demasiada atención hasta que ellos me retaron a apostar.

—Supongo que habrás aprendido la lección.

—Créeme, se ha grabado a fuego en mi memoria. Estoy pasando un frío de cojones.

La joven se quita la capa de pelo de los hombros y la comparte sobre los míos. Aunque parece un simple trozo de tela, abriga muchísimo, y suspiro aliviado.

—Gracias, realmente lo necesitaba. ¿Y tú por qué demonios no te has

puesto unos pantalones? Tienes que tener las piernas heladas.

—Mi intención era volver a la civilización, ¿recuerdas?

—Si hubieses viajado en el tiempo a través de las piedras te aseguro que no.

—¿Quieres dejarlo ya? —protesta, pero sus labios esbozan una sonrisa

— He sido imbécil por dejarme llevar por las leyendas, lo reconozco. ¿Contento?

Sonrío y sacudo la cabeza. Estoy pasándomelo en grande, y podría estar así horas enteras, pero el rugido de su estómago llena el silencio de la noche.

—¿Te has tragado un Alien? —pregunto con una carcajada.

—Lo siento —contesta sonrojándose—. No he cenado demasiado.

Saco de mi mochila el termo con el caldo caliente y se lo paso.

—Toma, te sentará bien mientras hago la carne.

—No puedo comerme tu cena —protesta.

—Hay suficiente para los dos, no te preocupes. Me he ocupado de sangrar a mis amigos por la putada. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Amber. Amber Clark. ¿Y tú eres...

—Bruce Ramsay.

—Encantada de conocerte, Bruce Ramsay.

Amber vierte un poco de caldo en la taza del termo y bebe a pequeños sorbos. Gime cuando sus huesos helados empiezan a calentarse, y yo permanezco observándola atentamente. Aunque su ropa esconde sus curvas, puedo percatarme de que no es ninguna modelo. Quizás tenga algo de sobrepeso, pero la carne se concentra en los lugares adecuados... o eso parece al menos. Sus pestañas son largas y espesas, y su boca, aunque es algo pequeña, está perfectamente esculpida en su rostro. Es bastante guapa, tengo que reconocerlo, y no estaría nada mal llevármela a la cama... en cualquier condición que no fuera en mitad de un helado cerro escocés en plena noche.

Intento centrar mi atención en echar más leña al fuego y saco los filetes de su recipiente para ponerlos encima de la parrilla.

—Veamos... tengo una bolsa de patatas fritas, cacahuets, refrescos y una tarta de manzana. Creo que sobreviviremos toda la noche —bromeo.

—¿Pensabas comerte tú solo todo eso? —pregunta con una sonrisa.

—En realidad no, pero tenía que hacerles pagar por obligarme a quedarme.

—Yo tengo suficiente con el caldo, Bruce.

—¿Esperas que me lo crea? Vas a comerte ese filete, jovencita, o te castigaré a dormir entre las piedras —bromeo con un guiño.

—Gracias por ser tan bueno conmigo, de verdad. De no ser por ti quizás habría terminado congelada.

—Te las habrías apañado.

—¿Con esta ropa? Solo a mí se me ocurre venir a las Highlands con un simple vestido, por muy de lana que sea.

Comemos en silencio, pero no logro apartar mi mirada de ella. Me atrae... aunque no sea el momento ni mucho menos el lugar, tengo que reconocer que me atrae. Cuando terminamos de cenar, le tiendo la mano para levantarla y llevo el saco de dormir hasta la tienda de campaña para ponerlo sobre el colchón hinchable. Acercó el brasero improvisado un poco más a la entrada de la tienda, y animo a Amber a meterse dentro del saco de dormir.

—¿Qué? ¡Ni hablar! —protesta.

—¿Qué pasa?

—No pienso quitarte tu saco de dormir. Me apañaré con la manta y mi capa, de verdad.

—Vamos, no seas tonta. El colchón y el saco son grandes, entraremos los dos perfectamente y estaremos más calientes así.

—Pero...

—Seamos prácticos, Amber. Si duermes en la manta ambos pasaremos frío, y si compartimos el saco de dormir podremos dormir un poco.

—Está bien...

Se mete dentro del saco sin rechistar y coloco sobre él la manta y su capa. Soy un caballero, pero no gilipollas, y no estoy dispuesto a morir de una hipotermia por ello. Una vez preparado todo, me meto en el saco con ella y cierro la cremallera para evitar que el calor escape de él. Sonrío cuando Amber enreda sus piernas en las mías y suspira pasando la mano por mi cintura.

—Lo siento, pero el saco está helado y yo tengo las piernas desnudas — se disculpa.

—No te preocupes, no siento el frío con las calzas térmicas. Buenas noches, Amber.

—Buenas noches, Bruce.

Intento conciliar el sueño, pero es imposible si continúo sintiendo su cuerpo cálido pegado al mío. Siento su sexo pegado en mi culo, y sus pechos se aplastan contra mi espalda. Tengo ganas de gritar, de darme la vuelta y hundir mi lengua en su boca, pero lo único que hago es esperar a que pase la noche. Por si no tuviese bastante, no deja de moverse, y al final vamos a terminar de bruces en el suelo con tanto movimiento.

—¿Estás despierto? —susurra ella, rozando mi oído con su aliento.

—¿Cómo quieres que me duerma si no dejas de moverte?

—Perdona —dice avergonzada.

—¿Qué te ocurre? —pregunto tras un suspiro.

—No consigo calentarme. Me tiembla todo el cuerpo y no puedo dormir. ¿Te importaría abrazarme? Tal vez así se me quite el frío.

No puede estar hablando en serio... ¿Verdad? O es muy tonta o una zorra de cuidado. En cualquier caso, me vuelvo hacia ella, tarea que me hace jadear

debido a la estrechez del saco, y hago lo que me pide. Pero esta postura es peor, porque mi polla queda encajada entre los cachetes de su culo y comienza a cobrar vida... y ella debe estar sintiéndola en su trasero.

—Supongo que eso no es el móvil —dice por fin, aguantándose la risa.

—Lo siento, pero ella tiene vida propia.

—Ya lo veo... parece que se alegra de tenerme cerca, ¿eh?

—Es culpa tuya —protesto—. Si dejaras de restregarme tu precioso culo...

—¡Yo no te estoy restregando nada!

—Sí que lo haces, cada vez que te mueves para encogerte en un ovillo.

—Tengo menos frío así —reconoce.

—Entonces no digas que no es culpa tuya.

Amber se queda en silencio un segundo, y después se vuelve de cara a mí, dejando sus labios a un suspiro de mi boca.

—¿En serio te parece precioso? —susurra.

—¿El qué? —Estoy tan concentrado intentando controlar mi libido que no sé a qué demonios se refiere.

—Mi culo. ¿Te parece precioso?

—No es que haya podido verlo demasiado bien, pero sí. Creo que lo es.

—Gracias, nunca me lo habían dicho.

—Lo dudo mucho.

—En serio... nadie me ha dicho que mi culo es bonito.

Vuelve a quedarse en silencio, pero no aparta su mirada de la mía. Yo contengo la respiración esperando su próximo movimiento. Ahora mismo lo que me apetece es apresarla entre mis brazos y besarla, pero no me atrevo a hacerlo porque con el genio que se gasta es capaz de darme una buena hostia.

—El tuyo no está tampoco nada mal —bromea al fin.

—¿Mi qué? —Me he dejado llevar por mi pequeña fantasía y he perdido

el hilo de la conversación.

—Tu culo, ¿qué va a ser?

—¿A eso te dedicabas mientras preparaba la cama? —bromeo— ¿A mirarme el culo?

—Es culpa tuya. No parabas de ponerte en pompa...

Sonríó y acaricio su brazo con un dedo. Ella inspira profundamente, y me animo a seguir mi recorrido por encima de sus pechos. Amber me mira fijamente, con los labios entreabiertos, pero no dice nada... ni tampoco me detiene.

—Tus pechos tampoco están nada mal —susurro sopesando uno de ellos entre mis dedos—. Son bastante grandes, caben perfectamente en mi mano.

—¿Ah, sí?

—Ajá.

Introduzco una pierna entre las suyas y subo la rodilla para impactarla contra su sexo, y un gemido escapa de sus labios.

—¿Aún tienes frío? Susurro con voz ronca.

—Un... un poco.

—Tal vez sepa la forma de hacerte entrar en calor —ronroneo—, pero no sé si estarás dispuesta a llevarla a cabo.

—Lo que sea con tal de quitarme el frío —contesta con los ojos velados por el deseo.

—¿Seguro?

—Completamente.

—En ese caso... ven aquí.

Tiro de ella para pegarla por completo a mi cuerpo, y aprieto sus caderas contra las mías. Estoy cachondo, este juego tan tonto me ha puesto a mil por hora, y acerco mis labios a los de ella, pero me aparto con una sonrisa cuando Amber intenta besarme.

—Shh... no tan deprisa, preciosa —susurro.

Muevo las caderas restregando mi miembro contra su sexo y ella jadea con los ojos medio cerrados, esperando un beso que no llega, agarrándose a mis hombros con fuerza. Mi dedo acaricia suavemente su pezón por encima de la ropa, apenas un par de pasadas antes de hacer lo mismo por encima de sus bragas. No son de encaje, son las típicas bragas blancas de algodón con florecitas, pero me excitan como si llevase puesta la más fina prenda de lencería.

Amber me agarra de la nuca para acercarme a ella y la beso por fin. Buscaba que ansiara mis besos, pero no pensé ni por un momento que su asalto iba a ser tan erótico. No es un beso tímido, ni mucho menos. Su boca avasalla la mía, sus labios recorren los míos arrancándome un gemido, y logrando que mi polla corcovee dentro de las mallas térmicas. Desabrocho la cremallera del saco de dormir y lo dejo extendido sobre el colchón para que podamos movernos con mayor libertad. Tapo nuestros cuerpos con las otras dos prendas y me coloco encima de ella para volver a besarla... pero esta vez la batuta la llevo yo.

—Voy a follarte, Amber.

—Ya era hora —gime sonriendo.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

—¿Debería no estarlo?

Niego con una sonrisa y hundo mi boca en su cuello. La saboreo, me deleito con su dulce sabor, pero no puedo llegar a donde quiero con el cuello de cisne del vestido, así que se lo saco por la cabeza para recorrerlo con mis labios desde la oreja hasta el hombro con besos húmedos. Hundo mi boca en el valle entre sus senos y lamo su piel hasta llegar a uno de ellos, sonrosado, pequeño y delicioso. Lo chupo, lo muerdo hasta que brota duro como una piedra, y sustituyo mi boca por mis dedos para prestarle la misma atención al

otro. Ella gime, arquea la espalda para ofrecerlos a mi boca, y no puedo evitar restregar mi polla contra la V de sus piernas, que se abren instintivamente para dejarme llegar a su sexo.

—¿Estás cachonda, gatita? —susurro.

—¿Acaso no lo notas, highlander? —contesta elevando las caderas.

Me deshago de las calzas y dejo mi polla al descubierto debajo del plaid. La paso por sus bragas, que ya están completamente mojadas, y sonrío antes de hundir mi mano por el elástico para encontrarme con su sexo desnudo. Sus labios son grandes, suaves y jugosos, y estoy deseando comérmelos enteros. Acaricio su sexo con el dedo corazón, arrastrando su jugo hasta su clítoris, y moviendo el dedo en círculos a su alrededor sin llegar a tocarlo. Amber gime, inspira profundamente cada vez que mi dedo roza el pequeño botón y mueve las caderas hacia delante y hacia atrás, imitando el vaivén del sexo.

Su mano baja por la cintura de mi plaid hasta dar con mi verga, y la aprieta entre sus dedos antes de empezar a moverla arriba y abajo. Sus dedos rozan mi glande, bajan hasta casi rozar mis testículos, y estoy a punto de estallar. Me deshago de la camisa y la camiseta y bajo las manos para desabrocharme el cinturón, pero ella me lo impide.

—Déjate el plaid puesto... me excita muchísimo.

—Toda una fantasía escocesa, ¿eh, gatita?

—No puedo evitar que me pongas cachonda vestido así.

Bajo las manos por sus piernas para deshacerme de las braguitas de florecitas rosas, saco el preservativo que siempre llevo en la cartera para las situaciones de emergencia, y tras ponérmelo, levanto la tela del tartán y me hundo completamente en ella.

—¡Joder! —gimo cerrando los ojos.

No hace demasiado tiempo que echo un polvo, pero parece que no

debería haber esperado tanto, porque cada movimiento se convierte en una dulce tortura para mí. Cierro los ojos y apoyo las manos a ambos lados de su cabeza para disfrutar más de la sensación de estar enterrado en ella, pero Amber pasa la mano por mi nuca y me come la boca. Sus piernas se enredan en las mías, sus talones se clavan en mis gemelos y sus manos aprisionan mi espalda con fuerza. Estoy encerrado en una cárcel de piel femenina y jamás me había sentido mejor que en este preciso momento. El placer serpentea por mi espalda, estoy a punto de estallar, así que salgo de ella para bajar por su cuerpo y hundir la lengua entre sus pliegues.

—¡Dios, gatita, qué bien sabes! —susurro antes de volver a su sexo.

Lamo, succiono sus labios, su clítoris hinchado, y paseo mi lengua rápidamente sobre él. Sus flujos inundan mi lengua y sus piernas se convulsionan cada vez que me centro en su clítoris hinchado. Ella me agarra del pelo, tira de él hasta casi hacerme daño y su cuerpo se tensa a mi alrededor cada vez que el orgasmo se acerca. Pero quiero hacerla sufrir un poco, y detengo mis caricias cada vez que esto ocurre hasta que ella se relaja sobre el saco de dormir y mi tortura comienza de nuevo.

—¡Joder, sí! —grita inconscientemente— ¡Justo así! ¡Qué rico! ¡Qué rico!

Sonrío ante sus palabras sin sentido y me esmero un poco más esta vez, hasta que ella se tensa y grita mi nombre recorrida por su orgasmo. Yo ya no puedo más, estoy a punto de correrme y me hundo en ella de una sola estocada para empezar a moverme con fuerza. Mi culo se aprieta, mis piernas se tensan y el ritmo frenético con el que entro y salgo de ella no parece suficiente para mí. Mi estómago se contrae ante el placer que se concentra, y me corro con un grito sordo antes de caer sin fuerzas sobre ella. Amber respira entrecortadamente, y aunque sé que le falta el aliento soy incapaz de levantarme. Ha sido un polvo increíble, y cuando consigo recuperarme, me

levanto para vestirme y pasarle el vestido a ella. Sé que no es plato de buen gusto hacer una cosa así, que las mujeres quieren recrearse desnudas con el tío después de un buen polvo, pero hace un frío de cojones y no quiero que muramos congelados. La miro de reojo para ver su reacción, pero ella se limita a vestirse apresuradamente y meterse bajo las mantas de nuevo.

Tras vestirme yo también, recompongo nuestra cama de nuevo, apago las ascuas de la barbacoa, cierro la cremallera del saco y me dispongo a volver a acostarme. Sonrío al ver que Amber se ha quedado completamente dormida, y cuando cierro la cremallera del saco de dormir, pega inconscientemente su cuerpo al mío con un gemido para recibir más calor. ¿Se puede ser tan friolera?

Al final ha sido una noche cojonuda a pesar del frío inicial. Tengo que recordar darle las gracias a los capullos de mis amigos por haberme obligado a venir a Canallish a cumplir con la condenada apuesta, porque me voy de aquí con una gran experiencia... y espero que con una nueva compañera de cama.

Capítulo 4

Me despierto de un salto ante el estruendo que se ha formado fuera de la tienda. ¿Qué cojones ha sido eso?

—¡Eh, marmota, levántate! —oigo la voz de Ian— Son las nueve de la mañana y el guardia está a punto de llegar.

La luz del sol que entra por la puerta abierta de la tienda impacta de lleno sobre mis ojos, y tengo que tapármelos con el brazo para no terminar ciego perdido.

—¡Venga! ¡Date prisa! Tengo hambre y quiero desayunar de una puñetera vez.

Miro hacia la puerta para ver la silueta de Garren, que está metiendo la cabeza en la tienda, y me acuerdo de que no estoy solo. Me echo hacia atrás para tapar a Amber, que debe estar aún dormida, pero lo único que hay detrás de mí es un vacío en el saco de dormir, aún templado por su presencia. Miro en el suelo por si ha terminado cayéndose, y nada. ¿Dónde coño se ha metido? Aparto a Garren de un empujón, salgo de la tienda y miro en todas direcciones para intentar encontrarla, pero ha desaparecido como si fuera un puto fantasma.

—¿Se puede saber qué haces, Bruce? —pregunta Garren.

—No debe estar muy lejos.

—¿Qué buscas? —pregunta Ian mirando el suelo a nuestro alrededor—
¿Has perdido algo?

—Una chica... ¿Habéis visto a una chica?

—¿Has perdido una chica? —ríe Garren.

—No, no hemos visto a nadie —contesta Ian.

—Debe estar cerca... —digo alejándome un poco.

—Tío, el único que ha estado en este monte eres tú —dice Garren mirándome como si me faltase un tornillo.

—Anoche conocí a una chica... —afirmo fijando la vista en las piedras.

—Claro que sí, colega, apuesto que traspasó las piedras para echarte un buen polvo desde el siglo XII —se burla Garren.

—¡Que no, joder! Vino a ver la lluvia de estrellas y no le dijeron que los taxis no subían más tarde de las siete. Pasó la noche conmigo... y tiene que haberse perdido.

—¿No crees que puede haberse ido sin despedirse? —pregunta Ian.

—Ella no haría algo así —protesto.

—¿Y entonces dónde demonios está? —pregunta Ian.

—¡No lo sé! ¿Vale? Pero no debe andar muy lejos.

Pasamos más de una hora buscando a Amber por los alrededores, pero no hay ni rastro de ella. ¿Me ha dejado tirado? No quiero creerlo, ella no es como las turistas que buscan un polvo excitante con un puto escocés. ¿Pero entonces por qué no me ha despertado? Recojo mis cosas con más fuerza de la que debo y termino tirando mi mochila en el maletero del todoterreno con un golpe seco.

—¡Joder! —grito pasándome las manos por la cabeza.

—¿Puedes calmarte? —pregunta Ian— Quizás todo esto tenga una explicación lógica.

—¿Qué explicación va a tener? ¡Se ha reído de mí en mis narices, esa es la puta explicación!

—Tal vez perdía su vuelo, o quizás le dio vergüenza verte por la mañana —añade Garren intentando calmarme.

—No, solo era otra turista más con ganas de aventuras escocesas que se

ha reído en mi cara —protesto.

—Deduzco que te acostaste con ella —añade Ian.

—¿Qué comes que adivinas?

—Míralo por el lado positivo, tío —dice Garren—. Al menos has echado un buen polvo y te has mantenido caliente toda la noche.

—No tiene ni puta gracia, ¿sabes?

—Cualquiera diría que te has enamorado de ella, Bruce —dice Ian.

—Tú alucinas.

¿Cómo puede pensar que voy a enamorarme de una mujer en una sola noche? ¿Está loco? Es guapa, y la verdad es que es muy buena en la cama, pero lo único que ha quedado herido es mi orgullo masculino. No esperaba que me idolatrara, joder, pero por lo menos una puñetera despedida habría sido lo más indicado, quizás quedar de vez en cuando para repetir durante el tiempo que permanezca en la isla.

Lanzo el resto de mis cosas al maletero del coche y me subo en el asiento de atrás. Llegamos a mi casa una hora después.

—¿Salimos esta tarde? —pregunta Ian.

—No contéis conmigo. Mi hermano y yo hemos quedado con el hijo del prometido de mi madre, vamos a ver el partido.

—¿Ahora también hay un hermanastro? —pregunta Garren con un silbido— Sí que está creciendo la familia en unos días.

—El novio de mi madre ha resultado ser el padre del mejor amigo de Brad en el instituto. Se me quedó cara de gilipollas cuando lo descubrí.

—El mundo es un pañuelo, tío —dice Garren silbando.

—En ese caso, que disfrutes de la reunión de hermanos —bromea Ian.

Entro en la casa y suelto las cosas en el recibidor mientras me empiezo a desnudar por el pasillo. Estoy cansado y sucio, y me meto en la ducha para calmar mis músculos, que están agarrotados. Escuchar la llave de mi hermano

en la cerradura me arranca un gemido. ¿Qué cojones hace Bradem aquí tan temprano? Se suponía que llegaría después de comer...

—¿Hay alguien en casa? —pregunta.

—¡Estoy en la ducha!

Salgo del cuarto de baño y me dirijo a la cocina para prepararme algo para desayunar. Mi hermano está tirado en el sofá haciendo zapping, y me mira con una ceja arqueada cuando me ve aparecer.

—Parece que te ha pasado un camión por encima, Bruce —dice mirándome de arriba abajo.

—¿No volvías después de comer? —protesto.

—Quise volver temprano para descansar algo antes de que llegase Grant. Joder, pareces un puto zombi.

—¿Quieres dejarlo de una vez?

—¿Qué? Solo he constatado un hecho. Tienes un aspecto horrible. ¿A qué hora te acostaste anoche?

—¿A ti qué te importa? Creo que ya soy mayor de edad, ¿no?

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

—He tenido un fin de semana horrible, Brad, no tengo fuerzas para pelear contigo.

Mi hermano levanta las manos en señal de rendición y recoge su bolsa de viaje del suelo para irse a la ducha. Me sirvo un tazón de leche con cereales y me tumbo en el sofá a ver lo que ha dejado puesto en la televisión. Bradem aparece veinte minutos después con el pelo húmedo y ataviado con ropa de deporte.

—¿A eso lo llamas tú desayuno? —protesta quitándome el tazón de las manos— Suelta eso, voy a preparar algo decente.

—No tenía ganas de cocinar —reconozco.

—Ya lo veo. ¿Estás más calmado ya?

Sonríó al darme cuenta de que tiene razón. Aunque es un auténtico capullo, me conoce a la perfección y siempre sabe cómo sonsacarme los problemas que me preocupan.

—Lo siento, no he tenido lo que se dice una noche perfecta.

—A ver, ¿qué demonios te ha pasado para que estés de tan mal humor?

—pregunta echando beicon en la sartén.

—Perdí una apuesta y he dormido en Canallish.

—En Canallish...

—Eso he dicho.

—¿Con el frío que hace en enero?

—Llevaba ropa de abrigo.

—A ver si adivino... Ian y Garren, ¿verdad?

—¿Quién si no? Y encima hicieron trampas.

—Ahora lo entiendo todo. No habrás pegado ojo.

—No es eso, Brad. Yo... conocí a una chica.

—¿En Canallish? ¿A esas horas?

—Algún imbécil la convenció para que subiera a ver la lluvia de estrellas, pero no le dijo que los taxis solo iban hasta allí en horario de visita.

—Tuvo suerte entonces de encontrarte allí. Podría haber muerto congelada.

—La muy estúpida se puso un vestido, Brad. ¿A quién se le ocurre subir al monte en el norte de Escocia con un puñetero vestido?

—¿Y qué pasó? —pregunta poniéndome un plato delante.

—Nos acostamos juntos y después desapareció.

—¿Cómo va a desaparecer una mujer?

—Se esfumó. Cuando me desperté por la mañana ya no estaba.

—¿Se llevó algo?

—No, mi cartera y las llaves de casa seguían dentro de la mochila y no

me llevé dinero.

—¿Y qué es lo que te molesta tanto? Has dicho mil veces que tú no quieres compromisos, ¿no? Esa chica te lo puso bastante fácil.

—¡Ni siquiera tuvo la decencia de despedirse! No quiero nada serio, tienes razón, pero esa mujer me gusta y habría estado bien tener sexo con ella mientras estuviese en Escocia.

—Te ha herido tu orgullo, eso es lo que te pasa.

—Da a entender que fue un polvo de pena —protesto.

—Yo creo que no quiso verte la cara de idiota por la mañana y se marchó.

—Muy gracioso.

—Quizás la vuelvas a ver antes de que se vaya, Bruce.

—No creo que vuelva a verla nunca.

—Te recuerdo que trabajas en un museo.

—¿Y quién dice que no lo ha visitado ya?

—Tienes razón. ¿Sabes al menos de dónde es?

—Por su acento diría que es norteamericana, aunque solo Dios sabrá de qué zona del país.

—Pues no le des más vueltas, no te servirá de nada. —Apura su taza de café y mira el reloj—. Debería ir al hotel. Una semana fuera es demasiado.

—Es domingo, Brad.

—El hotel también abre los domingos, ¿recuerdas?

—Tienes que tomarte las cosas con algo más de calma. Vas a terminar muriendo de cansancio.

—Si te dignaras a echarme una mano en el hotel en vez de jugar a los guías turísticos, yo podría descansar un poco más.

—Ya te he dicho mil veces que me gusta mi trabajo. No quiero ser esclavo de ese maldito hotel, igual que tú.

—Alguno de los dos debe ser responsable, ¿no crees? —contesta levantándose— Nos vemos a las seis.

Después de ver la tele un rato, meto el uniforme que usé la noche anterior en la bolsa de la ropa sucia y me dirijo a la lavandería. Hoy no está demasiado llena, pero me encuentro con Julie como cada vez que voy a lavar mi ropa. Se quedó viuda el año pasado y mantiene a su hijo trabajando en el hotel de mi familia, así que hemos mantenido bastante contacto estos últimos meses, porque aunque no piense trabajar allí por ahora, suelo ir a visitar a mi madre a menudo y ella siempre está por el hotel.

—Buenas tardes, Bruce —dice tímida—. Hacía mucho tiempo que no te veía por aquí.

—Buenas noches, Julie. Como Bradem ha pasado unos días fuera de la ciudad no había demasiada ropa que lavar, así que...

¡Joder, qué conversación más ridícula! Sé que a ella le gusto, Bradem me lo dijo cuando se enteró, pero no quiero crear en ella falsas esperanzas porque paso de atarme tan pronto a una mujer de por vida, mucho menos a una con un hijo. Aún soy muy joven para eso.

—¿Libras hoy? —pregunto para romper el silencio incómodo que se ha instalado entre nosotros.

—No, trabajé esta mañana. Libro el miércoles.

—¿Y el niño? ¿No está por aquí?

—Se ha quedado en casa de mi madre. Cuando salga de aquí iré a recogerle.

Me quedo callado sin saber qué más decir y fijo mi mirada en la lavadora para no tener que continuar con esta conversación de pardillos. Cuando por fin la puñetera secadora termina, meto mi ropa de nuevo en mi bolsa y con un leve movimiento de cabeza, me despido de ella y salgo por patas de allí.

A las seis, el timbre de la puerta me despierta de un salto. Grant parece otro con unos vaqueros y un jersey de cachemir blanco. Ahora se parece más al niño enclenque y larguirucho que jugaba con mi hermano a la consola. Tira de mí para darme un abrazo, y le hago pasar a casa.

—Estás en tu casa, Grant. ¿Quieres una cerveza?

—Claro. ¿Y Brad?

—Llegará en un momento, ha tenido que ir al hotel a ocuparse de unos asuntos.

—¿Vives solo?

—No, Brad se vino a vivir conmigo cuando se divorció.

—Mi padre me ha dicho que se hizo cargo de los hoteles de tu familia cuando tu padre murió.

—Así es. Ahora va a expandirse, va a fusionarse con los hoteles Morris, ¿los conoces?

—Sí, me instalé en ellos varias veces cuando viajaba a los seminarios. Han decaído mucho desde que el viejo Morris murió.

—Pronto pasarán a ser de mi hermano.

—Y tuyos, supongo.

—Yo solo soy accionista, no tengo nada que ver en todo este asunto.

—¿No te gusta el negocio familiar?

—No es eso, digamos que me gusta mucho más mi trabajo.

—Recuerdo que tu hermano siempre decía que él heredaría las responsabilidades de tu padre y tú te limitarías a divertirte.

—No se equivocó demasiado. Él no tiene vida con tantas obligaciones.

—Yo creo que le gusta su trabajo. ¿Por qué iba a hacerlo si no? Mírate tú, trabajando como guía turístico a pesar de ser dueño de la mitad del imperio familiar.

—No es lo mío —reconozco—. Sin embargo, mi hermano siempre se ha

sentido en la obligación de hacer lo que mi padre quería por ser el mayor. Algún día tendré que dejar mi trabajo para cumplir con mi deber, pero aún no es el momento, y desde luego no pienso permitir que la empresa dirija mi vida.

Cuando Brad llega a casa, sonrío de oreja a oreja antes de fundirse en un caluroso abrazo con Grant.

—De todos los cabrones que hay en Escocia tenías que ser tú quien se convirtiese en mi nuevo hermano... —bromea Brad.

—Me alegro mucho de verte, tío. Ha pasado una eternidad desde la última vez que nos vimos.

—Fue en ese baile de exalumnos...

—Recuerdo que fuiste con tu mujer.

—Sí, bueno, nos divorciamos hace tiempo y ahora vivo solo.

—¿Solo? Los cojones. Te acoplaste a mi piso y no tienes intención de largarte —protesto.

—¿Quién se encargaría de que te alimentases bien si no? —bromea Brad.

—¿Recuerdas aquella vez que nos expulsaron del instituto por prenderle fuego a la papelera de la señorita Robins? —pregunta Grant.

—¿Cómo olvidarlo? Mi padre me castigó un mes entero.

—Hasta yo me acuerdo de aquello —digo—. Me llevé unas cuantas charlas por vuestra culpa sobre la responsabilidad.

—Este capullo fue el artífice de esa trastada —dice mi hermano señalando a Grant, a quien aún no ha soltado.

—¡De eso nada, cabrón! ¡Fue todo cosa tuya! —contesta Grant— Me arrastraste contigo, te recuerdo que yo te dije que no era buena idea.

Pedimos unas pizzas y nos sentamos a ver el partido. La comida llega en el descanso, y damos buena cuenta de ella acompañada de un par de cervezas más.

—Así que ahora eres cirujano —dice mi hermano—. ¿Quién lo iba a decir, con lo poco que te gustaban los libros?

—Tú eres director de hotel. ¿Qué ha sido de tu sueño de ser jugador de fútbol? —contraataca Grant.

—Se perdió cuando llegué a la facultad. Mi atención se volcó en las chicas, y para tener una oportunidad debía sacar las mejores notas. Además, sabía que tarde o temprano debía ocuparme de los hoteles, así que...

—Yo no tuve tiempo de pensar en mujeres —reconoce Grant—. Tenía que estudiar mucho y las chicas preferían a los jugadores de rugby.

—¿Y desde entonces no lo has intentado?

—He salido de vez en cuando con alguna chica, pero mi trabajo me deja muy poco tiempo libre.

—Y aquí estamos los tres solteros de oro de la isla de Lewis comiendo pizza y bebiendo cerveza —bromeo yo.

—Es alucinante que nuestros padres se casen —dice Grant.

—Tampoco es que haya muchas personas en el pueblo —río yo.

—Además, ¿qué tiene de malo? Si se quieren... —añade Brad.

—No tiene nada de malo, al contrario —contesta Grant—. Me comentó Bruce que tenéis planeado regalarles el viaje de novios.

—Así es —dice mi hermano.

—Si no os importa, me gustaría colaborar. La verdad es que no tengo ni idea de qué regalarles, y esa me parece una idea estupenda.

—Por mí no hay problema —contesta mi hermano—. Mi secretaria ha estado mirando destinos y ha seleccionado algunos. Esperad.

Brad se levanta y vuelve poco después con una carpeta. En ella hay varios folletos de viajes, la gran mayoría de playas del Caribe.

—Aquí están —dice sentándose—. Yo ya los he leído, echadles un vistazo y decidimos.

La verdad es que los destinos están muy bien, y al ser temporada baja los precios son bastante razonables. Si me dan ganas de irme yo con ellos... Al final decidimos coger un viaje a Punta Cana, siete días y seis noches con todo incluido.

—Listo. Mañana mismo le digo a mi secretaria que reserve el viaje — dice Brad.

—Mañana te extiendo un cheque con mi parte —añade Grant—. Creo que a ambos les va a gustar mucho el regalo.

—Creo que se merecen unas buenas vacaciones —digo yo—. Ya han trabajado bastante durante toda su vida.

Capítulo 5

A la mañana siguiente, el sonido del despertador me hace lanzarlo contra la pared. Por suerte, Brad me regaló uno de esos irrompibles, porque de no ser así tendría que comprarme un reloj todos los días. Necesito una ducha, pero mi hermano ya está dentro del cuarto de baño, así que voy a la cocina a preparar el desayuno.

—Buenos días —dice Bradem sorprendido al verme levantado—. ¿Cómo es que has salido tan deprisa de la cama? Normalmente tengo que llamarte un par de veces.

—No sé, creo que he dormido bien. ¿Beicon?

—Sí, por favor.

Mi hermano coge el periódico y se sienta en la isla de la cocina a beberse una taza de café.

—Hoy es la reunión de la fusión —deja caer como si tal cosa.

—Lo sé.

—Lo sabes, pero tienes que ir. Es importante.

—Dijiste que todo marchaba bien. ¿Hay algún problema?

—Ninguno, pero eres tan dueño de la empresa como yo, y si vamos a expandirnos me gustaría que me apoyases un poco.

—Confío en ti, Brad. Haz lo que tengas que hacer.

—¿No podrías hacer un esfuerzo aunque sea una puta vez, Bruce?

—¿A qué viene todo esto? —pregunto— ¿Acaso estás nervioso?

—¡Claro que lo estoy! Es una fusión muy importante, no hay que tomárselo a la ligera.

—Espera —digo pellizcándome—, no vaya a ser que esté soñando.

—¿Por qué demonios te sorprendes tanto? Podemos terminar en quiebra si sale mal.

—¡Joder, que alguien lo immortalice! ¡El invencible Bradem Ramsey está acojonado por primera vez en su vida!

—¿Quieres tomártelo en serio, joder? —protesta soltando el periódico sin demasiado cuidado sobre la isla— ¡No es algo para tomárselo a broma!

—¡Estaré allí! ¿Quieres calmarte?

—¿Seguro?

—¡Pues claro que es seguro! En cuanto me digas a qué hora es la maldita reunión.

—He quedado con los dueños de los hoteles Morris a las cuatro. Por Dios, Bruce, no llegues tarde.

—No lo haré. Voy a darme una ducha —digo mirando mi *Rolex*—, ya llego tarde.

—¡Y ponte un jodido traje! —grita Bradem cuando ya me pierdo por el pasillo.

Metó en la mochila el uniforme, cojo unos pantalones, una camisa y una americana del armario, porque yo paso de trajes, y lo meto de cualquier manera en el asiento de atrás de mi coche. Voy tardísimo, y mi jefe no está demasiado contento conmigo por mi continua impuntualidad, así que derrapo para meter el coche en mi plaza de garaje y subo los escalones de tres en tres.

—¡Llegas tarde, Ramsey! —grita la voz de Stu desde la puerta de su despacho.

—¡Lo sé, lo sé! —contesto metiéndome el kilt sin desabrochar por las piernas— He estado mirando con mi hermano unos asuntos referentes al hotel y se me fue el santo al cielo —miento.

—¡Si quieres ocuparte del hotel, deja el jodido trabajo! —protesta—

No se puede tener todo en esta vida.

—Soy accionista, Stu. Hay asuntos en los que tengo que tomar parte aunque no me guste y lo sabes de sobra.

—El primer turno llega dentro de diez minutos, ponte de una vez el uniforme. ¡Y no metas la pata como acostumbras, o tendrás que trabajar con tu hermano!

Sonríó ante la amenaza acostumbrada de mi jefe. No va a despedirme, por supuesto, porque soy su mejor guía, pero le gusta creer que me mete miedo amenazándome con hacerlo y yo le doy su momento de gloria aparentando asustarme. Me pongo el traje y me calzo mis *grogues* atados a los tobillos. Listo.

Ian, que trabaja en el museo de guardia de seguridad, entra en la habitación dos minutos después y se deja caer en una silla.

—Buenos días —digo—. ¿Cansado?

—Estoy hecho pedazos. Estos zapatos nuevos me están matando y para colmo anoche unos gamberros rompieron uno de los ventanales de una pedrada. Me he pasado más de dos horas contestando preguntas de la policía.

—Es normal, supongo que el seguro querrá conocer todos los detalles.

—Sí, pero normalmente me siento aquí a ver la tele y doy una vuelta cada dos horas por las instalaciones. Anoche no pude sentarme.

—¿No deberías haberte ido a casa ya?

—Así es, pero le debo horas a Stu, así que me tiene trabajando como a un esclavo. ¿Qué tal la reunión de ayer con tu nuevo hermano? —pregunta.

—Muy bien, la verdad. Brad y él se pasaron toda la tarde recordando viejos tiempos y lo pasamos en grande.

—Hoy tienes la reunión de los hoteles, recuérdalo.

—Lo sé, mi hermano me lo ha dicho por enésima vez esta mañana. No voy a entender ni una palabra de lo que hablen, pero si no estoy allí Brad me

convertirá en eunuco.

Ian suelta una carcajada y mira el reloj.

—Ya es la hora de abrir. ¿Estás preparado? —pregunta.

—Sí, dile a Garren que empiece.

El primer grupo entra por las puertas abiertas, y como siempre, los niños se me quedan mirando con la boca abierta. No es de extrañar, llevo una *Claimore* auténtica colgada en la espalda y el mango sobresale bastante por mi hombro derecho.

—*Fàilte gu Nan Eilean* —comienzo a decir, como cada día.

—¿Eso qué significa? —pregunta un niño, un poco asustado.

—Vaya... así que sois extranjeros... Permitidme entonces empezar de nuevo. Bienvenidos a Nan Eilean, damas y caballeros. ¿Estáis preparados para hacer un increíble viaje por las tierras altas de Escocia?

Hoy hay bastantes niños, así que exagero mi actuación un poco más. Si fuera actor de la gran pantalla, seguro que me llevaría un Óscar. Los críos asienten efusivamente esperando impacientes, pero me doy cuenta de que la única niña del grupo, de unos seis años, está escondida tras las piernas del que supongo será su padre. Me acerco a ella y hago una exagerada reverencia.

—Milady, me concedería el honor de ser mi acompañante en este hermoso viaje? —de digo con un guiño.

Ella asiente y extiende su manita con timidez. Miro a su padre, que asiente dándome permiso, y cojo a la pequeña en brazos para comenzar el tour. Ella coge una de mis trenzas y se la lleva a la nariz, inspira hondo y apoya la cabeza en mi hombro, arrancándome una sonrisa.

Comienzo mi tour recitando de memoria la información relacionada con las diferentes exposiciones permanentes. Los pequeños alucinan con la sala de armas, donde hay varios muñecos simulando una incursión del clan McLeod de Harris en las tierras de los McLeod de Lewis. Y por fin llegamos a la sala

central, en la que hoy empieza una nueva exposición dedicada al libro de Allan Murray, titulado “Los restos del Annie Jane”.

Cuando llegamos a la sala, repaso mentalmente las notas que llevo estudiando más de una semana.

—Suerte, colega —susurra Ian al abrir la sala.

—Está chupado, tranquilo.

—¿Has estudiado? —bromea.

—Como cuando estábamos en el instituto, ¿qué te crees?

—Empieza la función.

Asiento y hago pasar a los visitantes hasta el interior.

—A finales de mil ochocientos cincuenta y tres, el barco *Annie Jane* zarpó de Liverpool en dirección a Quebec, en América del Norte. A bordo viajaban más de cuatrocientos emigrantes, todos ellos irlandeses, escoceses e ingleses que huían de la pobreza y la hambruna. La medianoche del veintiocho de septiembre, el barco naufragó en una terrible tormenta y desembarcó en la pequeña isla de Vatersay, en las Hébridas Exteriores, con la pérdida de hasta trescientos cincuenta hombres, entre pasajeros y tripulación.

Observo con una sonrisa a los niños, que están embobados admirando las enormes maquetas del barco, primero navegando en alta mar, y más tarde en medio del naufragio.

—El naufragio dejó a ciento dos supervivientes buscando desesperadamente refugio, y enfrentando más dificultades y peligros a medida que avanzaban lentamente hacia sus hogares desde una de las zonas más remotas e inaccesibles de Escocia.

Pasamos ahora a dos vitrinas en las que se exponen dos cuadernos muy antiguos con cubierta de piel.

—Conocemos estos hechos a través de estos dos documentos redactados por dos supervivientes. El primero está escrito por un huérfano de la escuela

Ragged, que se encontraba entre un grupo de hombres jóvenes que fueron enviados a América del Norte para comenzar una nueva vida. Solo dos sobrevivieron a la catástrofe.

Continuamos andando hasta la segunda vitrina.

—El segundo está escrito por un joven caballero suizo, miembro de un grupo misionero cristiano protestante que se dirigía al otro lado del Atlántico para evangelizar a la población católica de Quebec.

Tras responder un sinfín de preguntas de los visitantes, les sugiero que compren el libro en la tienda de recuerdos del museo y me acerco al padre de mi pequeña acompañante para ponerla en sus brazos.

—Gracias por su agradable compañía, milady —le digo a la niña.

Ella se abraza a mi cuello y me da un húmedo y sonoro beso en la mejilla antes de pasar a los brazos de su padre.

—Me voy a casar contigo —dice escondiéndose en el cuello de su progenitor.

—Más te vale —contesto sonriendo—, pero aún tienes que crecer un poco para eso.

Le guiño un ojo y me dirijo hasta la entrada para mi descanso antes de recibir al próximo grupo.

—¿Qué tal la nueva exposición? —pregunta Garren desde su puesto en la ventanilla.

—No está mal —contesto vaciando una botella de agua de un solo trago—. Creí que sería más grande, pero la he terminado en un momento. La historia me ha dado para toda la visita.

—E incluso se ha comprometido en matrimonio —bromea Ian, que ha sido testigo de mi conversación con la pequeña.

—¿En serio? ¿Con quién? —pregunta Garren intrigado.

—Había una niña pequeña en el grupo y la he llevado en brazos durante

toda la visita —explico.

—¡Ah, el encanto de los Ramsay! Ni las niñas pequeñas pueden resistirse a él —bromea Garren.

Le hago un corte de manga y me vuelvo hacia la cafetera para servirme una taza de café y coger un par de donuts.

—No entiendo por qué han insistido en ocupar la sala más grande si no la han usado por completo —pregunta Ian—. Han desaprovechado mucho espacio.

—El techo es más alto y las maquetas de los barcos son bastante grandes —contesto—. No creo que hubiesen entrado en otra sala.

—Bruce, sales de nuevo en quince minutos —dice mi jefe para avisarme del siguiente grupo de visitantes.

—¿Saco la espada esta vez? —bromeo.

Hace un par de días, mi compañero Brodrick se las dio de gracioso y recibió a los visitantes a golpe de *Claymore*. Tuvieron que llamar a emergencias porque dos ancianos del grupo sufrieron un ataque de ansiedad, y se llevó una buena bronca por ello.

—Muy gracioso —protesta Stu saliendo por la puerta—. Si alguno de los dos vuelve a mandar a alguien al hospital de un susto, le descontaré los gastos médicos de su sueldo.

—No te preocupes, Stu, creo que ambos hemos aprendido la lección.

El día se me pasa volando. Llego a mi taquilla con un suspiro y cojo la toalla para darme una ducha antes de irme a casa. Necesito tirarme en el sofá y no levantarme más que para abrir la puerta al repartidor de comida a domicilio. Ian me hace señas desde la puerta y me acerco a él con una ceja arqueada.

—Tu hermano ha llamado —aclara—. Quiere que te recuerde tu reunión de las cuatro.

Miro el reloj para darme cuenta de que solo tengo quince minutos para llegar al despacho de mi hermano.

—¡Mierda! ¡Lo había olvidado! —exclamo saliendo a correr hacia la salida— ¡Luego te veo!

Me meto en el coche a toda prisa y piso con fuerza el acelerador. Por suerte vivimos en una ciudad tranquila y es inusual que haya tráfico, pero un maldito autobús se ha quedado cruzado en mitad de la calle y no hay manera de llegar hasta el hotel en coche hasta que el imbécil que lo conduce lo quite del medio. Echo el asiento hacia atrás y me intento poner los pantalones lo mejor que puedo, me quito el kilt y me meto la chaqueta por los brazos antes de aparcar el coche en el primer sitio que encuentro y salir a correr hasta el hotel. Saludo a Alistair, el recepcionista, con la mano, y entro de lado entre las puertas a punto de cerrarse del ascensor que sube hasta la última planta. Intento arreglarme la ropa lo mejor que puedo, y caigo en la cuenta de que me he dejado puesta la camiseta del disfraz y que me he olvidado en el asiento del copiloto la maldita corbata.

—¡Joder!

Entro en la sala de reuniones diez minutos tarde. Bradem me mira irritado, pero continúa con su exposición.

—Llegas tarde —me reprocha cuando es el turno del contable de hablar.

—Lo siento, un autobús ha cortado el tráfico —susurro.

—¿Qué son esas pintas? —protesta— ¿Y dónde demonios está la corbata?

—No me dio tiempo a cambiarme de camisa y la corbata me la dejé en el asiento del coche.

—La próxima vez coge una de mi despacho. Tengo algunas guardadas en el cajón de la izquierda de mi escritorio.

—Hombre precavido vale por dos.

La reunión parece ser todo un éxito, aunque yo no me he enterado demasiado de qué va el asunto, y vamos al despacho de Bradem a tomarnos una copa para celebrarlo.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—Tendremos que contratar nuevo personal para los cinco hoteles que acabamos de obtener. Morris los tenía bajo mínimos.

—Creo que deberías hacer algunas reformas. Las habitaciones que nos han mostrado en esa reunión no estaban demasiado en condiciones.

—Tienes razón —reconoce mi hermano tomando notas en su agenda—. La idea es hacer alojamientos *low cost*, pero es cierto que necesitan algunos arreglos.

—Deberías pensar en sentar la cabeza. Es lo único que te falta.

—¿Igual que tú? —pregunta con sorna.

—No estamos hablando de mí. Tienes casi cuarenta años y es hora de que formes una familia con una buena mujer.

—¿Y a ti qué mosca te ha picado hoy?

—Quiero tener sobrinos, Brad, solo eso.

—El negocio me deja muy poco tiempo libre, Bruce. Apenas salgo, no tengo oportunidad de conocer a mujeres, mucho menos de pensar en formar una familia.

—Eso son excusas. Hay muchas mujeres en este pueblo dispuestas a dejarse poner un anillo en el dedo por un Ramsay, y lo sabes. La cuestión es que no quieres hacerlo.

—Tal vez sea que aún no ha llegado ninguna mujer capaz de volverme loco, ¿no crees?

—Pues hermanito, espero que llegue pronto. Yo ya me voy a casa. Voy a darme una ducha bien caliente y a sentarme en el sofá con una cerveza a ver la tele.

—Ojalá pudiese irme contigo, pero aún tengo que dejar algunos asuntos resueltos.

—Creo que por un día que dejes el trabajo para mañana no te van a crecer dos cabezas, Brad. Llevas un año sin descanso, es hora de que te des un respiro.

—Me lo daré cuando la fusión esté terminada, no antes.

—Eres gilipollas —protesto levantándome—. Nos vemos después.

Paso por el despacho de mi madre para despedirme de ella y vuelvo hasta mi coche para volver a mi casa. Me doy una ducha y me pongo ropa cómoda, pido un par de pizzas y me tumbo en el sofá a ver un partido de baloncesto, mi deporte favorito.

Debo haberme quedado dormido, porque me despierta el sonido de la puerta al cerrarse y alcanzo ver a mi hermano llegar con una rubia impresionante debajo del brazo. Bajo la cabeza con una sonrisa, no quiero estropearle la diversión, y le veo aprisionarla contra la pared del pasillo antes de meterla en su habitación y echar el cerrojo. Me alegra ver que esta vez no se trata de su secretaria, no creo que sea lo más indicado del director general de los hoteles Ramsay. Siento un poco de envidia de mi hermano, al menos él tiene la cama caliente esta noche...

Capítulo 6

Dos días más tarde, llego al trabajo muerto de sueño. Anoche salí con Grant y Brad y me pasé con las copas, y ahora la resaca me va a pasar factura. Entro en la sala de descanso y me dejo caer en el sofá con un gemido sin quitarme las gafas de sol. Ian me pasa automáticamente una taza de café y dos analgésicos, y se sienta en la mesa de café para mirarme con una sonrisa.

—¿Te duele la cabeza? —pregunta.

—Shh... me va a estallar —gimo.

—Ya veo que te lo pasaste en grande anoche con tus hermanos.

—No me lo recuerdes, tío. Grant es una puta esponja.

—Y tú quisiste ponerte a su nivel, ¿me equivoco?

—¡Hasta mi hermano lo hizo! Y él está como una rosa. Esta mañana estaba silbando mientras hacía el desayuno. ¡Silbando, tío! Y yo no soporto ni el sonido de mi propia respiración.

—Tú no tienes aguante, y lo sabes. ¿Por qué coño te pones a su altura?

—Porque soy gilipollas, por eso.

—Lo has dicho tú, no yo —ríe levantándose.

—¿Por qué no te vas a la mierda un ratito?

—Deberías cambiarte ya, el primer grupo de turistas llegará en diez minutos.

Me levanto como puedo y me acerco a mi taquilla para meterme el kilt por las piernas. El esfuerzo me hace gemir de dolor, pero me levanto como un campeón después de ponerme las *grogues*. Espero que las pastillas me hagan efecto pronto, o el día va a ser una auténtica tortura. Una vez disfrazado, salgo

hasta la taquilla para saludar a Garren.

—Hola tío, ¿cómo estás? —pregunta.

—Jodido, tengo una resaca de cojones.

—Pues hoy la cosa va a estar movidita. Hay al menos cincuenta reservas online, y la calle está a rebosar.

—Cojonudo —gimo—. Precisamente hoy.

—Son las consecuencias de querer salir entre semana.

—Solo fuimos a tomarnos unas cervezas, pero Grant y Brad no tienen fondo.

Miro hasta la enorme fila de visitantes que esperan a que den las diez para comprar su entrada, e inconscientemente me fijo en las mujeres que están en octavo lugar. El dolor de cabeza se me pasa de golpe. No... no puede ser...

—La madre que me parió... —susurro agudizando la vista.

—¿Qué te pasa?

No le contesto. Estoy tan alucinado que no puedo ni moverme. Allí, hablando con la rubia, está Amber... la puta que se rió de mí en Canallish. Ante mi silencio, Garren me mira con una ceja arqueada y mueve una mano delante de mi cara para hacerme reaccionar.

—¿Estás bien, tío? Te has quedado congelado. Ni que hubieras visto un fantasma —comenta.

—¿Ves a la mujer de la octava fila? —pregunto sin apartar mi mirada de Amber— La que lleva unos vaqueros y un jersey de lana rosa.

—No está mal, aunque no es mi tipo.

—Es ella —reconozco.

—¿Es quién?

—Amber.

—¿Y quién coño es Amber?

—La mujer de Canallish.

—¡No me jodas!

—En serio, es ella.

—¿Quieres que le prohíba la entrada?

—¡No, hombre, no! ¿Cómo se te ocurre?

—Te ha jodido, así que...

—Tengo que enfrentarla. Necesito saber qué ocurrió.

—Tal vez tenga una explicación lógica para haber desaparecido así,
Bruce —intenta calmarme.

—Y puede que las vacas vuelen.

Me arreglo el uniforme para salir a recibir a los visitantes. Me coloco como de costumbre frente a la fuente de la entrada con las piernas abiertas y cara de pocos amigos, y esta vez mi *Claymore* descansa apoyada en el suelo, sujeta entre mis manos. No puedo evitar mirarla fijamente a ella, porque gracias a su desaparición no tengo que fingir mi cabreo. En cuanto Amber me ve, gime sorprendida y evita mi mirada.

—*Fàilte gu Nan Eilean* —digo con voz ronca.

Amber agacha la cabeza avergonzada, cuchichea algo a su amiga en el oído y se da la vuelta dispuesta a marcharse. ¿Que se larga? Ni de coña.

—Disculpen un minuto —añado alzando un dedo.

Quería dejar mi enfrentamiento con ella para más tarde, cuando el resto de turistas se marchasen y pudiese estar con ella a solas, pero por lo que veo ella no tiene ningunas ganas de darme la explicación que me debe, así que me pongo a su altura en dos zancadas y la cojo del brazo para llevarla a un lugar apartado.

—¡Suéltame! —susurra— ¿Estás loco?

—No sé dónde demonios creías que ibas, pero no irás a ninguna parte hasta que hablemos.

—¡Me estás dejando en ridículo!

—Mala suerte, me debes una explicación y me la vas a dar ahora mismo.

—¡Yo no te debo nada!

—¡Ya lo creo que sí! ¡Te largaste, Amber! Te largaste sin tan siquiera despedirte.

—No sabía que fuese obligatorio hacerlo.

—¡Me dejaste meterte la polla! ¿No crees que al menos me merecía una despedida decente? No me gusta que la tía con la que me acuesto desaparezca sin más.

—¿Y qué habrías hecho tú en mi lugar? ¿Esperarme y hacerme el desayuno?

—¡Al menos me habría despedido de ti, joder!

—¡Lo siento! ¿De acuerdo? No soy chica de aventuras de una noche y me dio vergüenza enfrentarme a ti.

—¿Y quién coño te ha dicho que iba a ser de una sola noche?

Amber me mira con los ojos como platos. Tengo la respiración acelerada y mis ojos no se apartan de los de ella. Amber se relame con los ojos velados por el deseo y agacha la cabeza avergonzada.

—Dijiste que no eras hombre de relaciones, pensé que eso era una forma de decirme que no querías repetir —reconoce por fin.

—¿Eres experta en leer la mente, Amber?

—Claro que no, pero...

—Pero era más fácil largarte sin tener que enfrentarme, ¿no es así?

—¡No te conozco! ¿Cómo quieres que sepa descifrarte?

—¡Lo habrías sabido quedándote!

Ella vuelve a evitar mirarme, sin saber qué demonios hacer con sus manos.

—Tienes razón, ¿vale? —reconoce por fin— Debí haberme quedado.

—Sí, deberías haberlo hecho.

Su explicación me sirve. Al menos me parece que tiene sentido y tengo que reconocer que no estaría mal volver a repetir con ella, así que...

—La próxima vez me quedaré —dice leyéndome el pensamiento.

—No habrá próxima vez.

Vuelve a agachar la cabeza, malinterpretando mi comentario deliberado. Aunque la he perdonado no está de más que sufra unos minutos, ¿no?

—Acabas de decir...

—Cállate —ordeno.

Me mira de nuevo, y me acerco a su oído para que solo ella pueda escuchar lo que tengo que decirle.

—No habrá próxima vez, al menos no en Canallish, porque la próxima vez que echemos un polvo será en una puñetera cama.

Ella sonrío, y la beso en el hueco del cuello.

—Pero te advierto que si tienes algún fetiche con Canallish será mejor que te busques a otro —bromeo.

Amber me golpea suavemente en el brazo una vez más y no puedo evitar atraparla entre mis brazos y besarla ante los vítores del resto de turistas.

—Nos vemos después de la visita, ¿de acuerdo? —susurro.

Ella asiente y vuelve a su lugar en el grupo, y yo continúo con mi trabajo. Cuando termino la visita, me acerco a la cafetería y me siento con Amber y su amiga, apoyando los brazos en el respaldo de la silla, pero sin dejar que nada bajo el kilt quede a la vista.

—Ella es mi amiga Melissa —dice Amber—. Mel, él es Bruce, el chico del que te hablé.

—Un placer —contesto estrechándole la mano.

—Lo mismo digo —contesta la chica.

—¿Os ha gustado la visita? —pregunto.

—Mucho, ha sido muy entretenida —añade Melissa.

—Tengo que reconocer que cuando leí el título de la nueva exposición creí que se trataba de la historia de una mujer —reconoce Amber avergonzada.

—Discúlpala, es que es un poco torpe —bromea Mel— Oye, ¿te puedo hacer una pregunta que me lleva rondando la cabeza toda la mañana?

—No, no vengo del pasado —bromeo.

—¡Vamos, estoy hablando en serio!

—Muy bien, pregunta.

—¿Qué llevas debajo del kilt?

Me hace gracia la pregunta, y miro a la mesa con una sonrisa mientras pienso una respuesta divertida. Amber deja salir disparado el té por su nariz y mira a su amiga con asombro.

—¡Mel, por Dios! —protesta.

—¿Qué? ¡Todo el mundo se lo pregunta!

—Calcetines y zapatos —contesto yo sin inmutarme.

—No, en serio, ¿qué llevas? —pregunta Mel.

—¡Melissa, para ya! —dice Amber con los dientes apretados.

—Ya te lo he dicho —respondo con una sonrisa—. Calcetines y zapatos.

—¿Entonces es cierto que no lleváis nada debajo de la faldita?

—¡Auch! —protesto cerrando un ojo como si estuviese sintiendo un terrible dolor—. ¿Faldita? ¿En serio? ¡Esto es un kilt, el atuendo de los guerreros escoceses! ¡No lo insultes llamándolo “faldita”!

—Eres experto en esquivar las preguntas, ¿verdad? —contesta Mel sonriendo.

—No sé de qué me hablas —bromeo.

—Disculpa a mi amiga —se disculpa Amber, roja como un tomate—. La han dejado salir del siquiátrico demasiado pronto.

—Ahora entiendo por qué tocaste las piedras... —bromeo— La locura

debe ser contagiosa.

—¡Tocaste las piedras! —exclama su amiga con una carcajada.

—Y tú te has puesto el pelo azul, no sé quién de las dos está más loca — protesta Amber.

—Creo que estáis empatadas —añado guiñándole un ojo a Amber.

Ella me mira sonriendo y Melissa apoya la cabeza en las manos y nos mira a su vez con una sonrisa.

—Realmente creí que estaba loca cuando me lo contó todo al llegar al hotel —confiesa—, pero ya veo que el escocés misterioso es muy real.

—Lo normal es que existan los escoceses en Escocia, ¿no crees? — pregunto.

—Sí, pero no con un traje como ese.

—Perdió una apuesta, ya te lo dije —protesta Amber.

—Y aquel de allí —digo señalando a Ian, que acaba de aparecer— es uno de los tramposos.

—Pues a mí no me importaría quedarme a solas con él... —ronronea Mel.

Ian me hace una seña con el cuello y me levanto con un suspiro.

—El deber me llama, debo irme.

Cojo el teléfono de Amber, marco mi número para hacerme una llamada perdida y se lo devuelvo con un guiño.

—Te llamaré esta noche.

—Más te vale.

Me acerco a mi amigo, que me mira con una ceja arqueada.

—Es Amber —aclaro.

—Lo he deducido cuando has dado el numerito. Stu está que trina.

—Ya le calmaré.

—¿Te ha dado una explicación?

—Al menos una válida. Creyó que solo quería un polvo de una noche y le daba vergüenza enfrentarme a la mañana siguiente.

—¿Es que no va a ser un polvo de una noche? —pregunta extrañado.

—¿Por qué tiene que serlo?

—¿Porque es extranjera?

—Podemos repetir mientras esté por aquí.

—¿Cuándo se marcha?

—La verdad, no tengo ni la más mínima idea.

—¿Y no crees que sería conveniente saberlo?

Ian tiene razón. Ni siquiera he caído en la cuenta de preguntarle cuánto tiempo le queda en Escocia. Tal vez se vaya en un par de días, así que le escribiré esta noche.

Cuando termina mi turno, me voy a casa. Tras una ducha, me tumbo en el sofá a ver la tele. Debo haberme quedado dormido, porque Bradem me despierta a la hora de la cena poniéndome un plato de pasta sobre la mesa.

—¿Cuándo has llegado? —pregunto con un bostezo.

—Hace un rato. Parece que la salida de anoche no te ha sentado muy bien, ¿eh?

—¡Joder, no! Recuérdame que no vuelva a intentar seguiros el ritmo. Bebéis como cosacos, macho.

Brad sonrío y empieza a comer en silencio.

—¿Te parece bien que traiga esta noche a Eva? —pregunta de pronto—
Su marido está fuera por negocios.

—Mientras no se pasee sin bragas...

Brad asiente y deja el plato en el lavavajillas antes de coger su cazadora y salir del piso. Yo me desperezco y me marcho a mi habitación. Saber que Bradem va a verse con su amante me hace acordarme de Amber, y le mando un whatsapp.

“Ahora mismo estoy completamente desnudo pensando en ti”

Sonríó esperando su respuesta, que no se hace de rogar demasiado.

“Sí que eres valiente. Llevo un pijama de franela y aun así estoy helada”

Una carcajada escapa de mi boca, no puedo evitarlo.

“¿Qué tal si voy a darte calor?”

“Si me lo das ahora, tendré que compartirte con Mel, y paso”

“Entonces lo dejaremos para mañana, Así estaré más descansado. Te recogeré a las ocho”

“Esperaré impaciente nuestro encuentro”

“Por cierto, ¿Cuándo te marchas?”

“Aún tendrás Amber por unos días... estoy ayudando a Mel con una investigación”

“Serán los días más cálidos de tu estancia, pequeña, te lo prometo”

“Estoy deseando ver eso”

Tras despedirme de ella apago el teléfono con una sonrisa triunfal. Me gusta esta chica, me gusta su sentido del humor y voy a disfrutar de ella el máximo posible antes de que vuelva a su país.

Capítulo 7

Hoy por fin voy a ver a Amber de nuevo. He quedado con ella a las ocho para ir a cenar... con su respectivo polvo después. Tengo que reconocer que después de haberla probado una vez, tengo mono de volver a enterrarme entre sus piernas, así que esta noche va a caer en mis redes aunque para ello tenga que pagarle un gigoló a su amiga Mel.

Llego al trabajo a tiempo, por una vez, y dejo la mochila sobre la mesa para servirme un café y coger un par de donuts de la caja. Después me siento en el sofá con los pies sobre la mesa de café y me dispongo a devorar mis donuts mientras leo el periódico. Garren llega un par de minutos después, y tras saludarme con un movimiento de cabeza, se sirve lo mismo y se deja caer en el otro sofá.

—¿No has dormido bien? —pregunto alzando una ceja.

—Creo que me estoy poniendo enfermo, tío. Me duele todo el puñetero cuerpo.

—Pues ve al médico. Cuanto antes sepas lo que te pasa antes te curarás.

—Estoy bien, solo necesito dormir un poco. Le cambiaré el turno a Donovan para poder pasar un día entero en la cama.

Ian entra en la habitación con un suspiro, suelta sus cosas en la taquilla y se sienta a mi lado.

—Necesito una cama —gime cerrando los ojos.

—¿Tú también estás enfermo? —pregunto levantándome— Será mejor que me aleje de vosotros o me lo terminaréis contagiando.

—Yo no estoy enfermo, ¿qué dices? —protesta Ian.

—Pues Garren sí lo está.

Ian se levanta como accionado por un resorte y se sienta en una silla apartada de Garren.

—¿Por qué no os vais a la mierda un ratito? —protesta él— Solo tengo mal cuerpo, no tengo el putito ébola.

—Pues yo lo que tengo es un sueño que flipas —añade Ian—. Anoche tuve visita femenina en casa.

—¿Quién? ¿Tu madre? —bromea Garren.

—No, la tuya, capullo.

Garren le hace un corte de manga, aunque sonrío y vuelve a hacerse un ovillo dentro de su plumón.

—Pues yo tendré visita femenina esta noche... si logro que Brad se dé un paseo —digo dando un sorbo a mi café.

—¡Uhh! ¿Con quién? —pregunta Ian.

—Con Amber.

—¿Amber Houdini? —bromea Garren.

—Muy gracioso... pero sí, con ella.

—Veo que lo habéis arreglado... —dice Ian.

—Me jodió que se fuera, ¿vale? Pero realmente lo único que quiero de ella es un polvo de vez en cuando mientras esté por aquí, así que...

—¿Seguro? —pregunta Garren— No es por joder, pero si la tía no te interesase lo más mínimo, te habría dado igual que desapareciera el otro día.

—Tú alucinas... Haz el favor de irte al médico, que estás teniendo episodios de paranoia —protesto.

—Yo solo digo que si a mí no me importase una mierda una tía y por la mañana no estuviese en la cama, encima le daría las gracias —contesta él alzando las manos.

—No me importa, solo quiero follarse con ella, así que deja de decir

gilipollecés.

Stuart entra en la sala de descanso, cortando la conversación.

—Vamos, muchachos, que en diez minutos abrimos.

Me vuelvo hacia mi taquilla para sacar el disfraz y me visto dándole vueltas a las palabras de Garren. ¿Por qué me importó tanto que Amber se marchara como un vulgar ladrón? Me puso las cosas muy fáciles, incluso debería habérselo agradecido. Pero por alguna razón no me gustó que desapareciese sin más.

—¿En qué piensas? —pregunta Ian, que acaba de colocarse el arma en la cintura.

—En lo que ha dicho Garren.

—¡No le hagas caso! Él es así, pero tú no tienes por qué serlo.

—¿Y si tiene razón?

—Sabes que se irá en unos días. Tú mismo has dicho mil veces que no tienes ganas de compromisos, y por aquí eso no lo consigues. Lo que pasa es que pensabas echar un polvo mañanero y te molestó que desapareciera y te jodiera el plan, no le des más vueltas.

—Tienes razón, tío, creo que estoy volviéndome loco por una gilipollez.

—Exacto. Vamos, sal ahí y demuestra lo que sabes.

Cuando mi turno termina, me acerco a la oficina de mi hermano para intentar que me deje espacio para estar con Amber. No podemos ir a su hotel, porque comparte habitación con su amiga y paso de dejarla esperando en el hall. Eva me mira con cara de pocos amigos en cuanto me ve aparecer. Nunca nos hemos llevado demasiado bien, mucho menos desde que se tira a mi hermano, así que me esperaba su reacción.

—¿Querías algo? —pregunta mirándome por encima de la pantalla de su ordenador.

—“Buenos días, señor Ramsay. ¿En qué puedo ayudarle?” —digo con

voz de falsete.

—Lo que sea.

—Te recuerdo que la mitad de esta empresa es mía, guapa. Creo que deberías tratarme con más respeto.

—No es que tú me lo tengas a mí, ¿verdad?

—Ningún respeto, para que vamos a mentir, pero tú no eres mi jefa, ¿no es así?

—Tú tampoco eres el mío. Bradem es mi jefe, no tú.

—Te refieres al tío al que te follas a espaldas de tu marido, ¿no es así?

—Eso a ti no te importa.

—¡Ya lo creo que me importa! Bradem es mi hermano y no tiene necesidad de andar metido en líos por tu culpa.

—¡Que te jodan!

Le hago un corte de mangas y la ignoro para entrar en el despacho de mi hermano, que está hablando por teléfono mirando por la ventana.

—Dime que eso que acabo de oír no ha sido una discusión entre vosotros —protesta cuando cuelga la llamada.

—Tu secretaria se cree con muchas libertades desde que te la tiras, no pienso aguantarle ni una de ellas.

—¿Qué demonios ha pasado?

—Me habla como si fuese un cero a la izquierda en la empresa, y ya estoy más que hartos.

—Si...

—Ni se te ocurra decirlo. Por mucho que no aparezca por aquí demasiado, sigo siendo uno de los dueños y me debe un respeto. ¿qué es eso de recibirme con un “¿querías algo?”.

—¿En serio te ha dicho eso? —pregunta Brad sorprendido.

—¡Ah, sí! También me ha dicho “que te jodan”. Unas expresiones muy

educadas de parte de una secretaria.

—Hablaré con ella.

—Lo que tienes que hacer es despedirla.

—Es muy eficiente en su trabajo, Bruce. El único problema es contigo.

—Lo que tú digas. De todas formas venía a hablar contigo de algo más interesante que esa furcia.

—Bruce...

—¡Lo siento, lo siento! Santa Eva no se merece el nombre que tiene. A lo que iba... ¿Podrías desaparecer esta noche hasta... digamos... por la mañana?

—¿Vas a llevar a una chica a casa, Bruce? —pregunta sonriendo.

—No, voy a hacer espiritismo. ¡Tú qué crees! ¡Pues claro!

—Esta noche voy a dormir en el hotel. Yo también tengo planes.

—Dime que no son con la víbora...

—Te estás pasando... pero no, no son con ella.

—Menos mal —suspiro—. La rubia de la otra noche me cae mejor.

—¿Me viste?

—Estaba tumbado en el sillón, Brad.

—Es una chica que conocí en una de las reuniones con Morris. Se trata de su abogada.

—Mmm... ¿Confraternizando con el enemigo? —bromeo.

—Vete a la mierda. ¿A que no me voy y te jodo el polvo?

—¡Vale, me callo! —Sonríe—. Entonces te veo por la mañana.

—¿Quién es ella?

—¿Quién es quién?

—A no ser que te hayas vuelto gay y que yo no me haya enterado... ¡la mujer de esta noche, payaso!

—Amber. La chica de Canallish.

—Ten cuidado. No me fío de ella.

—Es una buena chica, estaré bien.

A las ocho en punto me encuentro en la puerta del museo, donde he quedado con Amber. En cuanto la veo aparecer, mi libido se dispara por completo. Apenas puedo respirar, está preciosa con ese vestido rojo que deja al descubierto gran parte de sus largas piernas. El escote en forma de V solo me deja adivinar los deliciosos montículos que apenas conozco, salvo lo que pude palpar en la penumbra de la tienda de campaña. Un colgante en forma de corazón cae justo donde queda su ombligo y se mueve entre sus senos tentándome, jugando conmigo como yo pienso jugar con ella... mucho más tarde. Esta vez ha sido lista, lleva unas medias negras bastante tupidas que supongo le abrigarán más que las que llevó a Canallish, y un abrigo de piel cae hasta sus tobillos marcando aún más sus curvas. ¡Joder, cómo me gustan esas curvas!

En cuanto se acerca a mí, se pone de puntillas para rozar mi mejilla con sus carnosos labios rojos, haciendo que una descarga eléctrica serpente por mi espalda. La llevo a cenar a mi restaurante favorito. Cenamos, charlamos, pero sobre todo nos excitamos mutuamente. Un leve roce de su mano en su cabello, su lengua recorriendo sus labios invitándome a besarlos o un cruce de piernas en el que accidentalmente acaricia mi pantorrilla. ¡Oh, sí! Amber ha venido dispuesta a volverme completamente loco esta noche.

La cena termina siendo eterna para mí, que lo único que quiero comer es a ella cubierta de fresas con nata, mi postre favorito. En cuanto entramos en el coche, mi mano se pierde debajo de su falda, pero sus piernas me impiden acercarme demasiado a mi objetivo y sonrío antes de cambiar mi destino por uno de sus senos.

—Veo que tienes mucha prisa —ronronea.

—Llevas toda la noche provocándome, preciosa. No te hagas la

sorprendida.

—No me lo he hecho en ningún momento... aunque no sé a qué te refieres con eso de provocarte. Solo he estado cenando contigo, no sabía que verme comer te ponía cachondo.

—¿En serio? Sabes muy bien cómo provocar a un hombre.

—Que no sea chica de una sola noche no significa que no me guste excitar a mi pareja.

—Ya lo veo, ya. Pero, ¿sabes una cosa? Que tu pareja de esta noche va a cobrárselas todas juntas.

—Estoy deseando que lo haga.

En cuanto llegamos a mi casa, cierro la puerta de un portazo y empiezo a besarla. Ni siquiera me preocupo en separarme de ella para deshacerme de nuestros abrigos, los dejo tirados en el suelo de cualquier manera mientras la empujo poco a poco hasta mi habitación. Sus manos están por todas partes, acariciándome, poniéndome a cien, y las mías hacen lo mismo con ella. Estoy tan cachondo que los preliminares se van a esperar al segundo asalto, porque ahora mismo no puedo esperar.

Entramos en mi cuarto y la lanzo sobre la cama de dos metros. Sujeto las medias junto con sus braguitas por la cintura y me deshago de ambas de un solo tirón. Ni siquiera me quito por completo los pantalones... los dejo caer al suelo seguidos de los bóxers, y tras ponerme un preservativo a toda prisa me entierro completamente en ella. Amber grita, está tan cachonda como yo y la intrusión ha debido de lanzarla al Nirvana, y enreda sus piernas en las mías para impedirme apartarme de ella.

—Fóllame, Bruce —gime en mi oído.

La sujeto de las muñecas para impedirle moverse y comienzo a embestirla deprisa, el deseo es tan fuerte que apenas puedo pensar. Nuestras pieles, pegajosas por el sudor, se restriegan cada vez que me impulso hasta el

fondo, al límite, y sus uñas rasgan la piel de mi espalda haciéndome sangrar. El deseo es salvaje, desenfrenado, impulsivo, y ni siquiera me doy cuenta de su orgasmo. Mi sangre me bombea en los oídos con fuerza, escucho mi corazón tan nítidamente que en cualquier momento terminará escapando por mi boca entreabierta, que busca aire desesperadamente.

De repente, Amber me aparta de su cuerpo de un empujón y quedo tendido bocarriba sobre la cama. No puedo moverme, mis piernas están enredadas en la ropa y soy incapaz de ponerme de pie. La observo gatear sobre mi cuerpo, lamer mi polla desde la base hasta el glande, y sentarse a horcajadas sobre mí para empezar a follarme. ¡La madre que... Es buena... ¡Joder, es la hostia! Sus perfectos movimientos me arrancan un gemido. Sus caderas giran sobre mi miembro, haciéndome jadear cada vez que las levanta para volver a empalarme en ella. Mis huevos se encojen ante el inminente orgasmo, no soy capaz de controlarlo. Solo puedo pensar en esos preciosos pechos cremosos botando frente a mis ojos, en esa boca entreabierta que me muero por morder y en esos ojos clavados en los míos.

Pero no voy a consentir que ella sea quien lleve la batuta, esta es mi cama y aquí mando yo. Me saco los pantalones como puedo y dejo mis piernas libres para poder impulsarme, y la dejo tendida bocabajo en la cama con mi cuerpo pegado a su espalda.

—Aquí mando yo, preciosa, no lo olvides —susurro.

Vuelvo a entrar en ella elevando un poco sus caderas y comienzo a moverme de nuevo buscando mi orgasmo. Mi pelvis choca contra los cachetes de su culo, rosado y suave, y mis huevos impactan en su clítoris cada vez que estoy enterrado en ella hasta el fondo. El cuerpo de Amber se tensa un segundo, sus manos aprietan la sábana con fuerza y un grito ininteligible escapa de sus labios cuando el orgasmo la recorre. Yo estoy a punto de llegar, y cuando ella se deja caer laxa sobre el colchón, bombeo dentro de ella unas

cuantas veces más para explotar de una vez por todas.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, sin movernos, sin abrir los ojos siquiera. Tal vez son minutos, tal vez horas, pero cuando consigo recuperarme me doy cuenta de que se ha quedado dormida. Me aparto con cuidado de su cuerpo y voy al cuarto de baño a deshacerme del preservativo, cosa que me cuesta horrores ahora que mi erección ha caído en picado. Tras lavarme un poco, vuelvo a la habitación. Destapo un lado de la cama y meto a Amber entre las sábanas antes de cambiarme de ropa y acompañarla yo también. Voy a darnos un momento, estoy destrozado y apuesto que ella también, pero en cuanto me reponga, me cobraré mi pequeña venganza por haberme torturado durante toda la cena.

Cuando abro los ojos, la veo observándome apoyada en una de sus manos. Está pensativa y no se ha percatado de que ya estoy despierto. Acaricio su labio con un dedo sobresaltándola, y se lo muerde instintivamente antes de sonreírme.

—Buenos días, bello durmiente —susurra.

Me vuelvo hacia la mesita de noche para comprobar que apenas son las dos de la madrugada, así que me lanzo sobre ella y la dejo inmovilizada en el colchón.

—¿Te gusta mirarme? —pregunto divertido.

—Me sorprende que no ronques.

—¿Pensabas que lo hacía?

—Creí que todos los hombres lo hacíais.

—Estabas muy pensativa... ¿ocurre algo?

—Hoy he discutido con Mel —reconoce—. Ella quiere marcharse a Edimburgo lo antes posible, pero la verdad es que a mí no me apetece nada hacerlo.

—¿Y por qué tienes que ir con ella? Déjala que vaya sola, y cuando

vayáis a volver a Nueva York, os reunís en el aeropuerto.

—No puedo hacer eso, Bruce. He venido a ayudarla con su investigación.

—¿Y qué haces tú exactamente?

—La acompaño a los museos a hacer fotos y a recabar información.

—¿Tomas notas, o algo?

—No, solo le hago compañía. Me quedé sin trabajo hace unas semanas y ella me propuso que la acompañara para relajarme un poco.

—Entonces no tienes que ir con ella. Quédate, y cuando vuelva, seguís con el viaje juntas.

—Creo que tiene envidia de mí.

—¿Envidia? ¿Por qué?

—Porque ahora mismo ella está sola en el hotel pasando la noche con su vibrador.

No puedo evitar reír a carcajadas al imaginarme a la intrépida Melissa con su juguetito en forma de conejo. Ella me empuja, pero también sonrío.

—No te rías de ella —protesta.

—Lo siento, pero por un momento la he imaginado con un vibrador fucsia y...

—No es fucsia, es morado —reconoce riendo.

Vuelvo a reírme de nuevo. Me duele el estómago, pero no puedo parar de hacerlo. De pronto, una idea macabra se pasea por mi mente. ¿Y si consigo que alguno de mis amigos se líe con ella?

—Tengo una idea —digo en voz alta—. Puedo presentársela a mis amigos. Quizás termine sustituyendo a *Bugs Bunny* por alguno de ellos.

—¡Que no es un conejo! —contesta ella riendo— Es un vibrador normalito, con forma de polla.

—Lo que sea. ¿Qué te parece la idea? Tal vez así quiera quedarse por

aquí un poco más...

—Tus amigos no estarán mal de la cabeza...

—Mírame... ¿Yo lo estoy?

—No sabría decirte...

—Piénsalo, ¿de acuerdo? No pierdes nada por intentarlo, ¿no?

—Tienes razón, le preguntaré a ver qué le parece la idea.

—Y tú y yo, mientras tanto, vamos a retomarlo donde lo habíamos dejado.

—¿Y dónde es eso?

—Creo que era... por aquí.

Capítulo 8

En cuanto entro por la puerta del museo al día siguiente, pongo en marcha mi plan. Si quiero que Amber se quede por aquí más tiempo tengo que hacer que su endemoniada amiga quiera quedarse también, ¿y qué mejor manera de hacerlo que teniéndola surtida de sexo decente? En cuanto Ian entra por la puerta, le tiendo una taza de café y un trozo de tarta de chocolate, su favorita.

—¿Ocurre algo? —pregunta con una ceja arqueada.

—¿Es que tiene que pasar algo para que se me haya ocurrido servirte el café? —protesto.

—Pues sí, tú no sueles ser tan complaciente conmigo.

—Bueno, sí... quiero pedirte un favor.

—Ya sabía yo que tanta amabilidad no era buena...

—Joder, que no voy a pedirte que mates a alguien...

—¿Entonces qué quieres?

—Necesito que hagas algo por mí.

—Tú dirás.

—Verás... Amber tiene una amiga.

—¡Ah, no! ¡Ni lo sueñes! No pienso entretener a la loca esa del pelo azul para que tú puedas tirártela.

—¡Que no es eso, joder!

Ian me mira con escepticismo, se cruza de brazos y arquea una ceja. Cómo me conoce el cabrón...

—La amiga quiere irse a Edimburgo, pero Amber quiere quedarse unos

días más —reconozco—. No voy a pedirte que te la folles si no quieres, pero si salieses con ella de vez en cuando y la animases a quedarse por aquí...

—Ni hablar, Bruce. Odio las citas a ciegas y la verdad es que estoy perfectamente como estoy.

—Me lo debes —protesto.

—Te debo una puta mierda, cabrón.

—Me hicisteis subir a Canallish a pesar de haber hecho trampas.

—Pues pídeselo a Garren, que seguro que acepta. Ese nunca le dice que no a una mujer.

—¿Mujer? —pregunta el aludido entrando en la sala de descanso—
¿Qué mujer?

—La amiga de Amber —explico—. Necesito que la convenzas para que no se vayan a Edimburgo.

—¿Está buena?

—No es mi tipo —reconozco—, pero no está mal. Es guapa, aunque demasiado delgada para mi gusto. Y tiene el pelo azul.

—¡Y querías endilgármela a mí! —protesta Ian.

—¿Y qué coño tiene de malo el pelo azul? —pregunta Garren— A mí me parece divertido.

—No me gustan las mujeres así. Creo que están locas —contesta Ian.

—Pues a mí me encanta que estén locas —dice Garren—, resultan ser más divertidas en la cama.

—¿Entonces qué? —pregunto intentando que retomemos el tema principal— ¿Te animas a una cita doble?

—No lo sé, tío... ¿pero ella está de acuerdo?

—Amber iba a preguntárselo hoy mismo. En cuanto hable con ella lo sabré, pero apuesto a que sí lo estará, sobre todo si te pones un kilt —bromeo—. Cuando la conocí estaba muy interesada en saber qué llevaba debajo.

—Muy bien, si a ella no le parece mal, por mí cojonudo. Tal vez termine descubriendo su color de pelo real —bromea Garren.

—O no —contesta Ian con una carcajada.

—No os paséis, cabrones, que la muchacha no se puede defender.

Cuando salgo del museo a las dos, me acerco al supermercado para comprar unas cuantas cosas que nos hacen falta en casa y me voy a preparar la comida. Espaguetis a la boloñesa, que se hacen rápido y están buenos. Amber me llama en cuanto echo la pasta en el agua hirviendo, y me apoyo el teléfono en el hombro para poder hablar con ella.

—Hola, preciosa —contesto—. ¿Qué tal vas?

—Ahora mismo estoy tumbada en la habitación del hotel con los pies en alto. ¡Dios, cómo me duelen!

—¿Mucho turismo?

—Peor que eso. A Mel se le ha ocurrido que nos vayamos de compras.

—¿De compras? ¿Y qué has comprado?

—Poca cosa. Algunos suvenires y poco más.

—Así que ya tienes los regalos de la familia.

—No tengo familia —reconoce—. Me crié con mi abuela y hace un par de años que murió.

Ahora me doy cuenta de que apenas sé nada de ella. No sé ni a qué se dedicaba, ni dónde vive... nada. Caigo en la cuenta de que debo haber tocado un tema doloroso para ella, porque se ha quedado muy callada.

—Lo siento, nena, no pretendía ponerte triste.

—Tranquilo, son cosas que pasan, ya era muy mayor. Ya he hablado con Mel de lo que estuvimos planeando ayer.

—Dime que ha accedido a quedar con mi amigo...

—No ha hecho falta. Resulta que anoche se aburría en la habitación y bajó al bar del hotel. Allí conoció a un tipo, estuvieron hablando durante horas

y terminaron en la cama.

—Pues qué quieres que te diga... nos viene de perlas.

—Pues sí. Ahora es ella la que no quiere irse. Dice que tuvo el mejor sexo de su vida con ese hombre y que esta noche van a repetir, así que podemos quedarnos en mi hotel.

—Perfecto, así no tengo que pedirle de nuevo a mi hermano que se largue de casa. ¿Nos vemos a las siete, entonces? Podemos ir al cine si quieres.

—Buena idea, hay una película que me gustaría ver y cuando vuelva a casa seguro que ya no está en cartelera.

—En ese caso, te recojo a las siete.

De pronto caigo en la cuenta de que no sé en qué hotel se hospeda. Ayer volvió andando porque dijo que estaba cerca de mi casa, pero hay cuatro o cinco hoteles por ahí.

—¿Cuál es tu hotel, por cierto?

—El hotel Ramsay, ¿lo conoces?

Me echo a reír a carcajadas. De todos los hoteles que hay por aquí, se ha tenido que hospedar en el de mi familia.

—¿Qué te parece tan divertido? —protesta.

—La noche que nos conocimos te dije mi apellido. ¿Recuerdas cuál era?

—Lo siento, pero tenía tanto frío que no presté demasiada atención.

—Ese es el hotel de mi familia —respondo cuando puedo parar de reír.

—No estás hablando en serio...

—Completamente en serio. No entiendo cómo no te diste cuenta.

—Es un apellido bastante común en Escocia, podía ser casualidad.

—Eso es cierto...

—¿Y se puede saber qué haces trabajando en un museo cuando eres dueño de un hotel?

Suspiro ante la eterna pregunta. Todo el mundo me pregunta lo mismo una y otra vez, y estoy ya un poco cansado de siempre lo mismo.

—Porque me gusta trabajar en el museo. Te recojo a las siete entonces.

Quince minutos después, tengo la comida lista. Estoy sirviéndome un plato de pasta cuando veo que mi hermano entra por la puerta, me saluda con la mano, sin apenas mirarme, y se dirige a su habitación. Poco después oigo el grifo de la ducha, pero Brad no sale de su habitación. Cuando termino de comer, golpeo su puerta con los nudillos antes de entrar, y le encuentro tumbado en la cama con las luces apagadas.

—¿Migraña? —pregunto, aunque sé la respuesta.

Brad asiente, y cierro la puerta con cuidado de no hacer demasiado ruido. Paso la tarde repasando los apuntes de la nueva exposición del museo y buscando en internet alguna información extra que me pueda ser útil para mi explicación. A las cuatro, Brad sale de la habitación y levanta la tapa de la olla para ver qué he hecho de comer.

—¿Estás mejor? —pregunto dejando el bolígrafo sobre la mesa.

—Sí, la medicación me ha hecho efecto deprisa —contesta sirviéndose un plato de pasta.

Se sienta a mi lado a comer en silencio, y yo sigo con mi trabajo.

—¿Qué haces? —pregunta al cabo de un rato.

—Buscando información sobre la exposición del museo. Quiero cambiar mi discurso.

—El otro día dijiste que estaba bien...

—Y lo está, pero últimamente están viniendo muchas familias con niños pequeños y quiero hacerlo más divertido para ellos.

—Con que saques la *Claimore*...

—Mi jefe me colgaría de los huevos si lo hiciera. ¿Qué tal anoche?

—No me fue nada mal —contesta con una sonrisa—. Te hice caso y

terminé en la cama con una turista.

—¿No me dijiste que habías quedado con la rubia?

—Te dije que tenía planes y tú diste por sentado que eran con la rubia, pero la idea era quedarme en el hotel a dormir para ocuparme del papeleo a primera hora. Al final llegué tarde a trabajar —contesta con una sonrisa triunfal.

—¡Vaya, vaya! Así que el serio y responsable Bradem Ramsay le ha hecho caso a su hermano pequeño por primera vez en la vida...

—Pues sí, y reconozco que tenías toda la razón. Estaba sola en el bar y me acerqué a darle conversación. Una cosa llevó a la otra, y terminamos toda la noche follando.

—¡Muy bien, machote! —exclamo palmeándole la espalda— ¡Así se hace!

—Es muy sencillo tratar con ella. No quiere citas, solo sexo cuando y como ambos queramos. Por eso he hablado esta mañana con Eva.

—¿Sobre qué?

—He terminado mi aventura con ella. Últimamente me daba la sensación de que quería más de lo que podía ofrecerle, y tenía que terminarse de una vez.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

—Se ha puesto como una *banshee* a darme voces en medio del despacho. Estaba pensando dejar a su marido, Bruce. Tenías toda la razón respecto a ella.

—Deduzco que no seguirá trabajando para nosotros...

—Deduces bien. Y hablando del tema, me gustaría que me echases un cable mientras encuentro a otra secretaria. Solo serán unos días, un par de semanas a lo sumo.

—Pero yo no sé hacer nada respecto al hotel, Brad, ya lo sabes.

—Solo tendrías que atender el teléfono e imprimir algunos documentos,

poca cosa. Y si algo no sabes hacerlo, te lo explicaríamos mamá o yo.

—Esto es cosa de mamá, ¿no?

—Es cosa mía, Bruce... pero ella me apoya. Creo que es el momento de que empieces a pensar en el futuro, y lo sabes. No te digo que dejes tu trabajo, pero sí que empieces a compaginarlo con el trabajo en el hotel.

Me quedo pensando un momento, y Brad tiene el atino de zanjar la conversación por el momento. La verdad es que tiene razón, como siempre. Mi trabajo en el museo tiene fecha de caducidad y reconozco que sería mejor adentrarme poco a poco en el negocio familiar a tener que hacerlo de golpe y porrazo. No debe ser demasiado difícil compaginar ambos trabajos, ¿no? Si hablo con Stu, podría encargarme en el museo de los turnos de la tarde, y así ayudaría a Brad en los hoteles por las mañanas. Cualquiera puede atender al teléfono e imprimir informes, así que yo no voy a ser menos. Con un suspiro, cierro el portátil y le miro con los brazos cruzados.

—De acuerdo —contesto.

—¿Cómo dices?

Casi me dan ganas de reírme ante la cara de absoluta estupefacción de mi hermano, pero mantengo la seriedad.

—Que te echaré una mano en el hotel. Déjame que hable mañana con mi jefe, si accede a dejarme trabajar solo por las tardes podré echarte una mano por las mañanas.

—¡Gracias! —dice con un suspiro— En serio, Bruce, me salvas la vida.

—Quizás algún día me cobre el favor —bromeo.

—¿Por esto? Créeme, me mudaría al hotel para dejarte tranquilo si con ello consigo que lo hagas.

—No quiero que te mudes —reconozco—. No me gustaba demasiado vivir solo. Por cierto... esta noche no voy a dormir en casa.

—¿Otra cita con esa chica?

—Así es. Déjame la llave de la suite. Se hospeda en nuestro hotel, pero quiero sorprenderla... ya me entiendes...

—¿En nuestro hotel?

—En nuestro hotel. Casi me muero de risa cuando me lo dijo.

—La chica tiene buen gusto, Bruce.

Mi hermano me tiende la tarjeta que saca del bolsillo de su maletín.

—Disfrútala. Tenía pensado quedar con mi conquista de anoche y puede que me la traiga a casa.

—Toda tuya, tío. Y ahora me voy, que he quedado con Amber para ir al cine.

—¿Alguna película interesante?

—Espero que no quiera ver la de *Cincuenta sombras*...

Cuando recojo a Amber, nos dirigimos al único cine decente del pueblo. Hay un par de ellos más, pero son demasiado pequeños y las instalaciones no son lo que se dice de primera, pero por suerte a alguien se le ocurrió la brillante idea de hacer un centro comercial. Como me temía, la película que quiere ver es la de Grey, ese tío con problemas psicológicos al que le gusta darle de hostias a su chica. Entiendo que haya gente que disfrute de ese tipo de sexo, lo respeto, pero lo que no me entra en la cabeza es la oleada de adolescentes hormonadas que se dejan maltratar debido a esta película. ¿Acaso no saben diferenciar la ficción de la realidad? ¿Es que nadie se ha parado a explicarles las diferencias del maltrato y el BDSM?

Amber disfruta con la película, está extasiada mirando la pantalla y comiendo palomitas, y mi atención se centra por completo en ella. ¿Qué pasaría si me atreviese a meterle mano ahora mismo? La sala está a reventar, y si no tengo cuidado alguien podría darse cuenta... Casi sin pretenderlo tengo mi mano metida dentro de sus pantalones de lycra.

—¿Pero qué haces? —susurra intentando apartarla— Estate quieto.

—Me he puesto cachondo, nena... No puedo evitarlo.

—¡Nos van a pillar! —exclama cerrando las piernas.

—Te aseguro que no lo harán, está muy oscuro.

Ella me mira un segundo y sus ojos se velan al momento por el deseo. La idea le atrae, y cubre sus piernas con el abrigo para que nadie descubra mi incursión.

—Esto es una locura, Bruce —susurra dudosa.

—Pero te pone cachonda, reconócelo.

Ella sonríe, niega con la cabeza y abre sus piernas para dejarme acceder mejor a su coño. Adentro un dedo entre sus labios, pero aún no están como me gustan, jugosos y húmedos. Con toda la intención del mundo la miro a los ojos y me meto el dedo en la boca, para sacarlo mojado y restregarlo por sus pliegues.

—Mmm... —gime con los labios apretados.

La película puede irse a la mierda, mi pequeña fantasía es mucho más excitante que cualquier escena de la gran pantalla. Amber baja el culo hasta el filo del asiento, se abre de piernas todo lo que puede, y cierra los ojos ante las caricias de mi dedo, que roza con pericia su clítoris hinchado, se introduce un poco en su canal y vuelve a subir. Su mano aprieta el abrigo con fuerza, y se muerde el labio para evitar gritar. Los protagonistas de la pantalla llenan el aire de suspiros, de gemidos, y Amber se deja llevar un poco más. Su aliento me acaricia el cuello cuando apoya su cabeza en mi hombro, y continúo con mi asalto, aumentando el ritmo de mi dedo, acariciando el pequeño botón caliente que la hace estremecer. Su mano se acerca peligrosamente a mi polla y tengo que apartarla con suavidad.

—Eso después, cielo —susurro—. Ahora solo vas a correrte tú.

Mis palabras desencadenan su orgasmo. Amber se muerde el labio para no gritar, su cuerpo se convulsiona, su respiración se convierte en un jadeo, y

cuando la tormenta amaina, termina desmadejada sobre el asiento. Nadie nos ha visto, estamos a cuatro asientos de otra pareja, y están tan ensimismados en la película que no se han enterado de nada... como suponía. Le ayudo a ponerse bien la ropa, y tras darle un sonoro beso en los labios, le echo el brazo por el hombro para seguir viendo la película.

Capítulo 9

Cuando salimos del cine, damos un pequeño paseo antes de ir a cenar. Estoy cachondo, me muero por enterrarme en ella, pero también quiero disfrutar del placer de su compañía. No soy como mi hermano, aunque sea una relación con fecha de caducidad me gustaría que no se limitase únicamente al sexo. Cuando llegamos al *Glenelg*, nos sentamos en una mesa apartada y pedimos un par de cervezas.

—¿Qué te apetece comer? —pregunto mirando la carta.

—No sé... me he propuesto probar toda la comida típica de aquí. ¿Qué te parece el *haggis*?

—Que tendrás que esperar a venir con Mel, porque hay que pedirlo para dos personas y yo no pienso comerme eso. Está hecho con vísceras de cordero, Amber.

La cara de asco de mi acompañante me arranca una carcajada.

—¿Te gusta el pescado? —pregunto— El *coulbiac* es un pastel de salmón, y a mí me gusta mucho.

—Pediré eso entonces, aunque se me ha revuelto un poco el estómago de pensar en el *haggis*.

—Entonces piensa en lo que voy a hacer contigo en la suite del hotel...

—¿Tienes una suite? —pregunta traviesa.

—Le he pedido la llave a mi hermano.

—Ya estoy deseando llegar a ella.

Cenamos tranquilamente, saboreando cada bocado, con la atención puesta en la conversación y la intención en la suite del hotel. Para el postre

pido *cranachan*, un típico postre escocés de crema batida con frambuesas. Sonríó ante la reacción de Amber a la primera cucharada, cierra los ojos y gime ante la mezcla del dulce de la crema con el ácido de la fruta, y me mira encantada.

—Está delicioso —reconoce.

—Es uno de los mejores postres, suelen servirlo en las celebraciones especiales.

—¿Y esto es una celebración especial?

—Ya lo creo que lo es.

—¿Ah, sí? ¿Y qué celebramos?

—Que voy a follarte en... —Miro mi reloj—. Media hora.

—Estás muy seguro de ello, ¿verdad?

—Digamos que tengo una corazonada.

Ella sigue disfrutando de su postre, y cuando terminamos de comer, volvemos al hotel dando un paseo.

—¿A qué te dedicas, Amber?

—Ahora soy una mujer en paro, pero trabajaba de recepcionista en una clínica.

—¿Y por qué lo dejaste?

—No lo dejé. El dueño falleció y los hijos decidieron cerrarla. Vendieron el edificio y se repartieron los beneficios.

—¿Y qué piensas hacer cuando vuelvas?

—He estado pensando volver a Iowa, a la casa de mi abuela, y buscar empleo en el pueblo.

—Supongo que conocerás a bastante gente allí. Seguro que alguien te echa una mano.

—Eso espero, el dinero no me va a durar para siempre. Aunque Mel ha pagado mi viaje, los gastos extras salen de mi bolsillo, y me estoy pasando un

poco con las compras.

—¿Y para quién son esos regalos?

—Para mis amigas y para mí misma.

En cuanto cierro la habitación del hotel a nuestra espalda, aprisiono su cara entre mis manos y hundo mi lengua en su boca. Deseaba hacerlo desde que lamió un poco de crema que se había quedado en sus labios, y ahora pienso saborearla a conciencia. Amber me aparta y entra en la suite, observándolo todo con interés.

—Es preciosa —comenta—, pero debe costar una fortuna.

—Esta no es para clientes, es para uso exclusivo de la familia.

Me acerco a su espalda lentamente y bajo la mano por su estómago en una suave caricia, hasta presionar sus caderas para atraerla hacia mi cuerpo. Siento su cálido aliento acariciar mi oído, y hundo la boca en su cuello para llenarlo de pequeños besos salpicados con mordiscos que la hacen jadear. Mis manos suben hasta cubrir por completo sus pechos sobre la tela de la camisa, y desabrocho uno a uno los pequeños botones para dejarla resbalar por sus hombros hasta el suelo de mármol. Acaricio sus tiernos pezones con la yema de los dedos sin apartar la mirada de la suya, hasta dejarlos duros y jugosos, listos para el asalto de mi boca. Los succiono con suavidad, los muerdo y tiro un poco de ellos, y Amber echa la cabeza hacia atrás con un gemido.

Sus manos se enredan en mi pelo y subo hasta encontrarme con su boca, mientras mis manos bajan por su vientre dibujando su forma, para desabrochar sus pantalones y dejarlos caer al suelo también. Ellas terminan perdiéndose por el encaje de sus braguitas, y hundo el dedo corazón entre sus labios hinchados a causa del deseo. Cubro su espalda de delicados besos que terminan en su precioso culo respingón. Mis manos acarician sus piernas, arrastrando sus braguitas, para dejarla expuesta a mis ojos, hambrientos de deseo.

La tiendo delicadamente sobre el sofá de cuero blanco en forma de L, y mis manos suben de nuevo por su vientre hasta llegar a sus pechos hinchados. Los masajeo, los sopeso entre mis dedos y termino con un ligero pellizco en sus pezones. Me alejo un segundo de ella para desnudarme también, asegurándome de que sus ojos no se pierdan detalle. Ella se apoya en el brazo y me mira relamiéndose los labios, con una vena voyerista que no sabía que poseía, y vuelvo a la cama para tumbarme sobre ella, abrírle las piernas y hundirme en su cuerpo de una sola estocada.

—¡Joder, sí! —grita cerrando los ojos.

Comienzo a moverme con fuerza dentro y fuera de ella, apretando sus pechos entre mis dedos. Amber gime, grita, y se agarra con fuerza al cojín del sillón. Me acerco a su boca para besarla, y curvo la espalda para poder atrapar entre mis labios uno de sus pezones. Lo rozo con la lengua, lo hago rodar en mi paladar, hasta que mis dientes empiezan a mordisquearlo. Mi polla entra y sale de ella una y otra vez con rapidez, y sus dientes se aprietan con fuerza cada vez que mi pelvis impacta contra su coño.

Amber contiene el aire un segundo, y su sexo se convulsiona a mi alrededor presa del orgasmo. El mío se acerca, serpentea por mi espalda, y salgo de ella para correrme sobre sus pechos mientras las últimas oleadas de placer la hacen convulsionarse. Caemos agotados en el sofá, apenas sin aliento, y la miro a los ojos con una sonrisa triunfal. Ella me devuelve la sonrisa y me aparta para correr al cuarto de baño a limpiarse. Le doy privacidad, y cuando creo que ya ha terminado de asearse, entro en el baño para encontrarla mirándose en el espejo. Me acerco a ella por la espalda y rodeo su cintura con los brazos.

—¿Qué te parece si llenamos el jacuzzi?

Amber asiente y me acerco a la enorme bañera para llenarla de agua caliente. Mientras tanto, me entretengo besándola, acercándola a mi cuerpo,

despertando poco a poco la pasión una vez más. Amber deja caer un chorro de gel de baño en el agua y un sinfín de burbujas empieza a flotar por la habitación. En cuanto cierro el grifo, ella se mete en la bañera y se sienta en uno de los asientos con un suspiro.

—Mmm... qué a gusto —susurra.

Me dejo caer en el asiento de al lado, pero no quiero tenerla tan lejos, así que cojo su mano y de un tirón la siento sobre mis piernas.

—¿Qué haces? —protesta, aunque se ríe— Peso mucho, suéltame.

—No pesas nada. Además, en el agua el peso disminuye, así que estate quieta.

—Está bien, pero necesito un descanso —advierte.

—¿Crees que mi amiga puede levantarse cada cinco minutos? Relájate, aún no voy a volver a morderte.

La hago bajar hasta el suelo de la bañera y poso mis manos sobre sus hombros para masajearlos. Ella gime, cierra los ojos y echa la cabeza hacia delante, dándome libertad de movimientos. Tiene los músculos tensos y poco a poco voy deshaciendo los nudos de su espalda, terminando el masaje con un beso en la nuca.

—Estabas muy tensa, nena. ¿Qué te preocupa?

—Nada, es la cama del hotel. Estoy acostumbrada a colchones más blandos y termino despertándome con dolor de espalda.

—No sé en otros hoteles, pero en este puedes elegir esas cosas, ¿lo sabías?

—Es evidente que no —lloriquea.

—Hablaré con el recepcionista para que os cambien a otra habitación. No puedes seguir durmiendo mal.

—No hace falta, de verdad.

—Insisto. Es algo que se hace con todos los clientes, Amber, no te

sientas incómoda.

—Todas no se acuestan con uno de los dueños.

—Ey...

La vuelvo hacia mí para mirarla a los ojos.

—¿Y eso a qué ha venido?

—Lo siento, no debería haber dicho eso.

—¿Te molesta que sea el dueño?

—Me siento incómoda, eso es todo.

—Pues no tienes que estarlo. Tú no sabías que lo era cuando empezaste a acostarte conmigo.

—La verdad es que echo de menos el kilt —reconoce—. Me dio mucho morbo que no te lo quitases.

—Si te portas bien, la próxima vez que nos veamos te llevaré a casa y volveré a ponérmelo solo para ti.

—¿Qué tengo que hacer para conseguirlo?

—¿Qué tal si empiezas a provocarme?

Amber se levanta con los ojos llenos de lujuria, y se sienta frente a mí, en el borde de la bañera con los pies sobre los asientos. Sus piernas han quedado completamente abiertas y su dulce coñito me muestra sus labios húmedos. Ella los abre con dos dedos y pasa el dedo corazón de la otra mano una y otra vez por su abertura.

—Muy bien, nena... —susurro— Lo estás haciendo muy bien...

Amber introduce el dedo en su canal hasta el nudillo y empieza a moverlo, dejando escapar leves grititos de placer de su garganta. Echa la cabeza hacia atrás y suelta sus labios para apresar un pezón entre sus dedos y amasarlo con suavidad. Mi polla ha empezado a crecer y la agarro fuertemente con la mano para calmarme, porque quiero que esta vez el polvo dure más que unos cuantos minutos.

Los pies de Amber se encogen y abre más las caderas para seguir con su incursión. El pulgar sube hasta su clítoris y lo acaricia en círculos a la vez que su dedo sigue hundido dentro de ella. Me muerdo de ganas de arrodillarme entre sus piernas y hundir la lengua en sus pliegues, pero me limito a mover la mano lentamente a lo largo de mi polla.

—¿Te gusta? —ronronea antes de chupar su dedo anular.

—Me estás poniendo a mil, preciosa...

Amber se levanta y se acerca a mí, apoya las manos en mis hombros y me sorprende colocándose a horcajadas sobre mis piernas, apartando mi mano de mi polla y sentándose sobre ella. ¡Joder! Tengo que morderme el labio para no gritar, el placer me ha recorrido como un rayo y tengo sus preciosas tetas botando delante de mi boca sin control. Las sostengo con las manos, y junto sus pezones para poder metérmelos juntos en la boca. Mi lengua juguetea entre ellos, los muerdo, los succiono, mientras Amber se mueve arriba y abajo por mi verga. No puedo pensar, está llevándome de nuevo a la locura, así que la aparto y la siento en el borde de la bañera para hacer lo que tenía pensado: abrirla de piernas y hundir mi lengua entre sus pliegues. Succiono su clítoris, hundo la lengua en su canal y vuelvo a subir para atrapar el pequeño botón entre los dientes. Amber se retuerce, aprieta mi cabeza contra su carne y sus talones se clavan en mi espalda cuando la recorre el orgasmo.

Me pongo de pie y la hago pegarse a mí de espaldas. Vierto un poco de gel en mis manos y las froto hasta hacer espuma, y enjabono sus pechos despacio, a conciencia, despertando de nuevo el deseo en ella. Amber clava las uñas en mis muslos, jadea y echa la cabeza en mi hombro disfrutando de mis caricias, que bajan por su vientre para volver a subir a sus pechos. Mi polla está atrapada entre sus muslos, y ella los aprieta para hacerme perder la cabeza, porque cada movimiento transmite una descarga de placer a mi cuerpo. No puedo más, así que la hago apoyar las manos en el borde de la

bañera y la empalo por detrás con fuerza. Comienzo a moverme con frenesí, estoy desesperado por sentirla, porque sus músculos me succionen, porque su cuerpo me ordeñe por completo.

Amber grita palabras ininteligibles, aprieta las manos con fuerza y sube las rodillas a los asientos para quedar mucho más abierta para mí. Ahora entro hasta el fondo, mis huevos golpean su clítoris cada vez que me hundo en ella y sus piernas se convulsionan intentando aguantar el placer. Una, dos, tres embestidas más y ya es mía. Me absorbe, me aprieta, se convulsiona y estalla en un orgasmo, arrastrándome a mí con ella.

Cuando conseguimos recuperar la calma, nos damos una ducha rápida y nos metemos en la cama. Amber se acopla a mi cuerpo, pasa mi brazo por su cintura hasta apoyar mi mano entre sus pechos y enredando las piernas en las mías, se queda completamente dormida.

A la mañana siguiente, dejo a Amber en su habitación y me voy a trabajar. Apenas son las ocho, pero quiero pillar de buenas a Stu, así que he comprado unos bollos y un buen café por el camino. Mi jefe alza las cejas cuando me ve llegar media hora antes de abrir, pero se limita a hurgar en la caja de dulces y coger un bollo de crema.

—¿Tienes fiebre, Bruce? —pregunta cogiendo un café.

—¿Por qué dices eso? No es la primera vez que traigo bollos para desayunar.

—Cierto, pero sí lo es que llegues tan temprano, y mucho menos en tu último día de trabajo antes de las vacaciones.

—Tengo que hablar contigo y prefiero hacerlo antes de que lleguen los demás.

—Debe ser serio si te tomas tantas molestias.

—Lo es. Tengo que ayudar a mi hermano en el hotel, pero no quiero dejar mi trabajo.

—Es complicado compaginar ambos trabajos...

—No necesariamente. Si trabajo aquí por las tardes, puedo echar una mano en el hotel por las mañanas.

—Lo que me pides es...

—No digas que es imposible. Hablaré con Brodrick, estoy seguro de que no le importará trabajar solo por las mañanas. Necesito seguir en el museo, Stu, me gusta mi trabajo.

—Pero Bruce...

Mi jefe inspira hondo y se queda pensativo un minuto. Cruzo los dedos inconscientemente, esperando que acceda a mi petición. Finalmente, asiente.

—Está bien, si Brodrick está de acuerdo en trabajar por las mañanas, accederé a cambiaros los turnos cuando vuelvas de vacaciones. Pero si a él no le parece bien...

—¡Gracias! No te arrepentirás, te lo juro.

Ya solo queda convencer a mi compañero de hacer el cambio. Brodrick y yo no nos llevamos demasiado bien desde aquella vez que nos liamos a hostias en el bar, y temo que no quiera hacerme el favor. Pero por otra parte, ¿a quién no le gustaría trabajar solo por las mañanas y tener toda la tarde libre?

Ian interrumpe mis pensamientos al entrar en la habitación.

—¡Uau! —dice ojeando la caja de dulces— Bruce ha llegado temprano y ha traído bollos. ¿Qué coño has hecho ya?

—Pedir favores —contesta Stu levantándose—. Voy a poner el dinero en la caja, no os durmáis que abrimos en diez minutos.

Mi jefe sale por la puerta e Ian se sienta frente a mí dándole un mordisco a un bollo de chocolate.

—¿Le has pedido un favor a Stu? —pregunta sorprendido.

—Voy a empezar a implicarme más en los hoteles y necesito trabajar

aquí solo por las tardes.

Ian silba y se echa hacia atrás en la silla, visiblemente sorprendido.

—Bradem te ha convencido por fin...

—Ha echado a su secretaria y necesita ayuda.

—¿Y por qué no contrata a alguien?

—Ya no soy un chaval, y pronto tendré que colgar el kilt. Prefiero empezar poco a poco en la empresa familiar a tener que aprenderlo todo de golpe.

—¿Estás seguro?

—Todo lo que puedo estarlo. Ahora solo tengo que limitarme a coger el teléfono y a imprimir algunos informes. No es tan difícil.

—Pero no te gusta ese trabajo.

—Lo sé, pero como dice mi hermano, no voy a ser guía turístico toda la vida.

Me levanto de mi silla y me acerco a la taquilla para empezar a vestirme. Voy a echar de menos disfrazarme, pero tengo que empezar a pensar en mi futuro. Algún día sentaré la cabeza, y para cuando eso pase, quiero tener un puesto en el hotel.

Cuando termina mi turno, me acerco a Brodrick, que está cambiándose para empezar a trabajar.

—Brod, ¿podemos hablar un momento?

Él me mira de reojo y continúa vistiéndose. Cojonudo, empezamos bien la conversación.

—¿Qué quieres? —pregunta al fin.

—Tengo que pedirte un favor.

—¿Un favor? ¿Después de echarme los dientes abajo me pides un favor?

—Ya me disculpé por eso. Estábamos borrachos y se nos fue de las manos a ambos. Esto es serio.

Se vuelve con los brazos cruzados y las piernas abiertas. Joder, casi me llega a impresionar. Con sus dos metros de altura y esa espalda cuatro por cuatro la verdad es que da un poco de miedo... si no le conoces bien.

—Tú dirás —contesta.

—Tengo que ayudar a mi hermano en los hoteles y necesito que hagamos algunos cambios en los turnos.

—¿Y por qué no te limitas a largarte de aquí?

—Porque me gusta mi trabajo.

—¿Qué cambios son esos?

—Tú trabajarías solo por las mañanas y yo solo por las tardes.

—¿Y qué pasa si tengo que arreglar algunos papeles? Eso no puedo hacerlo por las tardes.

—Si se diera el caso, podríamos arreglarlo.

—No me convence, tío. Tendría que madrugar todos los días.

—¡Y librarías todas las tardes!

Inspiro hondo intentando medir mis palabras. Tengo que convencerle de que hagamos el cambio, si no, estoy jodido.

—Mira, sé que no me tragas y lo entiendo, pero no estamos hablando de una bronca en un bar. Estamos hablando de algo serio. Mi empresa es algo serio.

—Muy bien, cambiaremos los turnos... con una condición.

—Lo que sea.

—Búscame un curro en uno de tus hoteles para dentro unos meses.

Le miro con la boca abierta. Literalmente.

—Estoy pensando en casarme con mi novia y quiero un trabajo estable —aclara—. Me conformo con un trabajo como recepcionista, habla con tu hermano.

—Lo haré, te lo prometo.

Brodrick asiente y se marcha, y yo me quedo cambiándome de ropa pensativo. No me imaginaba a Brodrick con novia, mucho menos dispuesto a casarse. La pelea en el bar fue precisamente por una mujer con la que empecé a tontear, pero no tenía ni idea de que fuese su novia. Si lo hubiese sabido... joder, no se me habría ocurrido hacerlo, pero él ni siquiera nos presentó.

Con un suspiro, me cuelgo la mochila al hombro y me voy al hotel para darle las buenas noticias a mi hermano. Le encuentro hablando por teléfono, en actitud seductora, y me siento en la silla de enfrente a mirarle con una sonrisa.

—Te llamo más tarde, está aquí el gilipollas de mi hermano —dice antes de colgar.

—¿La rubia? —pregunto con curiosidad.

—No, la turista. ¿Qué querías?

—Vengo a darte malas noticias.

—Tu jefe no ha querido cambiarte el turno, ¿verdad?

—Me temo... que tendrás que aguantarme todas las mañanas a partir de ahora. Pero mi compañero tiene una condición para cambiarme el turno.

—¿Cuál?

—Que le des trabajo en uno de nuestros hoteles dentro de unos meses.

—¿Perdón?

—Va a pedirle a su novia que se case con él.

—¿Y por qué dentro de unos meses?

—Supongo que querrá cambiar de trabajo cuando se case con ella, no le he preguntado.

—Con la fusión necesitaremos personal cualificado para los cinco nuevos hoteles, así que podremos arreglarlo. Como no lo necesita inmediatamente, me da tiempo de terminar las reformas.

—Es un cabrón, pero se le da bien su trabajo. Podríamos contratarle como recepcionista.

—Tal vez. Lo estudiaré, pero dile que cuente con el puesto.

—Gracias. ¿Cuándo empiezo a trabajar aquí?

—Pronto —contesta con desesperación—, aunque hoy ha sido un día de locos. He tenido que atender yo mismo todas las llamadas hasta que ha llegado mamá. Por cierto, quiere hablar contigo sobre la boda, ve a su despacho.

Asiento y me levanto con la intención de ir a ver a mi madre, pero mi hermano me agarra de la cazadora para detenerme.

—¿Qué? —pregunto.

—Aún no he terminado, Bruce.

Me siento de nuevo a la espera de lo que presiento serán malas noticias, y mi hermano se apoya en la mesa para mirarme a los ojos.

—Necesito que viajes a supervisar las obras del hotel de Inverness.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Sé que ya estás oficialmente de vacaciones en el museo, y a mí me es imposible viajar en este momento.

—He convencido a Amber para que se quede, Brad. ¿No puede esperar?

—No, no puede esperar. Necesito que vayas allí y me des luz blanca para empezar a meter mobiliario. La obra va con retraso y necesitamos abrir ya.

Una idea empieza a formarse en mi cabeza. ¿Y si me llevo a Amber conmigo? Ya que le he fastidiado su visita a Inverness, bien puedo llevarla yo y pasar un par de tardes haciendo turismo.

—De acuerdo, pero te advierto que estoy de vacaciones y voy a llevarme a Amber. Ya que no ha podido ir por sí misma, bien puedo llevarla yo.

—Mientras no se interponga en tu trabajo...

—No soy un crío, Brad. ¿Algo más?

—Una cosa más... —dice alargando la mano hacia mí— La llave de la

suite, capullo, que me hará falta esta noche.

Se la lanzo y me acerco al despacho de mi madre. Golpeo en la puerta con los nudillos, y ella me hace pasar con una sonrisa.

—Hola, cariño —dice antes de darme un beso—. Me ha dicho tu hermano que estás pensando en trabajar con nosotros.

—Mañana empezaré como secretario de Brad.

—Es un trabajo sencillo, no tendrás problemas. ¿A qué ha venido ese cambio de parecer?

—No sé, supongo que prefiero entrar en el negocio poco a poco en vez de hacerlo de golpe. Hacía falta que echase una mano así que...

—Me alegro de que lo hagas. Así podré verte tanto como a tu hermano.

—Me ha dicho Brad que querías hablar conmigo sobre la boda. ¿Hay algún problema?

—En absoluto, es solo que Grant y yo estamos preparando la lista de invitados y necesito saber si vendrás acompañado.

—No tengo novia, mamá, ya lo sabes.

—Puedes venir con una amiga, no es obligatorio que sea tu pareja.

—No, iré solo.

—Pues os pondremos a los tres en la mesa de los solteros —contesta ella con fastidio—. Grant dice que su hijo también irá sin pareja.

—¿Sabes quién es su hijo?

—No, aún no le he conocido. ¿Por qué?

—Grant es el padre del mejor amigo de Brad en el instituto.

—¿De Granny? —pregunta sorprendida— No sabía nada.

—Supongo que Grant tampoco lo sabrá. Fui a buscarle al hospital para pedirle un favor, entonces fue cuando lo descubrí.

—Recuerdo que Granny vivía con su madre, sus padres se habían divorciado. Por eso no le conocía, porque nunca coincidí con su padre cuando

estaban en el instituto. ¿Y cómo le va? Recuerdo que era un desastre.

—Ahora es cardiólogo, como su padre. Le va bastante bien, por lo que parece.

—Pero tampoco quiere saber nada de mujeres.

—Me temo que no, mamá. No vas a ser abuela tan pronto.

—Tendré que resignarme a ello, entonces.

La beso en la mejilla y salgo de su despacho con una sonrisa. Sé que está deseando tener nietos, pero al paso que va, ni su hijastro va a cumplirle ese deseo, al menos no este año.

Capítulo 10

Al día siguiente me despierto temprano para ir a buscar a Amber. No le he dicho nada, es una sorpresa, y espero que no termine diciéndome que no. Anoche dejé hecho mi equipaje, un par de mudas metidas en una bolsa de deporte, y lo echo en el maletero de mi coche antes de acercarme hasta el hotel. Golpeo con los nudillos la puerta de su nueva habitación y me abre Mel, con cara de pocos amigos, un pijama de conejitos y el pelo revuelto.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —protesta— ¿Es que los escoceses no dormís?

—Vengo a buscar a Amber —contesto entrando por la puerta— ¿Está despierta?

—¿Cómo no iba a estarlo con el ruido que has hecho? Está en el baño, ahora sale.

Me siento en su cama a esperarla, y cuando sale ya se ha puesto unos vaqueros y un jersey.

—¡Bruce! ¿Ocurre algo? —pregunta extrañada.

—Nada, solo quiero llevarte a un sitio. Pero tienes que preparar algo de ropa en una bolsa, nos iremos un par de días.

—¿A dónde os vais? —pregunta Mel.

—Es una sorpresa —contesto—. No te importa, ¿verdad?

—Para nada —contesta levantando las manos—. Así podré quedar tranquilamente con mi ligue de la otra noche.

—¿Qué me dices? —pregunto a Amber— ¿Te vienes conmigo?

Ella sonrío y abre los cajones para sacar algunas prendas que mete en

una pequeña maleta con ruedas. En cuanto tiene todo listo, tiro de ella y la llevo hasta el coche, y pongo dirección al aeropuerto.

—¿Me vas a decir dónde me llevas? —pregunta con una sonrisa.

—A pasar unos días haciendo turismo.

En cuanto aparco en el aeropuerto, ella me mira con una ceja arqueada.

—No pensarás hacer turismo por aquí, ¿verdad? —pregunto con cara de inocente— Tenemos que coger el avión, así que date prisa.

Ocupamos nuestros asientos en primera clase y Amber vuelve a mirarme de nuevo.

—¿Qué pasa ahora? —digo de nuevo.

—¿Por qué?

—¿Cómo dices?

—¿Por qué haces esto?

—Tengo que atender unos asuntos referentes al hotel y he pensado que estaría bien llevarte conmigo.

—¿Y el museo?

—Estoy de vacaciones en el museo, no te preocupes.

El avión aterriza en Edimburgo cuatro horas y media después. Mientras recorremos sus calles en taxi, Amber disfruta admirando sus casitas de estilo victoriano alternadas con edificios modernos no muy altos.

—Es precioso —susurra.

—Espera a ver lo que realmente quiero enseñarte.

Llegamos al nuevo hotel Ramsay veinte minutos después. Aunque sus puertas aún están cerradas, ya se puede ver la fachada terminada por completo, y solo queda asegurarse de que todo está en orden y contratar al personal.

—¿Este es el nuevo hotel? —pregunta Amber al verme abrir la puerta de atrás con una llave.

—Sí. Nos alojaremos en otra parte, pero quiero terminar con esto cuanto antes.

El nuevo hotel está formado por dos plantas de diez apartamentos cada una, dotados de un salón con una pequeña cocina, una habitación y un cuarto de baño. Aún no disponen de mobiliario, pero si todo está como debe pronto comenzarán a amueblarlos. Tras una reunión con el encargado de la obra, llamo a Brad para dar mi visto bueno y apago el teléfono durante lo que resta de viaje. Nos registramos en nuestro hotel, el *Redcliffe*, una enorme casa victoriana reformada. En cuanto entramos en la habitación, lanzo la mochila sobre la cama e intento atrapar a Amber, pero ella me esquivo y se dispone a deshacer su equipaje.

—¿No puedes dejar eso para más tarde? —pregunto dejándome caer en la enorme cama— Aquí hay mucho sitio para ti.

—Se arrugará la ropa, es solo un momento.

Amber coge su bolso de aseo y se dirige al cuarto de baño, y me sorprende al quedarse parada en el marco de la puerta. Me acerco a ella y miro por encima de su hombro, y descubro que el baño es tan pequeño que es imposible que quepan dos personas al mismo tiempo.

—No podremos jugar en la ducha —comento al ver la minúscula ducha con forma de esquina.

—¿Siempre piensas en lo mismo? —pregunta ella con una sonrisa.

—Si es contigo, desde luego que sí.

Recibo un golpe de su neceser en mi estómago, y Amber vuelve a la habitación para dejarlo sobre el enorme mueble de cajones que hay bajo la ventana.

—Será mejor que deje esto aquí.

—¿Vienes ya, por favor?

Ella sonrío, me mira traviesa y se deja caer sobre mí, dejándome sin

aire, y ruedo en la cama para atraparla bajo mi cuerpo. Sujeto sus manos con una de las mías, dejándola indefensa, y meto mis piernas entre las suyas para tenerla a mi entera disposición.

—¿Ahora qué? —susurro— Debería vengarme por lo que has hecho.

—Suéltame, Bruce. Por favor...

—Ni lo sueñes, preciosa. Has sido muy mala y vas a tener que pagar por ello.

Sin más, empiezo a hacerle cosquillas. Ella se retuerce, grita y se ríe al mismo tiempo. Sus piernas vuelan en el aire y casi me da una patada en la cara cuando intento acercarme a besarla.

—¡Para! ¡Bruce! ¡Por favor! —chilla entre carcajadas.

Amber intenta zafarse y termina de rodillas frente a mí en la cama. De pronto las bromas han pasado a mejor vida, mi respiración agitada se mezcla con la suya, sus ojos castaños hipnotizan a los míos. Me acerco a ella despacio y acaricio su cara antes de hundir mi lengua en su boca como quiero hacer desde que la vi esta mañana, y ella gime y arquea la espalda en respuesta. Cada vez que nuestros labios entran en contacto, una descarga eléctrica me recorre, haciendo que mi polla se hinche, que mi corazón se acelere, que mi sangre hierva. Me deshago rápidamente de su jersey de lana y hago lo mismo con el mío, y me acerco a su cuello para cubrirlo de pequeños besos húmedos, calientes, que suben hasta encontrarse de nuevo con su boca.

Las manos de Amber acarician tímidamente mi pecho, rozando apenas con las uñas mi piel, y desabrocho su sujetador con una mano para deshacerme de cualquier obstáculo que se interponga entre nosotros. Tiro entonces de sus piernas para dejarla tumbada de nuevo sobre el colchón y me deshago de sus braguitas, que lanzo sobre la lámpara de la mesita de noche.

—Ahí están mucho mejor —susurro.

Me dedico a los cachetes de su culo, lamiéndolos, mordisqueándolos

antes de pasar mi lengua por su preciosa rajita depilada. Ella gime quedamente, se agarra a la almohada y cierra los ojos presa del deseo. Con un dedo, indago en su abertura hasta encontrar su canal y rozo apenas su entrada, sin ahondar, esperando pacientemente que se lubrique por sí solo. Amber se agarra un pecho con la mano y lo aprieta, lo amasa, y pellizca su pezón excitándose a sí misma, y rodeo su clítoris con el dedo para darme cuenta de que empieza a hincharse poco a poco.

De un solo movimiento la dejo abierta de piernas, me coloco entre ellas y hundo mi lengua en su sexo, pero voy a tomármelo con calma porque quiero atormentarla antes de darle lo que quiere. Muevo la lengua en zigzag sobre su clítoris, apenas rozándolo, apenas dándole placer. Ella mueve las caderas buscándome y echa la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados cuando la punta de mi lengua la toca. Está cachonda... puedo verlo en el reflejo de sus ojos, en la vena que late en su cuello, en sus pezones hinchados y rojos. Me coloco a su espalda y muerdo su pezón a la vez que mis dedos obran su magia allí abajo, acariciando su clítoris, entrando un poco en su coñito y repartiendo la humedad por sus labios.

Sus dedos apartan los míos para acariciarse y hundo dos de ellos en su canal, los muevo lentamente, acariciando apenas su punto G. Amber se relame, gime, se contonea rozando con su culo mi polla, que lleva rato dura como una piedra y lista para entrar en acción. Su mano libre se posa entonces sobre mis bóxers y aprieta mi carne entre sus dedos, haciéndome jadear. Sus delicados dedos comienzan a moverse arriba y abajo, estrujándome, y siento cómo una perla de semen brota en mi glande.

Me bajo los bóxers lo justo para dejar libre mi verga y me entierro en ella lentamente, centímetro a centímetro, hasta que el aire no puede pasar entre nuestros cuerpos. Comienzo a moverme despacio, embestidas lentas, metódicas, saliendo casi por completo de su canal para adentrarme de nuevo

en él hasta el fondo. Amber pasa la mano por mi cuello y coge mi pelo con fuerza, y su mano libre se hunde entre sus piernas para masturbarse mientras me la follo. Esa visión me arranca un gemido y fijo mi mirada en sus dedos mientras sigo moviéndome una y otra vez. Amber encoge las piernas, se convulsiona y llega al orgasmo, y la pongo bocarriba para ponerme sus tobillos en los hombros y volver a penetrarla. El aire se mezcla con el olor a sexo, los gemidos y nuestras respiraciones entrecortadas, y puedo sentir sus uñas arañándome los brazos.

—¡Joder, sí! ¡Justo así! ¡Más fuerte!

Sus gritos me ponen a mil, y aumento la cadencia de mis embestidas volviéndolas desenfundadas, impulsivas. Me empalo en ella hasta el fondo, mis huevos impactan contra su culo y su sexo succiona mi verga cada vez que la siento entrar. Aparto las piernas de Amber de mis hombros para poder pegarme a ella y besarla de nuevo, entremezclando nuestros alientos cada vez que me aparto para coger aire. Sus manos pasean por mi espalda, mi culo, mi nuca, y aparto el pelo de su cara para mirarla a los ojos una vez más.

El orgasmo se acerca, puedo sentirlo, y acaricio el clítoris de Amber para lanzarla de cabeza al suyo antes de correrme yo también. Me dejo caer a su lado en la cama, exhausto, y por el rabillo del ojo veo en sus labios una enorme sonrisa.

—¿Qué? —pregunto entre jadeos.

—Se suponía que habíamos venido a hacer turismo.

—Y eso estamos haciendo —contesto—. Acabamos de hacer turismo sexual.

Su carcajada consigue arrancarme una sonrisa, y le doy un azote en el culo para que corra a darse una ducha mientras yo me recupero. Después de comer algo en un bar cercano, la llevo a ver el castillo de Inverness, que aunque no se puede visitar por dentro, sí que se puede pasear por los jardines.

Al volver al centro, paseamos por el mercado victoriano y disfruto agasajándola con pequeños regalos antes de ir a cenar.

—¿Te ha divertido? —pregunto cuando el camarero se marcha a dar nuestro pedido.

—Mucho. Esta ciudad me encanta.

—Aún quedan muchas cosas por ver. Mañana saldremos temprano hacia el lago Ness, quiero ver si somos capaces de cazar al monstruo.

—Apuesto a que no existe ningún monstruo.

—Dice la mujer que tocó las piedras de Canallish.

—¿Me lo vas a echar en cara toda la vida?

Un silencio incómodo se instala entre nosotros. No sé por qué, pero de pronto el ambiente se ha enrarecido demasiado. Cenamos en absoluto silencio y volvemos al hotel andando, sin mediar palabra tampoco. Una vez en la habitación, me siento en el sofá a ver la tele y Amber se marcha al cuarto de baño a ponerse el pijama. ¿Pero qué cojones estoy haciendo? Ha sido un comentario inconsciente, no tengo que darle más vueltas. Amber sale del baño y se sienta en la cama dispuesta a acostarse, y puedo ver en su cara algo que no logro descifrar.

—Ven aquí —ordeno de repente.

—Estoy cansada, voy a dormir.

—¿Te ocurre algo?

—No soy yo quien se ha quedado mudo de repente.

—Vamos, ven aquí. No seas tonta.

Amber se acerca a regañadientes y echo el brazo sobre sus hombros para atraerla más a mí, porque se ha sentado en la otra punta del sofá.

—Lo siento, soy un imbécil —reconozco.

—Sí, lo eres. No he dicho esa frase con mala intención y deberías saberlo.

—¿Me perdonas?

—Tal vez.

—¿Qué tengo que hacer para conseguir tu perdón?

—¿Qué te parece si me llevas a la cama y me follas de nuevo?

—Créeme, preciosa, será un auténtico placer.

Capítulo 11

El día siguiente amanece nublado, pero con un poco de suerte no terminaremos pasados por agua en nuestra visita al lago Ness. Amber aún permanece dormida, y me doy una ducha antes de volver a la cama para despertarla. No puedo evitar quedarme mirándola fijamente. Sus largas pestañas acarician sus mejillas sonrosadas y sus labios están entreabiertos, provocándome para besarlos. Aparto con cuidado un mechón de pelo rebelde de su frente, y la leve caricia debe hacerle cosquillas, porque arruga la frente y da un manotazo al aire con el que casi me cruza la cara. Mi risa termina por despertarla, y Amber me mira desorientada, intentando averiguar qué demonios me pasa.

—¿Se puede saber qué te parece tan gracioso? —pregunta bostezando.

—Casi me das una hostia por intentar despertarte.

—Eso no es cierto. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Tal vez pensaste que era *Nessie* que venía a raptarte...

—*Nessie* es una chica. En todo caso, vendría a por ti.

—¿Y de dónde te has sacado eso?

—¿Y por qué tiene que ser un chico?

—Un macho, en todo caso. Si existiese, que lo dudo, sería un animal, Amber. No es ningún monstruo.

—Perdone el error, señor guía turístico —protesta con un mohín.

—De perdón nada, preciosa. Vas a tener que convencerme de que te perdone.

Tiro de ella hasta quedar ambos de rodillas en la cama, frente a frente, y comienzo a besarla despacio. Mis manos aprisionan su cintura y las suyas recorren mis brazos una y otra vez. Aún está lánguida por el sueño, y sus labios se moldean perfectamente bajo los míos. Mis manos bajan hasta su culo, y las suyas hacen lo mismo en el mío, cubierto ya por los vaqueros. Me resulta muy fácil introducirlas por el elástico del pantaloncito de su pijama, y acaricio su piel tersa, pues las bragas quedaron olvidadas en el suelo la noche anterior. Amaso sus glúteos, y mi boca deja la suya y baja hasta su cuello para cubrirlo con pequeños besos y mordiscos.

Amber ya empieza a jadear, cierra los ojos y aparta la cabeza para dejarme mejor acceso, y su mano rodea mi muslo para encontrarse con mi erección. Bajo mi boca hasta sus tetas, las muerdo, las abarco con mis manos y me deshago de la camiseta de tirantes del pijama, dejándolas botar frente a mí.

—Me encantan tus tetas, nena —susurro—. Me vuelven loco.

Vuelvo a besarla de nuevo y pego su cuerpo al mío para que sus pechos queden aplastados contra el mío. Bajo de nuevo las manos por su espalda, acaricio su culo y subo por sus costillas para acariciar sus pezones con los pulgares sin despegar mi boca de la suya. Su cuerpo empieza a ondularse, sus caderas impactan con las mías y me bebo los gemidos que escapan de su garganta. Bajo la cabeza para lamer su cresta rosada, que poco a poco florece permitiéndome morderla sin piedad. Estoy a mil, los vaqueros me hacen daño en la polla, que pugna por escapar de ellos para enterrarse en ella, y tengo que desabrocharlos para no terminar dolorido.

Amber acaricia mi espalda mientras observa cómo me meto su pecho en la boca, cómo lo acaricio con mi lengua, cómo lo atormento con mis dientes. Siento sus manos subir hasta mi cara y su cabeza cae hacia atrás con un gemido cuando introduzco la mano por el pantalón y recorro sus labios húmedos. La tumbo en la cama y me deshago de toda su ropa, y empiezo a

besar sus pequeños pies descalzos, lamiendo sus dedos, subiendo por el empeine hasta llegar a su muslo, y tras un leve asalto a su pecho, repito la acción con la otra pierna. Amber se apoya sobre sus codos para poder mirarme, sus ojos castaños están llenos de lujuria y su lengua recorre sus labios entreabiertos cuando nuestras miradas se cruzan.

La beso una vez más antes de tumbarme entre sus piernas y empezar a lamer sus pliegues. Su sabor salado inunda mi lengua, que recorre sus labios desde su entrada a su clítoris una y otra vez. Puedo ver cómo echa la cabeza hacia atrás, cómo se pellizca el pezón cuando rozo su clítoris, y sus gemidos inundan el aire de la habitación. Agarro sus labios entre los dientes, los estiro un poco y los suelto para dejarlos caer, y ella agarra mi cabeza con las manos para impedirme moverme de mi sitio.

Abro un poco su carne con mis dedos, chupo sus labios, succiono su clítoris hinchado y termino con rápidas pasadas de mi lengua sobre él. Amber grita palabras ininteligibles, enreda los dedos en mi pelo y arquea las caderas buscando más el contacto de mi lengua. Introduzco un dedo en su canal para seguir lamiéndola, y ella se tiene que agarrar a la funda de la almohada cuando añado otro dedo más a mi incursión. Está cachonda y muy mojada, y observo cómo mis dedos entran y salen sin dificultad de su cuerpo hasta que se convulsiona por el orgasmo segundos después.

Me levanto de la cama para deshacerme de mis pantalones y me arrodillo entre sus piernas ofreciéndole mi polla, dura y lista para ella.

—Come —ordeno.

Ella obedece con una sonrisa, se pone a cuatro patas y me engulle hasta que mi glande casi toca su garganta. Cierro los ojos con fuerza ante la oleada de placer que me recorre y me muerdo el labio cuando su mano sostiene mi verga por la base para ayudar a su boca. Lame mi glande, lo rodea con su lengua y me traga una y otra vez, rozándome apenas con los dientes, lo justo

para ponerme los huevos de corbata, pero sin llegar a hacerme daño. Aparto el pelo de su cara para observarla y me relamo ante la magnífica visión de esos labios succionando mi polla. Lo hace tan jodidamente bien que tengo que apretar el culo para no correrme, y la aparto de mí para ponerla a cuatro patas y hundirme por fin en ella.

Amber pega el pecho al colchón, elevando así su culo y dejándome libre acceso a su sexo hinchado, y me recreo metiendo solo el glande dentro de ella, torturándola, haciéndola suplicar por mi miembro. Amber echa el culo hacia atrás para intentar que me clave en ella, pero me aparto con una sonrisa cada vez que lo hace y vuelvo a torturarla solo con la punta, solo un pequeño roce, para empalarla hasta el fondo cuando menos lo espera y haciéndola gritar de placer. Comienzo a moverme despacio, agarrándome a su hombro para poder moverme mejor, y aumento el ritmo un momento, dándole rápido, fuerte, duro, para volver a hacerlo lento sin aviso.

—¡Por favor, Bruce! ¡Me estás matando! —protesta.

Aparto su culo para ver cómo mi polla entra y sale de ella y empiezo a moverme deprisa, sin pausa, impactando mis caderas contra ella con fuerza. Entro, salgo de ella unas cien veces, mordiéndome el labio cada vez que el orgasmo se acerca. Amber tiene que apoyar las manos en el cabecero de la cama para no terminar golpeándose en la cabeza, y sus tetas botan bajo su cuerpo rozando la sábana. No puedo más, cada vez que su sexo me engulle siento un placer tan intenso que tengo ganas de gritar, y cuando sus paredes se convulsionan a mi alrededor me dejo llevar por el orgasmo, y me corro con fuerza sobre su espalda antes de caer rendido sobre la cama.

Una hora después, nos encontramos frente al castillo de *Urquhart*, a orillas del lago Ness. Tras recorrer sus ruinas y hacernos un montón de fotos, nos vamos al canal de Caledonia, donde cogemos el ferri que nos llevará a dar un paseo por el lago. Amber está entusiasmada con la visita, escucha

atentamente todo lo que digo de cada lugar y me vuelve loco haciendo mil fotos aquí y allá. Después de comer, volvemos a la ciudad y visitamos el centro *Clansmarn*, una recreación del interior de una casa rústica de las Highlands, donde un miembro del clan vestido con auténticos ropajes revive el pasado (vamos, básicamente como hago yo en el museo).

Cogemos el vuelo de las seis de vuelta a Stornoway, el viaje ha llegado a su fin. Amber pasa todo el vuelo dormida en mi pecho, y no puedo evitar pensar qué pasaría si ella viviese aquí, en Escocia. Posiblemente terminásemos teniendo una relación seria, porque es una mujer divertida y me siento muy a gusto con ella, pero eso es algo que queda descartado porque dentro de poco ella volverá a su vida y yo tendré que lidiar con la mía.

Llegamos a Stornoway bastante tarde, y cuando nos subimos a mi coche me doy cuenta de que no quiero que la noche termine.

—Quédate en mi casa, Amber —susurro acercándome a sus labios.

—No puedo hacerlo, ya llevo demasiado tiempo dejando a Mel sola.

—Vamos, Mel estará pasando la noche con su misterioso ligue... y yo quiero pasarla contigo.

Ella me mira un momento, me besa en los labios y asiente, y yo soy el tío más feliz del planeta ahora mismo. Conduzco hasta mi casa en silencio y cuando llegamos descubro que mi hermano no anda por ninguna parte.

—Parece que mi hermano también va a tener una noche movidita —digo abriendo la nevera—. ¿Tienes hambre? Puedo preparar algo.

—No, no tengo hambre. La cena del avión ha estado bien.

—¿Quieres una taza de chocolate caliente?

Ella asiente, y preparo el chocolate antes de dejarme caer junto a ella en el sillón. Bebemos en silencio viendo una película en el ordenador, tapados con una manta y enredados en el sofá. Nunca había estado así con una chica y reconozco que me siento bien haciéndolo con Amber. De repente, ella suelta la

taza sobre la mesa de café y se coloca entre mis piernas abiertas, se abraza con mis brazos y apoya la cabeza en mi pecho. Una oleada de ternura mezclada con algo que no sé descifrar me impacta con fuerza, y me deshago de su abrazo para poner espacio entre nosotros. De pronto, el aire se ha enrarecido, me siento raro, incómodo y sé que a ella le ha pasado lo mismo cuando se pone de pie y coge su chaqueta.

—Creo que debería marcharme —susurra.

—¿Por qué? Dijiste que te quedarías a dormir.

—Lo sé, pero acabo de recordar que mañana temprano tengo cosas que hacer, y tú tendrás que ir al hotel a trabajar.

—Estoy de vacaciones, Amber. No tengo que ir a ninguna parte y tú tampoco.

—¿No tienes que hablar con tu hermano sobre el hotel? Pensaba que ese era el motivo principal de nuestro viaje.

—Puedo hacerlo por la tarde, Amber. Vamos, ¿qué ocurre? ¿He hecho algo que te haya molestado?

—Claro que no. ¿Por qué piensas eso?

—¿Entonces por qué no te quedas?

—No sé, de repente me he sentido muy incómoda —reconoce—. No sé qué ha pasado, pero de pronto...

—Yo también me he sentido así, pero apuesto que es fruto del cansancio. Vamos, quédate, Amber. Es muy tarde, tenemos que dormir un poco, el viaje nos ha pasado factura a los dos.

—Bruce, tú y yo teníamos un trato y no nos estamos limitando a cumplirlo.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Que creo que se nos está yendo de las manos.

—No se nos está yendo de las manos nada. Nos estamos conociendo,

ahora somos amigos y lo nuestro no puede ser un simple rollo.

Su cara de asombro me da a entender que me ha malinterpretado. Quizás piensa que quiero una relación con ella, y no es así.

—¿Cómo has dicho? —pregunta.

—No me malinterpretes, me refiero a que ahora somos amigos con derecho a roce.

Intento enmendar la cagada, y espero de verdad que se me dé bien, porque no quiero dejar de pasar tiempo con ella.

—Espero de verdad que mantengamos el contacto cuando te vayas, porque te considero mi amiga y quiero que eso siga así cuando vuelvas a Nueva York.

—¿Amigos con derecho? —pregunta ella— ¿De esos que follan cuando no tienen pareja pero se apoyan cuando sí la tienen?

Trago saliva, porque no me ha gustado ni un puto pelo imaginarla con otro tío, pero asiento con una sonrisa forzada.

—Algo así —digo por fin.

—Muy bien, Bruce, si es lo que quieres... pero ahora estoy cansada y tú tendrás que ir mañana a hablar con tu hermano sobre el viaje, así que tu amiga se va a dormir a su habitación de hotel.

Tengo que dejarla marchar, no puedo retenerla aunque quiera. He metido la pata y si insisto en que se quede terminará por pensar que estoy mal de la cabeza y se alejará de mí por completo. Con un suspiro, cojo la chaqueta de la percha y la acompaño hasta la puerta.

—Muy bien, cabezota —digo—, pero te acompañaré. Puede que *Nessie* te haya seguido y te rapte para tenerte de concubina.

—Para eso estás tú, para rescatarme si eso pasa, ¿verdad?

—Soy tu amigo, no Superman.

—Si te soy sincera, prefiero que seas el pelirrojo de la serie. Ya sabes

que me vuelve loca que me follen con un kilt...

—Sigue provocando... y en vez de llevarte al hotel voy a llevarte de vuelta a la cama.

Capítulo 12

A la mañana siguiente, me despierto bastante antes de que suene el despertador. Tras darme una ducha, me pongo unos vaqueros, una camisa y una americana y voy a la cocina a preparar el desayuno. Bradem llega en ese momento a casa y sale de su cuarto veinte minutos después tan impecable como siempre con su traje de raya diplomática, y me mira de arriba abajo antes de coger una taza y servirse una taza de café.

—No está mal del todo —comenta.

—¿El qué?

—Tu ropa. No es un traje, pero servirá.

—Yo no tengo trajes, Brad. Lo sabes de sobra.

—Pues deberías pensar en comprarte unos cuantos para trabajar en la empresa. Después te daré la tarjeta de mi sastre.

—No te preocupes, puedo ir al mismo donde Grant y yo hemos encargado los trajes para la boda.

—¿Y eso dónde ha sido? Porque por el gusto que tenéis los dos...

—Tranquilo, es la tienda donde Grant padre se compra los suyos.

—Gracias a Dios, creía que iba a tener que vestiros como a dos niños pequeños.

—¿Por qué no te vas a la mierda un ratito? Será mejor que comamos o llegaremos tarde.

—¿Tú no estás de vacaciones?

—¿Y qué voy a hacer, morirme en casa de aburrimiento?

—¿Cómo van las cosas por Inverness?

—Pues la verdad es que bastante bien. Solo falta meter los muebles, así que ya puedes ocuparte de hacer las entrevistas de personal.

—Viajaré después de la boda para hacerlas, ahora no tengo demasiado tiempo.

—Los apartamentos han quedado muy bien, y como el hotel está en pleno centro creo que tendremos bastante afluencia de clientes.

—Esa es la idea.

Mi hermano coge el plato que le tiendo para sentarse a desayunar. Le observo leer el periódico en silencio, y por un momento he visto a mi padre ahí sentado, como cuando estábamos en su casa a punto de irnos a la universidad. Mi padre se sentaba de la misma manera y leía la sección de deportes mientras nosotros desayunábamos para luego acercarnos a clase. Aunque hace ya mucho tiempo que falta, todos los días le echo de menos. Brad paja el periódico y alza una ceja ante mi escrutinio, y sonrío antes de mover la cabeza y seguir con mi desayuno.

—¿Qué pasa? —pregunta Brad.

—Por un momento te has parecido tanto a papá que me ha dado miedo.

—¡Yo no me parezco a papá! —protesta— Eres tú quien tiene toda su cara.

—Tal vez, pero eres tú quien ha heredado sus gustos, sus costumbres, hasta sus gestos.

—Solo leía el periódico.

—Sí, en la misma postura que él. Y te mueves como él, muchas veces te veo de espaldas y por un segundo le vuelvo a tener cerca.

—¿Y se puede saber a qué viene eso ahora?

—A nada. Simplemente es una observación de la que acabo de darme cuenta.

—Estás como una cabra, tío. Anda, termina de comer que nos tenemos

que ir.

—¿Es que tú no le echas de menos?

—Cada día, Bruce. Cada segundo de cada día le echo de menos. Es muy duro intentar hacer las cosas igual que él, pero es lo que debo hacer.

—¿No has pensado que puedes hacerlas a tu manera?

—¿Para qué? Sus métodos funcionan.

—Pero no son los tuyos. Ahora los hoteles son tuyos, Brad. Deberías dejar de pensar en cómo lo haría papá y hacerlo como tú mismo quieras hacerlo.

—No es fácil estar a la altura del mejor.

—Pero no tienes por qué estarlo. Nadie te va a exigir que seas como papá, Brad. Ni siquiera mamá.

—El problema es que soy yo quien se lo exige, y es muy difícil dejar de hacerlo.

Termino mi desayuno en silencio y me pongo el abrigo. Cuando llegamos al despacho, Brad me enseña dónde está todo y me explica por encima lo que tengo que hacer en mi nuevo puesto de trabajo. No es nada difícil, simplemente atender el teléfono, pasarle las llamadas pertinentes y obedecer a mi hermano. La mañana se me pasa volando, aparte de algunas fotocopias y de buscar en el registro algunos informes, no he hecho gran cosa. Es la hora de comer, así que me acerco al despacho de Brad. Él está inmerso en unos documentos y me mira de reojo cuando me ve aparecer.

—¿Ocurre algo? —pregunta.

—He terminado por hoy. Voy a comer algo en el restaurante antes de irme. ¿Vienes?

Mi hermano mira el reloj que cuelga en la pared del despacho y se levanta cogiendo su americana.

—Joder, se me ha echado el tiempo encima. Con tanto trabajo ni

siquiera le había hecho caso a mi estómago.

Bajamos al restaurante del hotel y nos sentamos en la barra a tomarnos una cerveza antes de sentarnos a comer.

—¿Y cómo te va con tu nueva conquista? —pregunta mi hermano— Aún no la he conocido y reconozco que me tiene intrigado.

—Tú tampoco me has presentado a mí la tuya.

—Lo mío no es nada serio, Bruce. Quedamos, follamos y listo.

—Eres demasiado frío, Brad. Deberías invitarla a cenar al menos, hablar con ella... No sé, conocerla un poco.

—¿Para qué? Ella se irá en unos días y posiblemente no vuelva a saber nunca más de ella.

—Tiene que ser muy aburrido follar así, en frío. No sé... Yo no sería capaz en la vida.

—Mira, hablando de mi conquista... Ahí viene.

Dejo salir la cerveza por mi nariz al ver llegar al comedor a Amber y a Mel. Por un segundo he pensado que mi hermano habría podido estar acostándose con Amber, y no me ha gustado ni un pelo, pero después he recordado que yo estaba con ella aquella noche. Entonces me doy cuenta de que la cara de Mel es todo un poema. Nos mira a mi hermano y a mí alternativamente con la boca abierta y los ojos como platos, y después susurra algo en el oído de Amber e intenta alejarse, pero ella se lo impide. Espera, ¿mi hermano se está tirando a Mel? ¿El serio, responsable y tradicional Bradem Ramsay follando con una tía con el pelo azul?

Amber se acerca con una sonrisa, me pasa el brazo por los hombros y me besa. Rodeo su cintura con el brazo y la pego a mi cuerpo, y no puedo evitar sonreír yo también cuando me mira cómplice.

—Así que ella es Amber... —pregunta mi hermano con una carcajada.

—De todas las turistas que hay en la isla estos días y tuviste que follarte

a la mejor amiga de Amber... —contesto.

Mel se pone como un tomate y se cruza de brazos mirando al vacío.

—No sabía que erais hermanos —protesta.

—Pues la verdad es que se parecen mucho, Mel —bromea Amber—. No sabía que a ti también te había gustado Bruce.

—¡A mí no me gusta Bruce! —protesta ofendida— No te ofendas, pero no eres para nada mi tipo.

—Ya lo veo —contesto señalando a mi hermano—. Los trajes te ponen más que el kilt, ¿eh?

—Gilipollas...

—¿Por qué no nos vamos a la mesa? —interrumpe mi hermano para poner paz— Empiezo a tener hambre y Bruce tiene que acudir a una cita muy importante en un rato.

Nos sentamos en la mesa de siempre y Amber se apresura a sentarse a mi lado para dejar a Mel con mi hermano. Se lo está pasando en grande con esta situación, y reconozco que yo también. Mi hermano no tiene vergüenza, y toda esta situación le da exactamente igual, pero Mel parece querer que se la trague la tierra, y la verdad es que no entiendo por qué. Pedimos la comida e inconscientemente sostengo las manos de Amber bajo las mías. Mi hermano mira nuestras manos de reojo, pero no dice nada.

—Qué casualidad que hayas conocido al hermano de Bruce, ¿no? —comenta Amber como si tal cosa.

—Sí, estábamos en el bar y comenzamos a hablar —contesta Mel.

—Bueno, lo vuestro no se caracteriza precisamente por hablar... —la provoco.

—Y lo tuyo se caracteriza precisamente por ser idiota —protesta.

—¡Ey! Que yo te caía bien, Mel. ¿Por qué estás tan a la defensiva? —pregunto— Amber y yo también follamos, y no pasa nada. ¿Verdad, nena?

Ella me golpea el hombro aunque sonrío, y le como la boca ante la atenta mirada de mi hermano.

—Lo vuestro es distinto —contesta por fin Brad—. Lo nuestro es solo sexo.

—Pues qué aburrido —dice Amber—. Nosotros también salimos a cenar o al cine.

—Es tu amiga quien no quiere hacer otras cosas —dice Brad—. Tal vez tiene miedo de enamorarse de mí.

Yo sé que está bromeando y Amber lo ha deducido ante el guiño de mi hermano, pero Mel le mira como si le hubiesen salido tres cabezas.

—¿Estás de coña? No te hace falta abuela, ¿verdad? —protesta.

—Admite que estoy bueno, preciosa —ronronea mi hermano.

—Lo que tienes es el ego muy grande —contesta Mel.

La comida se pasa en un suspiro y yo me tengo que ir aunque no tenga ni puta gana, porque he quedado con mi madre para ir a elegir no sé qué de la boda. Me levanto de la silla, me pongo la chaqueta y cojo la cara de Amber con la mano para besarla.

—¿Nos vemos luego? —pregunto.

Ella asiente mirándome hipnotizada y vuelvo a besarla. ¡Joder! De buena gana me quedaría con ella toda la tarde, pero no puedo dejar a mamá en la estacada.

—Luego te llamo —contesto—. Nos vemos, chicos.

Llego al centro un poco tarde, y mi madre ya me está esperando.

—Siento llegar tarde, mamá. Me he entretenido comiendo con mi hermano.

—¿Qué tal tu primer día en el hotel? —pregunta.

—No ha estado nada mal. Aparte de coger el teléfono y hacer algunas fotocopias, no he hecho gran cosa.

—¿Has visto como no era tan terrible?

—No, es cierto. Al ver a mi hermano tan ocupado siempre con el hotel pensé que sería mucho más trabajo, pero no conté con que yo no tengo que hacer lo mismo que él.

—Tu hermano necesita ayuda para hacer menos, no que tú le hagas todo el trabajo.

—Lo sé, lo sé. ¿A qué hemos venido, por cierto?

—A elegir las invitaciones de boda.

—¿No tendría que elegir las Grant contigo?

—Iba a hacerlo, pero le han llamado del hospital para rellenar algunos documentos antes de la jubilación.

—Muy bien, ¿Qué tengo que hacer?

—Mira en esos álbumes de ahí y escoge la que más te guste de cada uno. Yo empezaré con estos.

—Son demasiados, mamá —protesto cuando veo los diez álbumes encima de la mesa.

—Por eso necesito ayuda, cielo. ¿Qué tal te va con tu amiga nueva?

Miro a mi madre con los ojos como platos. ¿Y cómo sabe ella que estoy con una chica?

—Tu hermano me lo ha contado —dice leyéndome el pensamiento—. ¿Va a venir a la boda?

—No, no va a venir porque solo somos amigos y creo que se irá en pocos días.

—¿A dónde? ¿No es de por aquí?

—Es de Nueva York.

—Pues si sigue por aquí el día de la boda, me gustaría que la trajeras.

—Mamá, no creo que sea buena idea.

—¿Por qué? ¿No acabas de decir que sois amigos?

—No esa clase de amigos, te lo aseguro. Mira, me gustan estas.

Zanjo la conversación de una vez por todas. Me incomoda hablar con mi madre de estas cosas, y cuando vea a mi hermano voy a cantarle las cuarenta por haberse ido de la lengua. Cuando llego a casa horas después, me siento como una mierda. Ha empezado a dolerme todo el cuerpo, la nariz me pica una barbaridad y tengo los ojos hinchados, y aunque me muero de ganas de pasar la noche con Amber voy a tener que dejarlo para mañana. Me tomo un analgésico y me meto desnudo en la cama. Debo tener algo de fiebre, porque soy incapaz de parar de temblar aunque estoy tapado con el nórdico hasta la barbilla. Escucho a Bradem llegar a casa y el escándalo que está formando hace que empiece a dolerme también la cabeza.

—¡Joder, Bradem, deja de hacer ruido! —le grito.

Mi hermano entra en mi dormitorio y se apoya en el marco de la puerta para mirarme atentamente.

—¿Tú no habías quedado con Amber? —pregunta.

—Lo sé, pero me encuentro fatal.

—Te has resfriado —sentencia.

—No digas gilipollices. Solo me siento un poco mal, se me pasará con algunas horas de sueño.

—Tienes un resfriado de cojones, Bruce. Deberías ir al médico.

—No puedo moverme —reconozco.

Mi hermano entra en la habitación y posa su mano helada sobre mi frente.

—Tienes fiebre. Vamos, vístete. Voy a llevarte al hospital.

—Estoy bien —protesto.

—Ya lo veo —comenta él irónico—. O te levantas de la cama o tendré que levantarte yo, tú decides.

Aunque protesto, le hago caso porque sé que tiene razón. Esto no es un

simple malestar, jamás me he encontrado tan mal en mi vida y si el médico puede hacerme mejorar de forma milagrosa, mucho mejor. Media hora después, el Doctor McPherson confirma las sospechas de Brad: tengo un gripazo impresionante y me va a tocar permanecer en cama un par de días.

—Voy a matarles —susurro apuntando el chorro de la calefacción del coche hacia mí.

—¿A quién?

—Esto es culpa de Ian y Garren. No deberían haberme obligado a ir a Canallish.

—No, Bruce, es culpa tuya por ser tan bocazas. Te provocan y caes como un crío en sus trampas. Deberías haber aprendido a estas alturas.

—Tienes razón, debería haberme negado a dormir en Canallish.

—Sí, deberías haberlo hecho. Fue una auténtica gilipollez.

—Tengo que llamar a Amber para contárselo. No quiero que crea que la he dejado tirada.

—Le he dicho a Mel que la avise, no te preocupes.

—No es eso lo que me preocupa.

—¿Entonces?

—Faltan pocos días para que se marche. Si no mejoro pronto no podré volver a verla.

—Pues te buscas otra turista con ganas de aventuras escocesas.

—Ella no es una turista con ganas de aventuras escocesas —contesto a la defensiva.

—¿Cómo lo sabes? No la conoces de nada.

—Simplemente lo sé, ¿de acuerdo? Ella es diferente al resto.

—Yo creo que te gusta más de lo que dices, Bruce. Ten cuidado.

—No te preocupes por mí, soy bastante mayorcito para cuidarme solo.

—Soy tu hermano mayor, es mi trabajo aconsejarte.

—No, Brad. No es tu trabajo. De verdad, te agradezco que me des consejos, pero no quiero que sea una obligación para ti.

—No es una obligación, lo hago porque quiero —protesta.

—En ese caso, debo cometer mis propios errores igual que tú cometiste los tuyos.

—No quiero que sufras, eso es todo.

—No lo haré, ya te lo he dicho.

Bradem no dice nada más y agradezco su silencio. Cuando llegamos a casa, me pongo el pijama y me meto en la cama con un suspiro. Mi hermano tiene razón, Amber me gusta más de lo que debería pero tengo que pensar que lo nuestro tiene fecha de caducidad y que no falta mucho para que llegue el día de la despedida.

Capítulo 13

A la mañana siguiente, Brad me despierta con una bandeja con analgésicos y el desayuno. Yo me tapo la cabeza con las mantas con un gemido.

—Lárgate, déjame dormir —protesto.

—Vamos, Bruce, no seas crío. Tienes que tomarte las medicinas.

—Más tarde lo haré. Ahora solo quiero dormir.

—Te dejaré hacerlo cuando te comas el desayuno —contesta mirándome con los brazos cruzados.

Aunque protesto, intento incorporarme para desayunar. Mi cara debe reflejar el malestar y el dolor que estoy sintiendo porque mi hermano se acerca al momento para ayudarme.

—Puedo quedarme, si quieres —se ofrece.

—Ve a trabajar, no estoy inválido.

—Te traeré algo de comer, entonces.

—Brad, tengo dos manos para marcar el número del restaurante. En serio, voy a estar bien.

—Muy bien, pero si te sientes peor, llámame.

—Lo haré, tranquilo.

Cuando mi hermano se marcha, le mando un mensaje a Amber para ver cómo está, pero no recibo respuesta. ¿Se habrá enfadado? Tal vez piense que no es verdad que estoy enfermo...

Me quedo dormido de nuevo y me despierto cerca del mediodía. La verdad es que me siento algo mejor, al menos ya no tengo fiebre, así que me tumbo en el sofá a pasar el resto del día viendo la televisión. Llamo al

restaurante de la esquina para que me suban algo para comer y me levanto cuando suena el timbre de la puerta. Pero no es el repartidor del restaurante, sino Amber, que me coge del brazo y me lleva hasta el sofá, y después se quita el abrigo y lo deja sobre una silla.

—¿Qué haces aquí? —pregunto— Deberías estar de turismo, nena.

—¿Y dejarte aquí solo? Ni lo sueñes. Cuando he visto a tu hermano llegar al hotel le he echado un buen rapapolvo.

—He sido yo quien le ha dicho que se marche, Amber.

—Me da igual, él debería haber insistido. O podría haberme llamado para que me quedase contigo, tiene el teléfono de Mel.

—No tienes por qué cuidarme, Amber. Además, ya estoy mucho mejor.

—La gripe no se cura en dos días. Es la mejoría de las medicinas, pero en cuanto se pase el efecto volverás a sentirte mal.

Aún no me encuentro del todo bien, es verdad, pero al verla entrar en mi casa de esa forma tengo que reconocer que me he puesto cachondo. Me levanto del sofá y me acerco a su espalda, rodeo su cintura con los brazos y comienzo a besarla en el cuello suavemente, pero ella se aparta y me coge de la mano para obligarme a volver al sofá.

—Bruce, vuelve al sofá de inmediato —me ordena—. ¿Dónde tienes una manta?

—En mi dormitorio, la segunda puerta a la derecha. En la puerta de arriba del armario.

Me quedo mirándola embobado entrar en el pasillo, y vuelve unos segundos después con el nórdico de mi cama.

—Está muy alto, no llevo y no hay ninguna silla a mano —explica tapándome como a un bebé.

Tiro de ella para hacerla caer sobre mí, pero sonrío y se agarra al respaldo del sofá para alejarse.

—¿Quieres venir aquí de una vez? —protesto— Quiero darte un beso.

—Tienes gripe, no pienso permitirte que me la pegues.

—Seguro que eres inmune —digo intentando agarrarla una vez más.

—¿Quieres parar? —dice riendo— He venido para hacer de enfermera, no para que me seduzcas.

—Entonces quizás deberías ponerte un uniforme de enfermera sexy, de esos que apenas tapan nada. —Me relamo solo de pensarlo—. Te aseguro que así me quedaría muy quieto a la espera de que hicieras conmigo lo que quieras.

—Lo que quiero es que me dejes prepararte algo de comer. Debes descansar, Bruce, no estás en condiciones de echar un polvo.

—He pedido la comida al restaurante de abajo, Amber. Siéntate conmigo un momento, por favor. Llamaré para aumentar el pedido.

Ella accede y se sienta en el hueco donde antes estaban mis piernas. La tapo con el edredón, y cuando cuelgo el teléfono hundo mi boca en su cuello, haciéndola reír.

—¡Para! Tengo cosquillas —ronronea.

—Pero te gusta, ¿mmm?

—Claro que me gusta, pero deberías descansar.

Sus barreras caen poco a poco, y pronto la tengo tumbada debajo de mí con el jersey de lana sobre la alfombra y su sujetador de encaje rosa al descubierto.

—Mmm... —susurro abarcando sus pechos con las manos— Creo que esta comida es mejor que la que traen de abajo...

—Tienes que descansar —protesta de nuevo, esta vez sin demasiada convicción.

—Lo haré... más tarde. Ahora pienso darme un festín con tu cuerpo. Anoche me quedé con las ganas, nena.

—Pues guárdatelas para mañana. Hoy me quedaré a cuidarte, no para que me echés un polvo.

Ignoro sus palabras y paseo mi lengua sobre el encaje del sujetador, haciéndola jadear. La punta rosada escapa por uno de los agujeritos de la tela, y continúo atormentándola hasta que siento sus manos rodear mi cuello.

—¿Aún sigues pensando que necesito descansar? —susurro metiendo la mano dentro de sus bragas.

—Tal vez no tanto como pensaba.

Sus brazos se enredan en mi cuello y tiran de mí para acercarme a su boca. Su lengua incursiona en la mía con ansia y muevo las caderas para que sienta mi erección rozando su sexo, del que solo la separa un pantalón de lycra. El sonido de la llave en la cerradura me saca del velo de pasión que nos envuelve, y en mi intento por levantarme deprisa termino cayendo al suelo con un golpe sordo.

—Venía a ver cómo estabas —dice mi hermano divertido—, pero veo que estás de maravilla.

Amber se tapa rápidamente los pechos con el edredón, roja como un tomate. Brad se está divirtiendo mucho con esto, sigue apoyado en el quicio de la puerta aguantándose las ganas de reír.

—Supongo que puedes ocuparte perfectamente de él —dice entonces—, así que voy a ir a mi cuarto a coger unas cosas y os dejo que sigáis... con lo que estabais.

Veo cómo Brad entra en su cuarto y cierra la puerta, y Amber lanza el edredón sobre el sofá y coge su jersey a toda prisa.

—¿Por qué no me has dicho que tu hermano iba a venir? —pregunta—
Menudo corte.

—No sabía que Brad tenía complejo de niño —protesto poniéndome mi propia camiseta.

—Debería irme.

—¿Qué? ¡No! No quiero que te vayas.

—¿Crees que seré capaz de mirar a tu hermano a la cara después de esto?

—¡Vamos, Amber! Yo también lo he pillado a él en pleno polvo con una mujer. No es para tanto.

—¿Y ella lo sabe?

Me quedo callado porque tiene razón en ese punto, pero tiro de ella de nuevo hacia el sofá cuando intenta coger su chaqueta para marcharse.

—No hemos comido —protesto— y mi hermano se irá muy pronto.

—Volveré más tarde, ¿de acuerdo? Pero ahora tengo que marcharme.

—Por favor, nena, quédate —susurro a un milímetro de sus labios.

Ella apoya las manos en mis hombros para besarme.

—Volveré a las cuatro, te lo prometo.

La veo coger su abrigo y salir de mi casa, y me dejo caer en el sofá de mal humor. Mi hermano ha tenido que ser de lo más oportuno y ahora tengo que esperar para volver a ver a Amber. Cuando Bradem entra en el salón, le miro con cara de pocos amigos.

—¿Dónde está Amber? —pregunta mirando a su alrededor.

—Se ha largado, gilipollas. Gracias por joderme la tarde.

—Se supone que estás enfermo, ¿pensabas follar en tu estado?

—No lo sé, ¿vale? A lo mejor. —Brad me mira con una ceja arqueada—. Seguramente no habríamos pasado de donde estábamos, pero al menos habría estado con ella. Ahora, gracias a ti, voy a tener que comer solo.

—Cualquiera diría que la he alejado de ti para siempre —dice mi hermano sorprendido.

—Yo no he dicho eso.

—Háztelo mirar, tío, creo que la fiebre te ha dejado tocado el cerebro.

Sin más, se mete en la cocina para preparar el almuerzo.

—Pedí comida para dos, no hace falta que cocines —protesto.

—No, gracias. Con el humor que tienes seguro que le echas cianuro a mi plato.

—Ganas no me faltan, créeme. Pero por suerte para ti, la trae un repartidor al que muy amablemente vas a pagar tú por haberme jodido el día.

—¿Quieres parar de una vez? Estás insoportable, macho.

—¿A qué has venido, a todo esto?

—Estaba preocupado por mi hermano enfermo aunque ya me queda claro que no quieres que lo haga.

—Lo siento, Brad —reconozco—. Pero no me ha sentado nada bien que Amber se marche.

—Parece que te gusta de verdad.

—¿Qué? ¡No, claro que no! Es solo que...

El timbre de la puerta me evita seguir hablando. Gracias a Dios, porque realmente no sé por qué me siento así. Solo he quedado unas cuantas veces con ella, y aunque la noche de Canallish nos revelamos muchos secretos, realmente no la conozco demasiado. Además, en unos días se marchará, así que...

Cuando mi hermano se va, solo quedan un par de horas para que Amber vuelva. El tiempo parece no pasar en el puto reloj y no puedo dejar de dar vueltas en el sofá esperando que suene el timbre de la puerta. Amber llega media hora más tarde de lo que ha dicho, pero viene cargada de bolsas del supermercado.

—Hola, preciosa —susurro besándola.

—He ido a comprar algo para hacerte la cena.

—Brad vendrá a las ocho, puede hacerla él.

—Pero quiero hacerlo, Bruce. Déjame mimarte un poco.

Yo levanto los brazos a modo de rendición y vuelvo al sofá. Amber se

acurruca a mi lado y me quita el mando para ver lo que hay en el resto de canales.

—¿Cómo puedes ver esta porquería? —protesta quitando el programa que estaba viendo.

—No hay gran cosa en la tele, así que...

—Se te va a pudrir el cerebro —protesta.

—Como no tenía otro entretenimiento mejor...

—¿Qué quieres hacer? Podemos jugar a algún juego, si quieres.

—La verdad es que sí hay uno al que me interesaría jugar —ronroneo—, pero vas a tener que hacer tú todo el trabajo.

—Bruce, no empieces como esta mañana.

—Me encuentro mejor, Amber. Además, yo me voy a limitar a quedarme tumbado en la cama, te lo prometo.

Ella se muerde el labio con una sonrisa y se sienta a horcajadas sobre mis piernas para pasar los brazos alrededor de mi cuello.

—No piensas darte por vencido, ¿verdad? —susurra.

—Yo no tengo la culpa de que estés tan buena.

—¿A qué hora dices que llega tu hermano?

—A las ocho.

—Tal vez tenga tiempo de hacerte un chequeo...solo para comprobar que has mejorado, por supuesto.

—Por supuesto, doctora...

Amber me coge de la mano y me lleva hasta mi habitación. Me desnuda muy lentamente, tanto que tengo que apretar las manos para no cogerla de la cintura y atraerla hacia mí. Pasea sus manos por mi cuerpo suavemente, primero por mi pecho, luego por mi espalda y baja hasta mi culo, que aprieta entre sus dedos antes de pegar su cuerpo a mí.

—Por ahora parece estar todo en orden... pero tendré que examinarle

más a fondo.

Trago saliva ante su voz ronroneante. Me está poniendo cachondo, necesito tomar el control, pero estoy disfrutando tanto con su escrutinio que no pienso interrumpirla. Amber rodea mi cuerpo hasta quedar de frente a mí, y sin apartar su mirada de la mía, se arrodilla hasta quedar cara a cara con mi polla, que empieza a endurecerse.

—Voy a tomarte la temperatura —susurra.

Sujeta mi polla entre las manos y se la mete en la boca. No tarda ni dos segundos en ponerla dura como una piedra con su mamada, que me hace jadear. Sus labios succionan mi carne con suavidad, sus manos acarician las bolsas de mis huevos lanzando oleadas de placer por mi espalda y sus dientes juegan con mi glande cada vez que se la saca de la boca. Estoy a mil, no puedo ni pensar ante sus caricias, e inconscientemente la agarro de la cabeza para guiarla en un ritmo más rápido, pero ella se aparta inmediatamente y se vuelve a poner de pie.

—Creo que tienes algo de fiebre, deberías tumbarte.

Obedezco sin rechistar. Estoy seguro de que Amber tiene algo muy interesante guardado bajo la manga y coloco los brazos bajo la cabeza para mirarla con una sonrisa.

—¿Qué debo hacer ahora, doctora?

—Debería cerrar los ojos y relajarse, el chequeo puede resultarle... incómodo.

Hago lo que me dice y siento sus manos masajear mis gemelos antes de subir por mis muslos. Están cubiertas de algo pegajoso, pero no logro averiguar qué. Intento abrir un ojo, pero Amber lanza su camiseta sobre mi cabeza y me pierdo en el olor de su piel, dulce y afrutado. Siento sus pechos rozar mi abdomen y encojo el estómago inconscientemente esperando una caricia en mi polla que no llega. Sus pechos suben por el mío y sus labios

rozan mi boca, que se abre buscando la suya. Su lengua incursiona en ella con una leve caricia para retirarse segundos después.

Siento cómo se sube sobre mí, cómo se sienta sobre mi polla y cómo restriega su coño contra ella empezando a humedecerla, dejándola casi entrar en su cuerpo cada vez que mi glande roza su entrada. Estoy a mil, el sudor corre por mi frente ante la intensidad con la que intento controlar mi eyaculación y las manos de Amber se apoyan en mi pecho para hacerme entrar en ella centímetro a centímetro.

—Me estás matando, nena... —digo con voz ronca— Hazlo de una vez.

Casi puedo sentir la sonrisa de Amber cuando se deja caer sobre mi polla, y un gemido escapa de mi boca al sentir tanto placer. Ella empieza a moverse hacia delante y hacia atrás, permitiendo que mi verga casi escape de su cuerpo y sus jadeos inundan mis oídos cada vez que se mueve. Saco las manos de debajo de mi cabeza para apretar con ellas su cintura, pero la dejo marcar el ritmo, la dejo utilizarme a su antojo como tantas veces he hecho yo con ella ya.

Subo las manos por su cintura hasta encontrar sus tetas, que rebotan cada vez que ella se empala en mi polla. Las aprieto, las masajeo, juego con sus pezones, y las paredes vaginales de Amber se convulsionan en un orgasmo. Ella cae sobre mi pecho deshecha, y siento su respiración en mi oído. Permanezco quieto, a la espera, y ella aparta la camiseta de mis ojos para comerme la boca con avaricia. Sus dientes casi chocan con los míos en su prisa por besarme y la rodeo con los brazos para pegarla con fuerza a mi cuerpo.

Se acabó la pasividad. De un solo movimiento intercambio nuestras posiciones y tiro de sus piernas hasta colocarla en el filo de la cama. Levanto sus caderas con mis manos, apoyo sus pies en mis hombros y vuelvo a entrar en ella con fuerza, con desesperación por correrme, porque este juego ha sido

demasiado peligroso para mí. Al volver la cabeza me doy cuenta de que el armario está abierto y el espejo me permite ver nuestro reflejo con absoluta nitidez. Amber sigue mi mirada, y al ver que puede verse a sí misma, se aparta para colocarse a cuatro patas en el borde del colchón.

—Fóllame —susurra relamiéndose.

Hago lo que me pide y observo cómo sus ojos se nublan al verme empujar en su interior. Amber introduce un brazo debajo de su cuerpo y comienza a acariciarse el clítoris ante mi atenta mirada, mirándome con lascivia, lamiéndose los labios y gimiendo de placer. Estoy a punto de correrme, puedo sentir el placer serpenteando por mi espina dorsal. Aprieto el culo para contenerlo y me muerdo el labio en un intento inútil de resistir un poco más. Amber acaricia entonces mis huevos, lanzándome de cabeza al orgasmo, y caigo sobre su espalda sin dejar de jadear.

No puedo moverme, pero ella me aparta y va al cuarto de baño a lavarse. Minutos después, vuelve con una toallita húmeda y me limpia con ella el sudor de todo el cuerpo. Yo me dejo hacer, y cuando ha terminado, se mete en la cama para hacerse un ovillo a mi lado. Poco a poco el sueño nos vence, y terminamos quedándonos completamente dormidos.

Capítulo 14

El despertador me hace saltar de la cama a las ocho. Ya me siento algo mejor, y no quiero perder un día más de trabajo, así que me siento en la cama para ir a darme una ducha, pero el cuerpo de Amber me recuerda que se ha quedado a pasar toda la noche. Sonrío antes de tumbarme de nuevo a su lado y acariciar su nariz con un dedo, haciendo que la arrugue ante las cosquillas.

—Vamos, dormilona, despierta. Tengo que irme.

Amber abre lentamente los ojos y una sonrisa perezosa ilumina sus labios justo antes de echarme los brazos al cuello para besarme. Respondo al beso encantado sin poder evitarlo, y sus manos acarician mi espalda desnuda hasta encontrarse con mi culo. Mi polla empieza a responder, pero me aparto con suavidad antes de que la cosa se ponga demasiado caliente para los dos.

—Tengo que ir a trabajar —susurro.

—Deberías quedarte en casa, aún no estás recuperado del todo.

—Acabo de empezar a trabajar en el hotel, no puedo faltar por un simple resfriado.

—Eres uno de los dueños.

—Y mi hermano me necesita.

Amber suspira, pero se levanta de la cama y va a darse una ducha. Cuando sale del cuarto de baño, la acompaño a la puerta para despedirla.

—Esto, Bruce...

Amber me mira con tristeza, y aunque no quiero oírlas, sé las palabras que va a decir.

—Me voy pasado mañana.

—¿Tan pronto?

—Sí, Mel ya ha terminado su trabajo.

Asiento con una sonrisa forzada e intento aparentar que no me importa, aunque la verdad es que ocurre todo lo contrario.

—Tendremos que aprovechar al máximo estos dos días entonces, ¿no?

—contesto.

Ella se marcha y yo me voy a la ducha. No puedo quitarme el mal sabor de boca de la noticia que me acaba de dar, pero es lo que sabía que iba a pasar. El agua caliente me relaja y me centro en mi vida y en mis problemas. Me visto y me dirijo a la cocina a prepararme algo de desayunar.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunta mi hermano desde la puerta del pasillo.

—Prepararme el desayuno, ¿qué voy a hacer?

—No pensarás ir a trabajar... —protesta al verme con el traje.

—Claro que pienso hacerlo.

—Estás de baja, Bruce. Aún debes guardar reposo un par de días más.

—¿Dos días más aburrido en casa? Ni lo sueñes.

—Pásalos con Amber. Se van en dos días, ¿no?

—Ya lo sé, pero mi vida no gira en torno a ella. ¿Y tú que haces aquí tan tarde? —pregunto cambiando de tema.

—He llamado para retrasarme porque te conozco muy bien.

—En ese caso nos iremos juntos.

—He dicho que no vas a ir y es mi última palabra.

Bradem saca su móvil del bolsillo y marca un número de teléfono.

—Hola, preciosa, ¿está por ahí tu amiga? Sí, pásamela, haz el favor.

Miro a mi hermano con fastidio y le hago señas para que cuelgue, pero su única respuesta es un corte de manga.

—Hola, Amber. Te quería pedir un favor. ¿Puedes vigilar al gilipollas

de mi hermano? Se le ha metido en la cabeza que quiere ir a trabajar. Sí, claro, lo entiendo. ¿Entonces vendrás? Estupendo, gracias.

Bradem cuelga el teléfono y me mira triunfal.

—Listo, en media hora estará aquí para hacerte compañía.

—¡Acaba de irse!

—Pues parece que no le importa volver.

—Eres gilipollas, Brad. No me apetece demasiado pasar el día con ella.

—¿Es que habéis discutido? Porque anoche se os escuchaba muy bien juntos...

—No, no hemos discutido, pero acaba de decirme que se va y no sé cómo sentirme al respecto.

—Sabías que este día llegaría, ¿no?

—¡Pues claro que lo sabía! Pero no esperaba que llegase tan pronto.

—En ese caso tienes dos opciones, o terminar ya tu aventura con ella o aprovecharla hasta el último momento.

—No es tan fácil.

—Claro que lo es. Al fin y al cabo, no estás enamorado de ella, ¿verdad?

—¿Cómo voy a estarlo? Tiene su vida en Nueva York.

—Mel me ha contado que no tiene familia. No la retiene nada allí.

Me quedo pensando en las palabras de mi hermano un segundo. ¿A qué viene que me hable de esto? Sabe de sobra que no quiero una relación con nadie, al menos no tan pronto.

—Vamos, vete a cambiarte —dice sacándome de mi ensimismamiento—, puedo ocuparme de la oficina solo un par de días más.

Media hora después, mi hermano desaparece de casa y yo vuelvo a estar tumbado en el sofá, pero esta vez estoy con el portátil buscando una película decente en Netflix. Me parece raro que Amber no haya llegado aún y decido

mandarle un whatsapp.

“¿Vendrás a verme?”

El timbre de la puerta me arranca una sonrisa. Parece que le he leído el pensamiento, y abro para encontrarme a Amber cargada nuevamente de bolsas del supermercado.

—Había demasiada gente comprando, siento llegar tarde.

—¿No crees que ya compraste bastante comida ayer?

—No puedes ir a comprar y tu hermano está muy ocupado en el hotel.

Noto que está igual que siempre, y respiro aliviado al comprobar que no la he cagado con mi reacción de antes.

—Trae, déjame ayudarte —susurro antes de besarla fugazmente en los labios.

—Espero que te gusten los macarrones con queso —dice sacando cosas de las bolsas—. Mis conocimientos de cocina son limitados.

—No te preocupes, me gusta todo lo que se llame comida.

Me acerco a su espalda y acaricio sus brazos antes de enterrar mi cara en su pelo. Me encanta su olor a flores frescas, e inspiro hondo para después morder suavemente su cuello.

—Quieto, tengo que preparar la comida —protesta.

—Yo ya estoy comiendo.

—Yo no soy comida, Bruce —dice ella con un gemido.

—Yo no estaría tan seguro.

Subo mis manos por sus costillas hasta llegar a sus pechos grandes, turgentes y firmes. Los amaso despacio sin apartar mi boca de su cuello y ella aprieta sus manos sobre las mías para impedirme apartarlas de su piel.

—Bradem me ha dicho que cuide de ti —susurra sin demasiada convicción.

—Y eso es lo que estás haciendo.

Le doy la vuelta y la aprieto contra la encimera para hundir la lengua en su boca. Tenía tantas ganas de hacer algo así... Sus manos se enredan en mi pelo y tiran de él suavemente cada vez que mi polla se restriega por la tela de sus pantalones pegados. La hago subir los brazos para sacarle el jersey por la cabeza y bajo el encaje del sujetador para poder pellizcar sus pezones a placer, hundiendo mi lengua en su boca de nuevo. Ella tira de mi cabeza hasta ponerla a la altura de sus pechos y me mira con los ojos velados por el deseo y la boca abierta para poder respirar mejor.

—¿Qué quieres? —susurro calentando el pezón con mi aliento.

—¡Por favor, Bruce! —gime arqueando la espalda.

Siento un subidón de adrenalina ante su súplica y obedezco sin rechistar, mordiendo el pezón, chupándolo, lamiéndolo lo que parecen horas, e introduzco la mano por la cinturilla de sus mallas elásticas para meter un dedo entre sus labios húmedos, calientes. Ella gime, arquea la espalda para acercarse más a mí, y mi polla corcovea en mi pantalón de deporte deseosa de escapar de su confinamiento.

—Fóllame, Bruce, por favor —gime desesperada.

—Créeme, preciosa, es lo que tengo en mente hacer.

Tiro de ella hasta el sofá y la tumbo despacio para arrancarle las mallas junto con las bragas, y dejo al descubierto su sexo pulcramente depilado, suave, perfecto para mí. Me arrodillo entre sus piernas y doy una larga pasada de mi lengua por sus labios para después bajar hasta su sexo y hacer lo mismo con los vaginales. Ella se agarra al cojín que tiene bajo la cabeza y muerde su labio con fuerza, casi llegando a hacerse sangre. Me recreo comiéndole el coño, chupando su carne, centrándome en su clítoris hinchado, y hundo dos dedos de golpe dentro de ella para empezar a moverlos alcanzando su punto G.

—¡Joder, Bruce! —grita cuando el orgasmo la recorre.

Me coloco a cuatro patas sobre ella para evitar aplastarla y sonrío triunfal ante el aspecto desmadejado en el que se encuentra.

—Tenía pensado llegar a la cama, pero estoy demasiado cachondo para esperar —digo antes de apartar mis pantalones, ponerme un preservativo y hundirme por completo en ella.

Comienzo a moverme despacio, y sus dedos aprietan mis bíceps con fuerza a cada embestida. Sus piernas se enredan en las mías y sus talones se clavan en mis gemelos por la fuerza con la que me aprisiona. El placer aumenta, mis embestidas son cada vez más rápidas y Amber me sale al encuentro a cada una de ellas. No puedo esperar más, el placer es demasiado intenso y estoy a punto de correrme. Entierro la mano entre nosotros para alcanzar su clítoris y lo acaricio rápidamente mientras me muevo desenfrenado dentro y fuera de ella.

—¡Me corro, Bruce! ¡Me corro!

Sus músculos internos me aprietan, me ordeñan cuando el orgasmo la recorre. Estoy a punto de estallar, solo necesito moverme un poco más... con un grito ahogado, alcanzo mi propio orgasmo y caigo rendido sobre ella.

Poco tiempo después, me encuentro poniendo la mesa mientras Amber termina de hacer la comida.

—¿Te espera alguien en Nueva York, Amber? —pregunto de repente.

—¿A qué viene esa pregunta?

—No sé, curiosidad.

—Ya te conté que mi abuela era toda mi familia y que murió hace unos años.

—No me refería a eso.

Me acerco a ella lentamente y pongo mis manos a cada lado de su cuerpo en la encimera, aprisionándola.

—¿Te espera algún hombre en Nueva York?

Puedo ver el brillo de la decepción en sus ojos castaños.

—Si me tienes que hacer esa pregunta es que no me conoces en absoluto.

Me aparta de un empujón y sigue preparando la comida. Me siento avergonzado, sabía de sobra que ella no sería capaz de hacer una cosa así, pero necesitaba escucharlo de sus labios.

—Lo siento —susurro acercándome de nuevo—, no pretendía insinuar eso.

—Pues lo has hecho.

—Quería decir que quizás haya algún chico que te guste, ¿no?

—No, no hay ningún hombre que me guste en Nueva York.

—Vamos... alguien debe haber, ¿no? No me creo que...

No me permite terminar. Suelta la cuchara de madera sobre la encimera con un golpe seco y se acerca al perchero para coger su abrigo.

—¿Dónde coño vas? —pregunto intentando quitárselo de las manos.

—Creo que ya no me apetece pasar el día contigo —reconoce.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque me has agitado la fiesta, por eso.

—¿Por querer saber cosas sobre ti?

—Por hacer preguntas inoportunas. No sé a qué demonios viene este interrogatorio.

—Yo solo quería...

Amber levanta la mano para impedirme seguir hablando, inspira hondo y cierra los ojos con fuerza.

—Mira —dice de pronto—, tal vez para ti esto haya sido una simple aventura con una turista, Bruce, pero para mí no lo ha sido.

—¿Qué quieres decir?

—He estado pensando que lo mejor es que lo dejemos aquí, será mucho más sencillo.

—¿Qué has querido decir con eso, Amber? —repito.

Ella suspira, niega con la cabeza y me da la espalda. Me quedo mirándola alucinado y soy incapaz de reaccionar cuando se pone su chaqueta y abre la puerta de la calle.

—Adiós, Bruce. Ha sido un placer conocerte.

Capítulo 15

Me dejo caer en el sofá como un peso muerto. Estoy confundido. ¿Qué intenta decirme con esto? ¡Vivimos en continentes distintos! Cierro los ojos con fuerza porque de pronto me está dando un horrible dolor de cabeza. Si ella quiere dejarlo aquí, no voy a intentar convencerla. ¿Y qué coño ha querido decir con que para ella no ha sido una aventura? ¡Ha sido sexo, nada más!

Intento olvidarme del tema yendo al museo. No puedo trabajar, pero al menos podré hablar con mis amigos en la sala de descanso. Cuando llego, me siento a leer el periódico esperando que alguno de los dos aparezca. Ian me mira sorprendido de verme allí, y coge una silla para sentarse a mi lado.

—¿Se puede saber qué coño haces aquí? —pregunta— Creo que aún sigues de vacaciones.

—No podía seguir encerrado en casa. Esas cuatro paredes parecían caerse sobre mi cabeza.

—A ver si adivino... has discutido con tu hermano, ¿no?

—Esto no tiene nada que ver con Bradem.

—¿Entonces qué te pasa?

—Amber ha decidido terminar lo que teníamos.

—¿Y cuál es el problema?

—Que no puedo hacer nada al respecto.

—Sabías que este día llegaría, Bruce.

—Ya lo sé, pero...

—Te gusta y no quieres que se termine.

—Pero no puedo hacer nada al respecto.

Mi jefe entra en la sala en ese momento y me mira con cara de pocos amigos.

—¿Tú qué demonios haces aquí? —pregunta.

—Trabajo aquí —contesto riendo.

—Estás de vacaciones. ¿Qué pretendes? ¿Qué me pongan una multa? ¡Vamos, lárgate a casa!

—Solo he venido de visita, tranquilo.

—¡A entretener a estos dos, querrás decir!

—Vamos, Stu, no seas así —dice Ian pasando por su lado—. El pobre se aburre en casa y nos echa de menos.

—Muy bien, pero como alguno de los dos llegue tarde a su puesto, le echaré de aquí de una patada en el culo.

Media hora después, Garren aparece por la puerta y se deja caer en el sofá.

—Deberías estar en la cama —protesta.

—No empieces tú también, Garren. Ya he tenido bastante con Bradem esta mañana.

—Siento no haber ido a verte, tío, pero aún estoy recuperándome de mi gripe.

—No estoy muriéndome, tranquilo. ¿Qué tal te va?

—Llevo demasiado tiempo sin estar con una mujer. Me he percatado de ello cuando he visto atractiva a una mujer de cincuenta años.

—Oye, que hay mujeres de esa edad que no están nada mal.

—Créeme, no es el caso. ¿Cómo te va con tu ligue, por cierto?

—La verdad es que no sé cómo me va, tío.

—¿Qué ocurre? ¿Vuelve ya a su país?

—Se va en dos días, pero ha decidido que lo dejemos ya.

—Si no la tuvieras esclavizada en tu cama...

—Eres gilipollas, ¿sabes?

—Ya en serio, ¿te ha dicho por qué quiere terminarlo antes? Lo normal hubiese sido que esperase hasta el último día.

—Me ha dicho algo a lo que no puedo dejar de darle vueltas.

—¿El qué?

—Que para ella lo nuestro no ha sido solo una aventura.

—¿Y qué tiene de extraño?

—Ella es de Nueva York, sabía desde el primer momento que lo nuestro tenía fecha de caducidad.

—Quizás ha terminado sintiendo algo más.

—Aun así, sería imposible una relación entre nosotros.

—Me comentaste que no tiene familia, ¿no es cierto?

—Sí, pero tiene amigos, supongo.

—Tal vez no le importe quedarse en Escocia.

—¿Por una simple aventura? No digas gilipolleces.

—¿Esa chica te gusta lo suficiente como para pedirle que se quede, Bruce?

—Solo hace un par de semanas que la conozco.

—¿Y eso qué importa? Cuando conoces a la persona indicada, lo sabes al instante.

—Y lo sabes porque tú eres experto en ello, ¿verdad? —protesto.

—Lo soy... porque lo supe en cuanto la vi.

Miro a Garren con los ojos como platos. ¿Él se ha enamorado? ¿El eterno soltero?

—Ella estudiaba conmigo en la universidad —aclara—. Se convirtió en mi mejor amiga, mi confidente, mi mayor apoyo. Todo lo hacíamos juntos, pero jamás tuve el valor de decirle nada.

—Y la perdiste.

—Sí. El último año de universidad me confesó que iba a casarse con otro de nuestros amigos, así que ya era demasiado tarde para enmendar mi error.

—¿Y qué fue de ella?

—Sigue casada con él y de vez en cuando voy a cenar a su casa. Es duro verles juntos, pero no es culpa suya que yo fuese un cobarde.

—Yo no estoy enamorado de Amber, Garren.

—En ese caso, no tiene por qué afectarte que se vaya, ¿verdad?

Vuelvo a casa sin poder quitarme de la cabeza lo que me ha contado mi amigo. Yo le conocí cuando entré a trabajar en el museo hace seis años y siempre ha sido como ahora, loco, sin ataduras. Jamás me habría imaginado que su forma de ser se debía a un desengaño amoroso. Debí ser muy duro ver a la mujer que amaba casarse con su amigo, y apuesto a que sigue enamorado de ella, porque de otra forma ya lo habría superado. Paso el resto de la tarde en Netflix, pero no puedo sacarme de la cabeza a Amber. Si hubiese sabido que esta era la última vez que iba a verla habría hecho las cosas de otra forma. ¿Por qué cojones he tenido que ser tan bocazas? Apuesto a que le ha molestado que le pregunte por otros hombres. Debería haberme metido la lengua en el culo y haberme preocupado por volver a llevarla a la cama, que es donde tendría que estar ahora, no en su fría habitación de hotel.

Cuando Brad llega a casa, lanza su maletín sobre la mesa y mira a todos lados, extrañado.

—¿Dónde está Amber? —pregunta.

—Se ha largado. Ha decidido poner fin a nuestra relación hoy mismo.

—¿Relación, Bruce? —pregunta divertido— Tenía entendido que lo vuestro era una aventura.

—Lo que sea.

Brad me mira de reojo, pero no dice nada. Se va a darse una ducha y vuelve media hora después con el teléfono en la mano.

—¿Qué quieres cenar? —pregunta.

—En la encimera hay macarrones con queso que ha hecho Amber.

—¿Es que no has comido?

—No tenía hambre.

—En ese caso, voy a calentarlos.

—No me apetece cenar, cómetelos tú.

Brad suspira, cierra la tapa de mi portátil y se sienta en la mesa de café para mirarme de frente.

—¿Qué te pasa? —pregunta.

—Nada.

—Vamos, Bruce... te conozco y a ti te pasa algo gordo.

—Estoy dándole vueltas a algo que me ha dicho Garren esta tarde, eso es todo.

—¿Ha estado aquí?

—No, he ido yo al museo a charlar con ellos un rato. No podía seguir encerrado por más tiempo.

—Bruce...

—¿Sabías que Garren está enamorado?

—¿Garren? ¿De quién, si le gusta una falda más que a un niño una piruleta?

—De su mejor amiga de la universidad.

—No sabía nada.

—Yo tampoco lo he sabido hasta esta tarde.

—¿Y por qué no está con ella?

—No se atrevió a decirle nada y ella terminó casándose con uno de sus amigos. Ahora tiene que soportar verles juntos y sentirse como un gilipollas

porque no tuvo cojones de decírselo.

—Pues lo siento por él, pero eso no es lo que te he preguntado.

—Que estoy bien, Brad, no seas pesado.

—Creo que sé lo que te ocurre —dice mi hermano de pronto.

—¿Y qué es, según tú?

—No quieres que Amber se vaya.

—No digas gilipolleces.

—No son gilipolleces. Te has colado por ella y no soportas que se largue.

—Lo que no soporto es que haya terminado conmigo de buenas a primeras —digo levantándome—, y no voy a consentirlo.

—¿Dónde vas?

—A hablar con ella. Dame la llave de la suite.

—No vayas a hacer ninguna tontería, Bruce.

—Solo voy a acostarme con ella una vez más.

En cuanto llego al hotel, subo hasta su habitación y golpeo la puerta un par de veces. Cuando Mel me abre la puerta, dejo caer en su mano la llave de la suite.

—Ve a dormir arriba —ordeno—. Tengo que hablar con ella.

—Bruce...

—Vete, Mel —dice Amber desde dentro—. Déjale pasar.

Mel asiente y me mira a los ojos un segundo antes de apartarse para coger un par de cosas. Cuando por fin se marcha, me acerco a Amber, que no me ha mirado en ningún momento.

—¿A qué has venido? —pregunta sin apartar la vista de la ventana.

—Aún no se ha terminado nuestro trato.

—¿Qué trato? Yo no he hecho ningún trato contigo.

—Sí que lo hiciste, Amber. Acordamos que follaríamos hasta que te

marcharas. Aún nos queda un jodido día.

—No quiero seguir con esto, Bruce.

—¿Por qué?

—Porque necesito estar sola.

—Entonces...

Me acerco a su espalda y acaricio su brazo con el dorso de la mano. Ella suspira y cierra los ojos, pero intenta que no descubra su reacción.

—¿Por qué te estremeces cuando te toco, Amber?

Abro la mano sobre su estómago y la atraigo de golpe contra mi cuerpo. Sus labios se abren buscando oxígeno y su cabeza cae hacia atrás sobre mi hombro.

—¿Por qué reaccionas así cuando estoy cerca?

—Que te desee no significa que...

—¿Me deseas? —pregunto sin dejarla terminar.

Amber se muerde el labio y evita mi mirada, sus manos se cierran y su cuerpo se tensa por completo.

—Me deseas, Amber —susurro junto a su oído—. Tu cuerpo es un libro abierto para mí, nena.

—No quiero seguir con esto.

—¿Con qué?

—Con lo nuestro.

—¿Y qué es lo nuestro? Porque yo creía que solo era sexo. ¿Acaso no lo es?

—Tú has hecho que no lo sea.

—¿Por ser educado? ¿Por llevarte a cenar de vez en cuando? Ambos teníamos que comer, no es tan grave.

—Pero si era solo sexo no deberíamos haberlo hecho. Mel y tu hermano no lo hacen, desde luego.

—¿Es eso? Mi hermano se limita a follarse a tu amiga, ¿y a ti te parece mal que yo no sea tan cabrón como él?

—El sexo es sexo, no implica nada más.

—Me gusta conocer a las mujeres con las que follo, Amber. No creo que eso sea un delito.

—Con eso puedes conseguir que se ilusionen contigo, Bruce, ¿no lo ves?

—¿Eso es lo que te ha pasado a ti?

Amber aparta la mirada, pero la sujeto de la barbilla y la obligo a mirarme.

—Contesta.

—No, no me ha pasado —dice por fin—. Pero podría llegar a pasarme.

—Solo nos queda un día, Amber. No creo que corras ese peligro.

—Tal vez, pero...

La atraigo a mi cuerpo de nuevo y le sostengo la mandíbula para obligarla a besarme. Ella responde al momento y sus brazos se enredan en mi cuello como siempre. Ahora que sus defensas han caído, pienso hacerle el amor por última vez... porque nunca he follado con ella aunque me cueste reconocerlo.

Capítulo 16

Mi vida ha vuelto a la normalidad después de la marcha de Amber. O casi. Pronto se terminarán mis vacaciones y volveré a trabajar en el museo después de salir del hotel. La verdad es que me está empezando a gustar eso de trabajar con mi hermano codo con codo, puedo pasar más tiempo con él y reconozco que echaba de menos la relación que teníamos antes de que se ocupase de los hoteles.

Ahora mismo estoy sentado en mi mesa sin hacer nada en especial. Ayer llegó la nueva secretaria y mi hermano me ha relegado a ocupar un despacho, rellenar algunos documentos y plasmar mi firma en el papel. Hoy es un día tranquilo, y el aburrimiento consigue que haga gilipolleces como buscar a Amber en Facebook. ¿A quién quiero engañar? Llevo haciéndolo desde el mismo día que se fue hace ya una semana, pero aún no he conseguido encontrarla. Tal vez tenga un nombre distinto al suyo o simplemente no le gusten las redes sociales, pero el caso es que día tras día me veo haciendo lo mismo, y la verdad es que ya estoy más que harto.

Apago el portátil y me pongo a mirar por la ventana. ¿Qué estará haciendo en este momento? No tenía trabajo, ¿habrá encontrado uno nuevo? El beso que le robé antes de que subiera al avión aún sigue grabado en mi memoria. No quiso que la acompañara, pero la ignoré. La llevé yo mismo hasta la puerta de embarque y me tragué el nudo que se hizo en mi garganta cuando nos despedimos para siempre. Ella ni siquiera me miró, echó a andar para la puerta sin más y yo hice una absoluta gilipollez: colarme en el pasillo de embarque para besarla por última vez.

Desde entonces no he sabido nada de ella. La he llamado un millón de veces, le he mandado miles de mensajes, pero ella jamás me ha contestado. Es como si se la hubiera tragado la tierra. Si no fuese una auténtica locura creería que ha vuelto a Canallish para volver a su propia época... Suspiro y le mando un whatsapp por enésima vez.

“¿Cómo te va todo?”

Como siempre, lee el mensaje pero no me contesta. ¿Por qué se comporta así? Quedamos en ser amigos cuando nos separásemos, pero ella no ha cumplido nuestro acuerdo. ¿Tan mal me he portado como para merecerme esto? Ahora me siento como un gilipollas por haber sido con ella como no he sido con el resto de turistas que he llevado a mi cama. Si hubiese hecho como Brad y me hubiese limitado a follar con ella cuando me convenía, esto no estaría pasando. Mi hermano entra en ese momento en el despacho y me mira con una ceja arqueada.

—Sigue lloviendo —comenta como si nada.

—Ya lo veo.

—¿Estás bien?

—No.

—¿Es Amber?

—Sigue sin contestarme.

—Tal vez haya cogido la gripe.

—Sí, ya.

—Estuvo curándote durante días, cabe esa posibilidad.

—¿Y por qué no me contesta a los whatsapp? Ni siquiera uno, Brad, y ya hace una semana que se fue.

—No lo sé, Bruce. Tal vez deberías empezar a pensar en olvidarla.

—Ni que fuera tan fácil...

—Deberías haberte dado cuenta antes de que esto iba a pasar.

—Todos cometemos errores.

—Pero no tan garrafales como ese.

—Estoy harto de estar aquí, me voy a casa.

—¿Ahora? —pregunta extrañado.

—¿Tengo algo importante que hacer?

—No, la verdad es que no.

—En ese caso me tomo el resto de la mañana libre.

—Me preocupas, Bruce. No estás bien.

—No, no lo estoy. Estoy cabreado, furioso conmigo mismo. ¡Joder, si hasta me he puesto a buscarla en Facebook como un gilipollas!

—Has terminado enamorado de ella.

—¡No digas gilipollecés!

—¿En serio lo son? Yo no he buscado el Facebook de Mel, ni la he acosado por teléfono, ni siquiera he vuelto a hablar con ella desde entonces.

—Tú solo te acostabas con ella.

—Yo tenía una jodida aventura con ella. Tú eres el que ni siquiera sabe lo que tenía con Amber.

—¿Y qué quieres que haga ahora?

—El problema es que ya no puedes hacer nada.

Furioso, vuelvo a marcar su número una y otra vez. O me coge el teléfono, o se lo echo abajo.

—¿Qué quieres, Bruce? —oigo al otro lado de la línea a la quinta llamada.

—¿Que qué quiero? ¿Por qué cojones no me contestas, Amber?

—Estoy muy ocupada.

—¿Ah, sí? ¿Con qué? ¿Acaso tienes ya un nuevo trabajo?

—No, pero...

—Quedamos en seguir siendo amigos cuando todo esto terminara, ¿o ya

lo has olvidado?

—Mira, Bruce... Sé que lo que pasó entre nosotros fue especial y todo eso, pero se ha terminado. He vuelto a mi vida, he pasado página y creo que tú deberías hacer lo mismo.

—¿Qué intentas decirme, Amber?

—Que será mejor que no volvamos a hablar. Lo nuestro fue una bonita aventura de vacaciones, pero nada más. Adiós, Bruce. Ha sido un placer conocerte.

Dicho esto, me cuelga el teléfono sin más. ¡Maldita sea! He sido un gilipollas por creer que ella era distinta, ha resultado ser como todas las demás. Lanzo el teléfono contra la pared en un intento de calmarme, pero lo único que consigo es tener que ir a la tienda a comprarme uno nuevo porque ha quedado destrozado por completo.

—No quiere saber nada de ti, ¿verdad? —dice Brad.

—He sido un imbécil. Creí que ella era diferente pero me he equivocado por completo.

—¿Y qué esperabas? Vive al otro lado del mundo, Bruce. No iba a dejarlo todo por ti.

—Solo pretendía que fuésemos amigos, no que se viniese a vivir conmigo sin más. Pero ahora ya no importa, ¿verdad? Todo se ha terminado.

Mi hermano inspira hondo y me mira con una expresión que no soy capaz de descifrar.

—Vete a casa —dice finalmente—. Necesitas descansar un poco, mañana es la boda de mamá y debes aparecer con mejor pinta de la que tienes ahora mismo.

—Estoy perfectamente.

—¿En serio? Tienes los ojos rojos de no dormir, unas ojeras que te llegan a los huecos y un humor de perros. No creo que mamá quiera que la

acompañes del brazo así.

Me miro en el espejo para comprobar que mi hermano tiene razón. ¡Si hasta tengo la corbata torcida! Asiento y recojo mi chaqueta de la silla antes de pasar por su lado. Brad me detiene y me aprieta el hombro para darme ánimos.

—Se pasará, te lo prometo —susurra.

—Ojalá se pase pronto.

No tengo esperanzas de olvidar a Amber en un futuro cercano. Ahora mismo ocupa mi pensamiento las jodidas veinticuatro horas del día. Me he estado engañando a mí mismo y he intentado negar lo que todo el mundo ya sabía. Aunque parezca una locura he terminado perdida e irremediablemente enamorado de ella, y es demasiado tarde para echar marcha atrás. Ahora soy como Garren, un gilipollas enamorado de una mujer imposible. Cuando llego a casa, abro el armario donde guardamos las botellas y saco una cualquiera, no sé si es ron o tequila, y me dejo caer en el sofá. Necesito una copa, necesito ahogar el recuerdo de Amber en alcohol para que la angustia que llevo sintiendo desde su marcha sea menos dolorosa.

No sé cuántas copas me habré bebido. Tal vez dos o tres, porque aún no estoy borracho, pero me he quedado dormido en el sofá y me ha despertado el timbre de la puerta. Ignoro a la persona que está detrás de la madera, pero insiste una y otra vez hasta que termino levantándome a abrir.

—¿Mamá? ¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Tu hermano está preocupado por ti y ya veo que no era para menos — protesta recogiendo la botella de la mesita de café.

—No estoy borracho, solo me he tomado un par de copas.

—¿Y se puede saber por qué? Apenas son las once de la mañana.

—Tendrías que estar tomando tu tratamiento de estética para estar preciosa mañana.

Intento persuadirla para que se marche y me deje tranquilo, pero ella se limita a cruzarse de brazos y mirarme con una ceja arqueada. ¡Cómo odio esa expresión! Cuando éramos pequeños nos hacía sentirnos tan culpables que terminábamos confesando nuestras fechorías. Y parece que ahora no va a ser menos.

—No puedo sacarme de la cabeza a una chica —confieso por fin.

—¿La chica esa con la que estabas?

—Sí.

—¿Y por qué no hablas con ella?

—Lo he hecho, pero dice que no quiere saber nada más de mí.

—¿Y crees que es cierto?

—¿Por qué no iba a serlo? Era una turista más con ganas de follarse a un highlander.

—No piensas eso realmente. Si no, no estarías así.

—Pensaba que era diferente, mamá. Pensaba que le importaba lo suficiente como para querer mantener el contacto al menos, pero me ha dicho que no quiere volver a hablar contigo.

—Por teléfono se pueden decir muchas cosas, Bruce, pero Si vas a buscarla Tal vez tenga algo muy diferente que decir.

—¿Y cómo voy a encontrarla? No sé su dirección.

—¿Sabes la ciudad en la que vive?

—Sí, Nueva York. La Gran Manzana. Sería como buscar una aguja en un pajar.

—Algo se te ocurrirá, cielo. Apuesto a que tienes un método a tu alcance para encontrarla, solo necesitas encontrarlo.

—¿Para qué? Ella no va a dejarlo todo para venirse conmigo.

—¿Y cómo lo sabes? Yo lo dejé todo para venirme a vivir aquí con tu padre.

—Tú eres distinta.

—Nunca lo sabrás si no lo intentas, Bruce. El no ya lo tienes, ¿verdad? Vamos, ve a darte una ducha que voy a prepararte algo de comer.

Mi madre se marcha media hora después y me limito a recoger la casa y a ir a hacer la colada. Encuentro a Julie sentada en un banco leyendo una revista, y cuando meto la ropa en la máquina me siento a su lado.

—Cuánto tiempo sin verte —digo para intentar entablar una conversación.

—He estado viniendo bastante tarde últimamente.

—¿No te da miedo ir sola?

—No voy sola. Mi chico me acompaña.

Así que se ha buscado a otro hombre por el que suspirar... Casi siento un poco de envidia, antes me molestaba que estuviese colgada por mí y ahora, sin embargo... sonrío ante las gilipolleces que se me pasan por la cabeza últimamente e intento tener una conversación agradable con ella. Es curioso, ahora que sé que no está enamorada de mí no me cuesta hacerlo y he terminado descubriendo que es una chica divertida. Cuando termina mi ropa, le doy la enhorabuena por su noviazgo y me marcho a casa. Apenas puedo pegar ojo esa noche, y cuando el despertador suena por la mañana, no tengo fuerzas ni para sentarme en la cama.

Bradem entra en mi cuarto, me tiende un café bien cargado y saca de mi armario la ropa de la boda.

—No soy un niño pequeño, Brad —protesto dando un sorbo a mi café—. Sé vestirme solo.

—Te he oído dar vueltas toda la noche, Bruce. No has dormido nada.

—Por lo visto, tú tampoco.

—Cierto, pero yo no estoy hecho una mierda como tú.

Me visto despacio y bajamos en cuanto el conductor de la limusina nos

avisa de que ya está en nuestra puerta. Vamos a recoger a mamá, que está preciosa con su traje de chaqueta color marfil y sus tacones de raso. No puedo evitar sentir un nudo en la garganta al verla tan preciosa, tan feliz y tan ilusionada con su nueva vida, y por un segundo deseo poder tener lo mismo con Amber.

La ceremonia es privada, solo estamos nosotros tres y ellos dos. Nada de familia ni amigos hasta la celebración. Mi madre ha querido que este momento sea solo nuestro. Sonrío al ver caer una lágrima por la mejilla de mi hermano, que la aparta rápidamente intentando mantener la compostura. Cuando el cura les declara marido y mujer, vamos a un pequeño restaurante que hemos encontrado a media hora del pueblo, con un precioso jardín cubierto en el que tendrá lugar la celebración. Tras el baile inicial de los recién casados, Bradem baila con mi madre y me siento junto a Grant, que está dando buena cuenta de una porción de tarta.

—Se les ve felices, ¿verdad? —pregunta mi ahora hermano.

—Mucho. No había visto a mi madre tan feliz desde que mi padre murió.

—Se quieren. Son felices juntos y la verdad es que me parece genial que ahora seamos todos una familia.

—Yo no sé si alegrarme... sigo siendo el hermano pequeño —bromeo.

—No te preocupes, no seremos demasiado malos contigo... te lo prometo.

Me levanto para acercarme a mi hermano y a mi madre, porque necesito bailar con ella, necesito saber que va a estar bien aunque sea evidente.

—Es mi turno de bailar con la novia —bromeo.

En cuanto mi hermano se aparta, cojo a mi madre entre mis brazos y comienzo a bailar con ella.

—¿Eres feliz, mamá? —pregunto.

—Mucho. Quise muchísimo a vuestro padre, Bruce, él siempre será el

hombre de mi vida. Pero ahora que no está he encontrado en Grant un gran apoyo y he llegado a quererle también.

—Sabes que yo estoy de acuerdo con la boda, mamá. Lo único que me importa es que seas feliz.

—Sin embargo tú no lo eres, ¿verdad?

—No —reconozco—, no lo soy.

—Te has enamorado de ella.

—Sí, y no sé qué puedo hacer para recuperarla.

—¿Aún no sabes cómo encontrarla? —pregunta.

—Estoy en ello.

Mi madre me susurra al oído las palabras que necesitaba escuchar.

—Eres dueño del hotel en el que se alojó... ¿eso no te dice nada?

Mi mirada debe haberse iluminado, porque mi madre me acaricia la mejilla con ternura y me besa.

—Si la quieres... lucha por ella.

—¿Y si no quiere verme?

—Al menos lo habrás intentado.

Capítulo 17

Desaparezco de la boda de mi madre ante la atenta mirada de mi hermano. Sé que cuando vuelva me va a caer una buena bronca, pero tengo que hacer lo que ella me ha dicho. Llego al hotel en menos que canta un gallo y me meto en la recepción con Alistair para sentarme frente al ordenador.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor Ramsay? —pregunta Alistair mirándome con asombro.

—Ayúdame a encontrar el registro de una persona en el ordenador, por favor.

—¿Sigue hospedada en el hotel?

—No, se fue hace semanas.

—Entonces me temo que no puedo ayudarle, señor. Solo podrá acceder a esa información desde el ordenador de su hermano.

—¡Maldita sea!

Subo al despacho de Bradem por las escaleras sin pararme a pensar que son diez pisos y que sería más fácil hacerlo por el ascensor. Enciendo el ordenador y espero a que cargue, pero golpeo la mesa con fuerza cuando me doy cuenta de que necesito la contraseña para entrar.

—¡Joder!

—¿Se puede saber por qué cojones te has ido de la boda de mamá? —aúlla Bradem desde la puerta.

—Ella me ha dado permiso. ¿Puedes desbloquearme el ordenador? Necesito mirar una cosa.

—¿Y no has podido esperar a que la boda termine?

—¡Es importante, joder!

Mi hermano se queda mirándome con la boca abierta, y suspiro para intentar calmarme.

—Necesito encontrar a Amber, Brad. Y necesito hacerlo ya.

—Al fin reconoces que estás enamorado de ella, ¿eh? —sonríe cruzándose de brazos y apoyándose en el quicio de la puerta.

—¿Quieres dejarme entrar en el puto ordenador de una vez?

—No hasta que lo reconozcas.

—¡Maldita sea, Brad!

—O lo dices, o te quedas sin encontrarla.

—¡La quiero! ¿Contento?

—No demasiado...

—¡Me cago en la puta, Brad!

—¡Está bien, está bien! —protesta acercándose a la mesa— Aparta.

Le dejo espacio y Brad mete la contraseña y entra en un programa que ni loco habría descifrado por mí mismo. Después de buscar un poco, encuentra por fin el nombre de Amber y su dirección.

—Aquí está. ¡Vamos, corre! ¿A qué esperas?

—Tengo que hacer una reserva en algún hotel...

—¡Lárgate de una vez! Yo me ocupo de eso y te mando un mensaje al móvil.

Me vuelvo hacia la puerta, pero la voz de mi hermano me detiene de nuevo.

—No vuelvas sin ella, capullo, o te juro que te cortaré los huevos.

Dieciocho largas horas después, por fin aterrizo en el aeropuerto JFK de Nueva York. Hacer un viaje tan largo para recibir una negativa me va a cabrear mucho, pero mi madre tiene razón, debo intentar hablar con ella para saber si lo nuestro tiene futuro. Por lo que pude averiguar en los informes de

registro del hotel, Amber vive en Queens, a unas manzanas del aeropuerto. Me dirijo primero a registrarme en el hotel, porque antes de verla tengo que darme una ducha y dormir un poco. La habitación es amplia, acogedora, y para qué engañarnos, como ha sido Brad quien se ha encargado de reservar, es ideal para seducir a Amber... si llegase a necesitar hacerlo. No quiero usar trucos sucios con ella, pero lo haré si descubro algún atisbo de sentimientos hacia mí a pesar de una negativa por su parte.

En cuanto salgo de la ducha, me dejo caer sobre la cama y pido algo para cenar al servicio de habitaciones. Ojeo la programación de la televisión mientras ceno y en cuanto termino de comer me voy a dormir. A la mañana siguiente me despierto bastante más descansado. Saber que voy a verla, que voy a poder hablar con ella cara a cara, me ha hecho poder descansar bastante bien. Parece que ver el final de mis problemas tan cerca ha conseguido relajar mi mente... y mi alma. Jamás había cuidado tanto mi aspecto como hoy. Si pudiera, iría a verla con el uniforme del museo porque sé que la vuelve loca mi kilt, pero dar un espectáculo en pleno Nueva York no es la idea que tengo en mente ahora mismo.

Cojo un taxi para que me deje en su puerta, porque no quiero terminar perdiéndome en las calles de esta inmensa ciudad. Su calle está formada por una decena de casitas pequeñas del mismo estilo, y me aseguro de estar en la correcta mirando el buzón. Inspiro hondo antes de atreverme a llamar al timbre. Cuando Amber abre la puerta, se queda en shock. Me mira con la boca abierta y en su cara se reflejan sus sentimientos: angustia, amor, y sobre todo esperanza.

Me limito a acercarme a ella, atraparla entre mis brazos y besarla como llevo queriendo hacer desde que pensé venir a buscarla, y ella me echa los brazos al cuello permitiéndome sentir en mis labios el sabor salado de sus lágrimas. Me encantaría olvidarme de todo y llevármela directamente a la

cama pero tenemos mucho de qué hablar, así que la aparto con suavidad y entro en su casa sin esperar una invitación.

—¿Qué haces aquí? —pregunta intentando recomponerse—. Deberías estar trabajando en el hotel.

—Tenemos que hablar, Amber, y lo sabes de sobra.

—Te dije que no quería hablar contigo, Bruce.

—Tal vez, pero yo sí quiero hacerlo.

—¿Quieres tomar algo? Café... o una cerveza.

—No quiero nada, gracias.

Amber se sienta a mi lado en el sofá y me mira esperando que continúe hablando.

—¿Por qué me has hecho creer que eres una turista más, Amber? —pregunto a bocajarro.

—Era una turista más, Bruce, ¿no lo ves?

—¡No me vengas con esas! Sé perfectamente que no fue solo una aventura, tú misma me lo dijiste.

—Tal vez fuera un sueño... pero llegó la hora de despertar y volver a casa.

—¿Y por eso tienes que sacarme de tu vida para siempre? ¿No podíamos ser amigos solo porque fue bonito mientras duró?

—¿Para eso has venido? ¿Para pedirme que te coja el teléfono de vez en cuando? Lo haré, Bruce, puedes volver tranquilo a tu vida.

—No, Amber, eso ya carece de importancia. El caso es que me he dado cuenta de que necesito mucho más que hablar contigo de vez en cuando.

—¿Qué quieres decir?

—Que he terminado enamorándome de ti.

—No puedes estar hablando en serio...

Ella se levanta del sofá y se aleja hacia la ventana. Le dejo su espacio,

sé que necesita digerir lo que acabo de decirle y tengo todo el tiempo del mundo.

—Es una locura, Bruce —dice al cabo de un rato—. Vivimos en continentes distintos, no funcionaría una relación a distancia.

—¿Y quién coño está hablando de una relación a distancia? Quiero que vuelvas conmigo a Escocia.

—No puedes pedirme eso, no puedo dejarlo todo sin más para irme a vivir contigo.

—No te retiene nada aquí, nena. No tienes trabajo ni familia.

—Pero sí tengo amigos.

—Eso se podría arreglar y lo sabes.

—¡No puedes arreglarlo todo con dinero!

—¿Y por qué demonios no? ¿Crees que el dinero es para conservarlo guardado en una caja fuerte? ¡El maldito dinero es para gastarlo en las personas que te importan, maldita sea!

Inspiro hondo para poder calmarme. Me acerco a ella y levanto su barbilla para que me mire a los ojos.

—Sé que sientes algo por mí, Amber —susurro.

—Yo no siento nada por ti.

—¿Acaso saludas a todos tus amigos de la misma forma que a mí?

—Ha sido un error que no volverá a pasar.

—No ha sido ningún error, cariño. Ha sido el instinto.

—Bruce...

—Niégamelo —la interrumpo—. Mírame a los ojos y dime que no me quieres y saldré por esa puerta para no volver a molestarte jamás.

—Acabo de decírtelo.

—Pero no me estabas mirando a la cara.

Amber me mira a los ojos y dos lágrimas ruedan por sus mejillas antes

de negar con la cabeza y alejarse de mí. La sigo por el pasillo hasta el baño, en donde la encuentro apoyada en el lavabo intentando controlarse. Me acerco a su espalda y acaricio sus hombros sin apartar mi mirada de su reflejo en el espejo.

—Me quieres —afirmo—, me quieres tanto como yo a ti, ¿no es cierto?

—No es tan sencillo.

—Todo es muy sencillo, ¿no lo ves? Solo tienes que hacer las maletas y volver conmigo a Stornoway, nena. Vamos, dime que sí.

—¿Y si sale mal, Bruce? ¿Qué haré entonces? Lo habré perdido todo y no tendré a donde ir.

—¿Por qué coño iba a salir mal?

—Ni siquiera nos conocemos, Bruce. Hemos salido un par de semanas, ¿y qué? Las personas no se conocen en dos días.

—Nada va a salir mal, Amber.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque nunca me he sentido así con ninguna mujer, nena. Porque me falta el aire cuando no te tengo cerca.

—Pero tú no quieres compromisos.

—Eso fue antes de conocerte. Esto no es un capricho pasajero y eso no va a cambiar nunca.

—Júramelo.

Sonríó ante la batalla ganada. Le doy la vuelta y cojo su cara entre mis manos para mirarla fijamente a los ojos.

—Quiero casarme contigo, Amber. Quiero formar una familia contigo y envejecer a tu lado. Si eso no es amor, no sé qué demonios es...

Ella sonrío entre lágrimas, pero sigue sin dar su brazo a torcer.

—Vamos, nena, dime que sí, porque jamás en mi vida me he puesto tan empalagoso como ahora.

Ella asiente echándome los brazos al cuello. La abrazo con fuerza enterrando la nariz en su pelo, respirando por fin aliviado. No sabía que estaba conteniendo la respiración hasta que he inspirado con fuerza. Si llega a decirme que no... no sé qué habría hecho. La beso con ternura y la llevo de la mano hasta su habitación, que he visto de reojo al salir tras ella.

La desnudo lentamente sin dejar de mirarla a los ojos, hasta dejarla en ropa interior. Me siento en la cama y la coloco sobre mis piernas, y acaricio lentamente sus muslos, su trasero y su espalda.

—Te he echado tanto de menos, nena... —susurro apoyando la cara en su trasero.

Bajo lentamente sus bragas hasta dejarlas caer en el suelo. Su sexo asoma entre sus piernas, aún calmado, suave y sedoso, y paso un dedo por su rajita antes de que ella se siente sobre mis piernas para besarme. Me deshago de mi camisa sin apartar mi boca de la suya y cuando me he librado de ella la aprisiono entre mis brazos, hundiendo mi lengua en su boca, saboreándola de nuevo. Mi mano baja por su estómago hasta colarse entre sus piernas y hurgar entre sus cálidos labios en busca de su clítoris, y comienzo a acariciarlo en pequeños círculos, animándolo a brotar hinchado. Con la otra mano recorro sus brazos, su pecho, su estómago, antes de aprisionar uno de sus pezones entre los dedos y pellizcarlo suavemente. Amber echa la cabeza sobre mi hombro con los ojos cerrados y respira agitadamente, abriendo la boca para que el aire logre llegar a sus pulmones.

—¡Sí, Bruce, así! —gime entre jadeos.

Una de sus manos aprieta la mía contra su sexo y la otra acaricia mi erección por encima de los vaqueros, haciendo que mi polla se hinche, haciendo que la desee con más fuerza. Sus caderas ondulan ante mis caricias, buscando mayor contacto de mi mano, buscando su placer, y a mí me está volviendo completamente loco. Hundo un dedo en su canal y lo muevo deprisa

mientras sigo acariciando su clítoris con el pulgar, atormento su pecho con mi lengua, y Amber se convulsiona en un orgasmo, quedando laxa entre mis brazos.

La tumbo entonces en la cama dejando sus piernas caer por el borde hasta apoyar los pies en el suelo, y me arrodillo entre ellas para darme un festín con su sexo, caliente, hinchado, húmedo. Atrapo sus labios con mi boca, los estiro, jugueteo con ellos un poco y los suelto antes de hundir la lengua en su clítoris. Amber me sostiene por la cabeza, juguetea con mi pelo y se retuerce entre espasmos de placer. Su sabor almizclado inunda mis papilas y mi pulso se dispara cuando uno de sus pies roza mi polla por encima del pantalón. Me desabrocho la cremallera con una mano para no terminar haciéndome daño y continúo con mi festín hasta que vuelvo a despertar en ella el deseo, hasta que vuelve a estar excitada, húmeda y dispuesta para mí.

Vuelvo a sentarme en la cama y atraigo a Amber hacia mis piernas, y la hago sentarse a horcajadas sobre ellas permitiéndole a mi polla adentrarse en su cuerpo. Amber echa la aceza hacia atrás ante el placer y comienza a seguir mis instrucciones, empieza a moverse sobre ella lentamente, sin apenas dejarme salir de ella. Atrapa mi cara entre sus manos y fija su mirada en la mía, y comienza a botar sobre mí más deprisa, gimiendo, gritando ante el placer. Aprieto su culo entre mis manos, intento frenarme, pero el placer es tan intenso que soy incapaz de evitar dejarme llevar.

De un solo movimiento la tumbo en la cama y ella encoge las rodillas para dejarme penetrarla por detrás. Amber pasa su pierna sobre mis caderas y comienzo a moverme deprisa, con fuerza, saliendo casi por completo para empalarme de golpe segundos después. Amber gime, aprieta sus tetas entre sus manos, acaricia desesperadamente su clítoris en busca de un nuevo orgasmo y yo me muevo deprisa, con fuerza, de manera desenfrenada, para darle lo que quiere y correrme yo también. Pero necesito más, necesito sentirla, así que le

doy la vuelta y me coloco sobre su cuerpo para volver a penetrarla una vez más.

Mis movimientos se vuelven frenéticos, el sudor perla nuestra piel y la tensión de aguantar un poco más mi orgasmo hace que se tense el nervio de mi cuello. Amber lo lame, lo pellizca con sus dientes y aprieta mi culo con sus manos cuando sus músculos vaginales se contraen a mi alrededor y me lanzan de cabeza al orgasmo. Caigo sin fuerzas sobre ella, soy incapaz de moverme, e intento recuperar la calma antes de apartarme y atraerla hacia mis brazos.

—Te quiero, Bruce —susurra sin apartar su cabeza de mi pecho.

—Yo también te quiero, nena.

—Ha sido un infierno pasar estas semanas sin ti, y no sé cómo podría volver a hacerlo.

—¿Eso significa que volverás conmigo a Escocia? —pregunto una vez más.

—Eso significa que no pienso alejarme nunca de tu lado. Ahora que te he recuperado no pienso dejarte marchar por mis miedos, no pienso abandonar sin intentarlo.

La beso suavemente en la frente, cubro nuestros cuerpos con la sábana y me quedo dormido sabiendo que de ahora en adelante mi vida estará completa, porque Amber formará parte de ella.

Epílogo

Bradem Ramsay

Mataría a Bruce con mis propias manos... si no resultase ser el cabronazo de mi hermano. No entiendo por qué me ha hecho ponerme un jodido kilt para su boda... con lo a gusto que estaría yo con unos pantalones.

Desde que volvió de Nueva York con Amber se ha convertido en un hombre nuevo... para alivio de todos. Dejó su trabajo en el museo y se dedicó por completo al negocio familiar, y en cuanto vuelvan del viaje de novios se harán cargo juntos del hotel de Stornoway para que yo pueda moverme tranquilamente por todos los hoteles sin preocuparme de él.

Ahora estoy parado junto a ellos, esperando que el pastor les case. Aunque intento evitarlo, me muevo incómodo, porque tengo la sensación de que los huevos se me van a salir por un lado de los bóxers. Bruce me mira divertido y se muerde el labio para intentar no soltar una carcajada, y de no ser porque estamos ante un hombre de dios le daría una hostia por ser tan gilipollas.

—Yo os declaro marido y mujer —sentencia por fin el párroco—. Puedes besar a la novia.

Una hora después, me encuentro bailando con Mel, que ha sido la dama de honor de Amber y que por suerte se ha deshecho de su pelo azul para apostar por un rubio ceniza para la boda. No volvimos a hablar desde que ella se marchó y reconozco que me he sentido bastante incómodo estos días por tener que tratar con ella.

—Puedes relajarte, ¿sabes? —protesta de repente— No voy a morderte, maldita sea.

—Estoy relajado —miento.

—¡Claro que sí, guapo! Por eso parece que bailas con un palo metido por el culo.

—Es este maldito kilt, no entiendo por qué cojones mi hermano nos ha hecho ponernos esto. ¡Vivimos en el siglo XXI, por amor de Dios!

—Es divertido —dice sonriendo—. A Amber le gusta que él lo lleve y tu hermano solo quiere complacerla.

—Pues que la complazca él solo, que no me meta a mí en sus historias.

—¿Es que has olvidado cómo es divertirse?

—No tengo tiempo para diversiones.

—Cuando follábamos no eras así de gilipollas, ¿sabes?

—No soy gilipollas, voy a terminar con los huevos cocidos y no me apetece pasarme una semana andando como si hubiese montado a caballo.

—Algún día conocerás una mujer que te vuelva el mundo del revés, Bradem, y ojalá ella no quiera tener nada que ver contigo.

—El día que eso ocurra las ranas tendrán pelo y tocarán la guitarra eléctrica.

De pronto, llega hasta mí el sonido de una risa. Es dulce, armoniosa, y casi sin darme cuenta he dejado a Mel plantada en la pista de baile para seguir esa voz. Su dueña, una mujer menuda de cabello castaño y ojos azules, está sentada junto a Grant, que se propone seducirla con sus artes de seducción.

—¿Interrumpo algo? —pregunto sentándome junto a mi hermano con una sonrisa.

—Brad, déjame presentarte a Reese, una amiga de Amber. Reese, él es mi hermano Bradem.

—Así que tú eres el magnate del imperio Ramsay... —contesta ella

mirándome de arriba abajo.

—Solo soy un hombre que se ocupa del negocio familiar.

—Intentaba convencer a Reese para que convenciera a su amiga Joice de que baile conmigo —dice Grant—, pero es bastante inflexible.

—Ya te he dicho que si quieres bailar con ella, solo tienes que pedírselo tú mismo —contesta ella—. Estoy segura de que te concederá al menos un baile.

—Pero con tu ayuda seguro que tengo más posibilidades.

—No pienso ayudarte a llevártela a la cama, ¿sabes? —contesta ella con una carcajada.

—Está bien, está bien —dice Grant levantándose—. Iré a preguntarle yo mismo. Te dejo en buenas manos, preciosa. Mi hermano es casi tan bueno como yo.

Le hago un corte de manga y le veo alejarse hasta una rubia imponente que está parada junto a la barra. Me vuelvo hacia Reese, que tiene la cabeza apoyada en las manos y me mira con curiosidad.

—¿Qué? —pregunto sin poder evitar reírme.

—Te imaginaba muy diferente.

—¿Diferente en qué sentido?

—No sé... cuando Amber me habló de ti te pintó casi como si fueras Maléfica, pero en tío.

—¿Eso piensa Amber de mí? —pregunto con una ceja arqueada.

—Bueno, no es que piense que eres mala persona, pero sí que eres intimidante.

—No es que hubiésemos hablado demasiado antes de volver a Nueva York, la verdad. ¿Y cuál es tu opinión?

—La verdad es que no eres tan malo. Creo que aparentas ser un hombre despiadado y serio para que no te rompan el corazón.

—¿Eso crees? —pregunto con una sonrisa— Pues siento decirte que estás muy equivocada. Aparento ser un hombre despiadado porque soy dueño de un negocio de mucha importancia y tengo que ser implacable, pero no tiene nada que ver con mi corazón.

—Si tú lo dices...

—Créeme, preciosa, no tienes que temer por mi corazón porque hace tiempo que no lo tengo.

—¿Eso crees? Te he visto hablar con tu familia y se nota a la legua que les quieres con locura. Si no, ¿por qué te has puesto esa falda? Se nota a leguas que estás incómodo con ella.

—¿Falda? ¿En serio? Para tu información, preciosa, esto es un kilt, el atuendo de un guerrero escocés, no una falda.

—A mí me sigue pareciendo una falda. No me malinterpretes, estás de lo más sexy con ella, pero...

—Así que te parezco sexy... ¿Qué te parece si desaparecemos por unas horas y te enseño lo sexy que puedo llegar a ser? —ronroneo.

—Cielo... por muy guapo que seas, no me acostaría contigo ni aunque fueras el último hombre sobre la faz de la tierra. Te has acostado con mi mejor amiga, no pienso comerme sus sobras.

Dicho esto, Reese se levanta de la silla y me deja con un palmo de narices. ¿Qué coño acaba de pasar? De repente siento unas ganas irrefrenables de hacerla tragarse sus palabras... y llevarla de cabeza a mi cama.